

AUTORES ESPAÑOLES

• DEL SIGLO XIX •

ARRILLAS

EL ZAPATERO Y EL REY





INSTRUIR
DELETTANDO

E. DOMENECH
EDITOR

JOSE ZORRILLA

El Zapatero y el Rey

EL ZAPATERO Y EL REY



MEXICO —
 Imprenta "El Comercio"
 1913

C. 1102648

t. 87093

JOSE ZORRILLA

El Zapatero y el Rey

(DRAMA EN CUATRO ACTOS)



BARCELONA _____
E. DOMENECH, EDITOR
_____ 1914



R. 64696

JOSE GARRIGA

El Zapatero y el Rey

ES PROPIEDAD

PRIMERA PARTE

Por odio y contrario afán
calumniado torpemente,
fué soldado más valiente
que prudente capitán.

Osado y antojadizo,
mató, atropelló cruel;
mas ¡por Dios, que no fué él,
fué su tiempo quien lo hizo!

PERSONAJES

DON PEDRO.

DON JUAN DE COLMENARES.

DIEGO PÉREZ, *sapatero*.

BLAS PÉREZ, *hijo*.

TERESA PÉREZ, *idem*.

SEMUEL LEVÍ.

DON JUAN ROBLEDO.

DOÑA ALDONZA CORONEL.

DON ALVAR PÉREZ DE GUZMÁN.

DON DIEGO GARCÍA DE PADILLA.

JUAN.

EL CARDENAL, *delegado del Pontífice*.

UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.

UN CONJURADO.

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL
REY.

Cortesianos, prelados, dignatarios eclesiásticos y civiles de todas categorías, acompañamiento del legado y del embajador, ballesteros del Rey, conjurados y pueblo.

LA ESCENA PASA EN SEVILLA

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio

Es de noche

ESCENA PRIMERA

BLAS y TERESA

TERESA

Sí, sí; cierra la ventana,
que hace una noche...

BLAS

Muy buena

para empezar una ronda.

TERESA

¡Vaya; y diluvia!

BLAS

Por fuerza

bebe los vientos por ti

si hoy es constante.

TERESA

¡Qué pelma!

BLAS

¡Vive Dios, que es un mancebo
que vale un mundo, Teresa!

Ni valientes le intimidan,

ni temporales le arredran;

con su espadón en el cinto

y su malla sempiterna,

no hay quien le tosa en Sevilla

si como ronda pelea.

TERESA

Siempre te me estás burlando.

BLAS

¿Yo burlarme? No lo creas;
 si la verdad no te digo,
 en la vida hablé de veras.
 ¿Crees tú que entrar le dejara
 en casa, si no creyera
 que es un soldado, y valiente?

TERESA

(Sobresaltada)

¡Dios mío!

BLAS

¿Qué fué Teresa?

TERESA

Sería aprensión.

BLAS

Sería.

TERESA

Cref que abrían la puerta.

BLAS

Lo que tú tienes es miedo.

TERESA

¡Ojalá no le tuviera!

Aunque en tal caso, mi Blas,
 gran ventaja no me llevas.

BLAS

¿Cómo?

TERESA

Anteanoche temblabas.

BLAS

¿Cuándo?

TERESA

¿Cuándo?... ¿No te acuerdas?

BLAS

No, a fe.

TERESA

Cuando aquella mano
 que, asiéndola por las rejas,
 cerró a golpe la ventana.

BLAS

Algún hidalgo tronera
que a su casa volvería
con tres o cuatro botellas.

TERESA

¿Y aquellas voces que oímos?
Dí, ¿y el son de las cadenas?

BLAS

¿No lo mientes!

TERESA

¡Virgen santa,

qué noche tan cruel fué aquélla!

Rodaba todo el infierno
por el atrio de la iglesia.

BLAS

¿Lo viste tú?

TERESA

¿Yo? En la cama

me di mil veces por muerta,

y no me atreví, de miedo,

ni a rebullirme siquiera.

Pero Juanito me dijo

que él asomó la cabeza

por la rejilla, mucho antes

que a cerránosla vinieran,

y vió...

BLAS

¿Qué vió?

TERESA

Seis fantasmas,

cuatro blancas y dos negras.

BLAS

Hablemos, si te parece,

con formalidad, Teresa.

TERESA

Pero no dejes la obra

por hablar.

BLAS

Enhorabuena.

Sigo con ella, y escucha.

Aunque yo, en verdad, no tenga

miedo a los muertos, sea dicho
con la debida cautela,
por no tenerlos vecinos,
he echado a solas mis cuentas.

TERESA

Y a fe que la vecindad
no es muy grata.

BLAS

Estáme atenta.

Puesto que ya van tres noches
que esos muertos se rebelan,
y con sus danzas nocturnas
dormir en paz no nos dejan,
pienso ir, si padre consiente,
a otro barrio con la tienda.

¿No te parece? Y mañana...

TERESA

¿Mañana? ¡Soberbia idea!

BLAS

Cuanto más pronto, mejor.

TERESA

Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
duermo un minuto serena.

BLAS

Pues yo sueño con los diablos
y los duendes todas ellas.

TERESA

¡Hola! ¿Conque al cabo, Blas,
que tienes miedo confiesas?

BLAS

Negar que los muertos me hacen
mucha pavora, Teresa,
fuera, a hablar como hombre honrado,
en mí la aprensión más necia.
Sabes que en toda mi vida
temí paliza, pendencia
ni motín, que en todo lance
presto anduve a la defensa
de mi padre o mis hermanos
de un vecino..., de cualquiera.

Sabes que estuve empeñado
 no ha mucho en ir a la guerra,
 y que, a dejarme mi padre,
 ya estaría en la frontera.
 Mas los muertos me intimidan,
 ¿a qué andarse por las hierbas?
 Si veo venir de frente,
 una pica, una ballesta,
 derecho me voy al bulto,
 por ir aunque más no sea;
 pero en hablando de muertos
 estoy con la pataleta.
 Me columpio que parece
 que es de plomo mi cabeza,
 los pies y manos de corcho,
 y el corazón de manteca.

TERESA

Pues manos a la mudanza.

BLAS

No; como a padre convenga,
 a otra parte con la música.

TERESA

Blas, que llaman a la puerta.

BLAS

Abre tú.

TERESA

¡Miren qué gracia!

Abre tú, que estás más cerca.

BLAS

¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!

¿Quién?

DIEGO

(Dentro)

Yo.

BLAS y TERESA

Buenas noches.

DIEGO

Buenas

os las dé Dios, hijos míos.

(A Blas, que se asoma a la puerta con curiosidad)

Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II

DIEGO, BLAS y TERESA

TERESA

¿Queréis lumbre?

DIEGO

Sí, por cierto,
que hace una noche tremenda.

BLAS

Sentaos.

DIEGO

Toma el sombrero.
Llévate la capa, y tiéndela.

BLAS

Chorreando está.

(Vase Blas y vuelve)

TERESA

¿Qué tenéis,
padre? Traéis descompuesta,
desencajada la cara.

DIEGO

Es el frío.

TERESA

No; por fuerza
os ha sucedido...

BLAS

¿Cómo?

¿Qué es eso?

DIEGO

Vaya, que apenas
llego, siempre os empeñáis
en que azares me sucedan.
No tengo nada.

BLAS

Es que importa
que jamás os acontezca
mal, mientras que tengáis hijos
que os venguen.

DIEGO

¿Eh?

BLAS

Que os defiendan.

DIEGO

La venganza es, hijo mío,
de maldición una piedra,
que tarde o temprano vuelve
contra el mismo que la suelta.

BLAS

Ya lo sé, padre, que he oído
mil veces eso en la iglesia.

DIEGO

Pues es preciso que siempre
en la memoria lo tengas.

Pero vamos a otra cosa.

¿Vino?

BLAS

Nadie.

DIEGO

Enhorabuena:

¿conque habéis estado solos?

BLAS

Sí, señor.

TERESA

Si no se cuenta
el miedo de cada cual.

DIEGO

Y ¿de qué ese miedo era?

¿Ambos calláis?

TERESA

Dilo, Blas.

BLAS

Padre, hablando con franqueza,
los muertos...

DIEGO

Bueno, dejadlo.

BLAS

Es que estamos siempre...

DIEGO

¡Vuelta!

BLAS

Y hemos tratado los dos
de que mudemos la tienda.

DIEGO

No hay que pensar más en ello;
los muertos son gente buena,
y no se meten con nadie.

TERESA

Pero...

DIEGO

Silencio, Teresa;
no son los muertos, a fe,
los que ahora a mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendáis me interesa,
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.

BLAS

Pero, padre, ¿y esas voces
que de noche nos atruenan?

DIEGO

Cerrad las ventanas bien,
y dormid a pierna suelta;
las voces sólo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.

BLAS

Y ¿no era más fácil...?

DIEGO

No.

BLAS

Vuestro mal humor os ciega:
padre, ¿qué tiene de extraño
que por ser la calle estrecha,
porque se pierde o se gana,
o sea por lo que sea,
mude un vecino algún día
a otro barrio casa o tienda?

DIEGO

Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza

en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.

BLAS

(¡Qué diablos! ¡Quiere y no quiere!
¿A que también da en el tema
de callar que tiene miedo?)
Pero...

DIEGO

Basta de querella;
no hay que alzar ya más pelillos
a conversación tan necia;
y el que de noche curioso,
me abra a deshora una reja,
que se eche a él solo la culpa
del mal que a todos nos venga.

TERESA

¿Llamaron?

BLAS

¿Abro?

DIEGO

Pues ¿no?

Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III

DICHOS y D. JUAN DE COLMENARES

DON JUAN

¡Dios sea loado!

DIEGO

¡Don Juan!

¿Con una noche tan cruda
vos en mi casa?

DON JUAN

Sin duda;

siempre os quise con afán.

DIEGO

Cuatro años hace, señor,
que en ella no os hemos visto.

DON JUAN

De venir es, ¡vive Cristo!
esa la razón mejor.

Cuanto más corren los años,
más los amigos se prueban,
y amistades se renuevan,
y males y desengaños.

DIEGO

Habláis, don Juan, de amistades
con tono tan singular
que nos haréis recelar
en la vuestra novedades.

DON JUAN

¡Oh, no, Diego! ¡Por mi vida,
nunca os la tuve más fiel,
y de ello...

BLAS

(Reniego de él.)

DON JUAN

Os da pruebas mi venida.

(Con aire de importancia)

¡Hola! ¡Qué altos los muchachos
están!... ¡Mozo más cabal!...
No le sentarían mal
la coraza y los mostachos.
¿No es éste el que quiso ser...?

BLAS

Yo soy, y si aun me dejan...,
¡por San Juan, que se quedaran
los zapatos por coser!

DON JUAN

¿Con tanta afición te sientes?

BLAS

Los ojos tengo rasados
sólo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.

DON JUAN

Y entonces, ¿por qué esa senda?...

BLAS

Dice mi padre, señor,

que siempre he de estar mejor
que en el cuartel, en la tienda.

DON JUAN

Nada hay a eso que añadir;
mas, Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.

DIEGO

¿A mí, don Juan?

DON JUAN

A ti, Diego.

DIEGO

Podéis empezar, si os place.

DON JUAN

No estás solo.

DIEGO

Eso, ¿qué le hace?

DON JUAN

Írme, pues.

DIEGO

Idos luego.

(Con orgullo)

Bajo este techo, don Juan,
no hay quien no pueda discreto
guardar el mejor secreto.

DON JUAN

Grandes para ti serán
los motivos de esa fe
en tus hijos, pues lo son;
pero fuera indiscreción
fiarme yo, y no lo haré.

DIEGO

Pues tanto empeño mostráis,
idos vosotros.

BLAS

(¡Maldita

sea con él su visita!)

(Vanse Blas y Teresa)

ESCENA IV

DON JUAN y DON DIEGO

DIEGO

Solos estamos: ¿habláis?

DON JUAN

Diego, tú, audaz y orgulloso,
de tu virtud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en que tropezar.

DIEGO

Os agradezco el aviso;;
mas tengo ya setenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve,
tarde os parecen extraños.

DON JUAN

Diego, tu altivez modera
y a la razón deja luz,
que es muy recta tu virtud
pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
lo que vas a responder,
que va tu respuesta a ser
tu salvación o tu abismo.
¿Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?

DIEGO

Ya os dije que no, don Juan.

DON JUAN

(¡Qué tenacidad de hombre!)
Diego, ¿lo has pensado bien?

DIEGO

Sí, don Juan.

DON JUAN

¿Y no has pensado
que va a alcanzar tu pecado
a mi cabeza también?

DIEGO

¡También a vos! No lo entiendo.

DON JUAN

¿Quieres que en olvido eche
que ambos con la misma leche
nos nutrimos?

DIEGO

Os comprendo:

tal vez creéis que me amáis
porque pensáis mucho en mí;
mas cuando pensáis así,
don Juan, os alucináis.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
por que Diego os interesa.

DON JUAN

Mas hay otros que, inflexibles,
por no malograr su afán,
a tu vida tenderán
todos los lazos posibles.
Te seguirán por doquiera,
y es infalible decreto
que quien roba su secreto,
ayuda les preste o muera.

DIEGO

Concluyamos de una vez:
yo sé que hay un Juez supremo,
y nada en el mundo temo
mientras me ampare ese Juez.
Os habéis puesto, insensatos,
con los nuestros a jugar,
y habéis logrado engañar
así a muchos mentecatos.

DON JUAN

Cuánto importa mantener
de ese aislado monasterio

la obscuridad y el misterio,
 en mi empeño puedes ver.
 Es fuerza, Diego, que el vulgo
 de comprenderlo no acabe;
 si ha de morir quien lo sabe,
 peligro, pues lo divulgo.

DIEGO

Desprecio la oculta ley
 que proscribe mi virtud,
 y siendo en mi juventud
 soldado, defendo al Rey.

DON JUAN

Al Rey que deja morir
 de hambre a sus servidores,
 que andan hoy como traidores
 mendigando a quién servir.
 El Rey que deja inhumano
 que a merced de oficio infame...

DIEGO

Quien tal al trabajo llame,
 es, don Juan, sólo un villano;
 jamás en lo que es me meto
 mi Rey, que soy su vasallo;
 bueno o malo, sufro y callo,
 y aunque le odio, le respeto.
 Lo dije: y ¡mirad, por Dios,
 que pierdo ya los estribos!
 No temo muertos ni vivos;
 conque medítadlo vos.

Y no lo toméis a espacio,
 que no soy yo vuestro amigo;
 y en amistad os lo digo,
 mañana voy a palacio.

(Un punto de silencio)

DON JUAN

Lloré, supliqué por ti,
 mas la vida nos va en ello;
 y cada cual por su cuello
 mira con razón aquí.
 Con que si ello tanto importa,
 piensa a tu vez y despacio,

que no llegará a palacio
ni tu palabra más corta;
pues no puedes, en conciencia,
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.

(Le ofrece un bolsillo, que Diego rechaza)

DIEGO

Dadlo a los de vuestra grey,
don Juan, que yo mi pobreza
llevo con tanta fiereza
como su corona el Rey.
Y aunque los den tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ha de faltar;
mis hijos harán zapatos.

DON JUAN

Sabes, y Dios me es testigo,
de que hice por ti, a mi fe,
cuanto pude.

DIEGO

Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.

DON JUAN

Y no sé cómo igualmente
la misma leche nos hizo,
necio y descontentadizo
a ti, y a mí tan prudente.

DIEGO

Tenéis razón, ¡vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.

DON JUAN

Tú el lobo.

DIEGO

Y la oveja vos;
eso dije.

DON JUAN

Hombres ingratos
que desprecian tan traidores...

DIEGO

(Interrumpiéndole)

No quiero vuestros favores,
don Juan; coseré zapatos.

¿Me tenéis más que decir?

DON JUAN

Que te encomiendes al cielo.

DIEGO

A ese tribunal apelo.

DON JUAN

Adiós.

DIEGO

Con vos quiera ir.

ESCENA V

DIEGO, BLAS y TERESA

BLAS

Padre, no of lo que os dijo,
mas créolo un desacato,
y muerte afrentosa elijo
si, siendo yo vuestro hijo,
os ofende y no le mato.

DIEGO

Blas, el cariño te ciega.

BLAS

No sé qué juego se juega,
porque no of más que el fin;
pero el negocio es muy ruín
cuando mi padre se niega.

DIEGO

¿Nada comprendiste?

BLAS

No.

DIEGO

Dios tal vez te ensordeció.

BLAS

Vi que os ofreció dinero,
y que dijisteis: "No quiero";
bien hecho; tampoco yo,

DIEGO

Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan más oro
que cabe en la catedral,
si le vendes, harás mal.

BLAS

Primero me mate un moro.
No le está bien a un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo; sé que no debo;
mas ¿me queréis confiar
éste? A guardarle me atrevo.

DIEGO

Es inútil; está bien
donde está, y no estará, no,
mucho tiempo.

BLAS

Yo también
tomaré lo que me den
los que saben más que yo.

(Pausa)

TERESA

Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... ¿Qué tenéis?

DIEGO

¿Vuelves ya a lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado,
acosado me tenéis.
Mas, ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me plugiera.

TERESA

¿Os fuera útil?

DIEGO

Sí que fuera.

BLAS

¡Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene facha.

(A Teresa)

¿No es así?

TERESA

Padre consiente
en que venga...

BLAS

Y es corriente;
que quiera padre no es tacha.

DIEGO

No le agradezco infinito
sus visitas, en verdad;
mas hoy que le necesito...

BLAS

¡Voto a San Diego bendito!...

DIEGO

Blas, no jures.

BLAS

Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo
con él.

TERESA

¿Llaman?

BLAS

Luego asoma
en nombrando al Rey de Roma.

DIEGO

Si fuera él...

BLAS

Apostara algo.

ESCENA VI

DICHOS y D. PEDRO, en traje de soldado

BLAS

Seor soldado, guárdeos Dios.

DON PEDRO

El le socorra, mancebo.

Alegre está. ¿Qué hay de nuevo?

BLAS

Nada, pues llegasteis vos.

DON PEDRO

¿Me esperaban?

BLAS

Impacientes.

DON PEDRO

¿Qué es ello, pues, linda niña?

¿Se la ocurre alguna riña?

¿Qué me mandáis?

DIEGO

Que te sientes.

DON PEDRO

Buen viejo, disimulad;
no os saludé en derechura,
porque al ver tanta hermosura
me siento ciego.

DIEGO

En verdad

que sois un hombre bizarro,
y siempre con buen humor.

(Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies por medio
de todos)

DON PEDRO

Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.

BLAS

(Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba a mal
su desenfado y franqueza.)

DON PEDRO

¿Qué murmura el perillán?

BLAS

Que traéis hoy una espada
con mucho primor dorada.

DON PEDRO

En el cuartel me la dan:
y, como me sirva bien,
jamás las señas la tomo;
que, al pulsarla por el pomo,
se cura siempre a cercén.
Pero al caso, señor Diego;

dispuesto estoy a escucharos;
hablemos deprisa y claros,
que he de partirme muy luego.

DIEGO

¿Entráis en palacio vos?

DON PEDRO

¿Por qué me lo preguntáis?

DIEGO

Porque si hasta el Rey llegáis,
quiero hablarle.

DON PEDRO

Sí, ¡por Dios!

Y si queréis que le diga...

DIEGO

A solas le quiero hablar.

DON PEDRO

Para tan alto picar,
muy grave causa os obliga.

DIEGO

No a mí.

DON PEDRO

Pues ¿a quién

DIEGO

A él.

(Don Pedro, frunciendo el ceño, se arrellana en la
silla, diciendo con altivez:)

DON PEDRO

Diga, pues, lo que se ofrece.

DIEGO

Al Rey su merced parece.

DON PEDRO

¿La cara tengo tan cruel,
que con el Rey me compara?

DIEGO

Hable de él con más respeto,
que yo jamás me entrometo
a mirar al Rey la cara.

Y, en fin, ¿lo podéis hacer?

DON PEDRO

Cuando queráis.

DIEGO

Pues mañana.

DON PEDRO

¿A qué hora?

DIEGO

La más temprana.

DON PEDRO

Pues bueno; al amanecer.

DIEGO

¿Os burláis?

DON PEDRO

No, ¡por mi vida!

porque mañana temprano
 ha dispuesto el Soberano
 dar al monte una batida;
 conque si verle queréis,
 que madruguéis es preciso.

DIEGO

No echaré al agua el aviso.

DON PEDRO

Mucho de él os prometéis.

DIEGO

Eso es ya negocio mío,
 seor soldado.

DON PEDRO

Bien está;

a mí tanto se me da,
 conque en ello no porfío.

DIEGO

Pues a otra cosa; y decid:
 ¿qué se habla por la ciudad?

DON PEDRO

Estoy de eso, a la verdad,
 tan al cabo como el Cid.

DIEGO

¿No os importan las noticias
 de vuestra patria y del Rey?

DON PEDRO

¿A mí?... Que haya buena ley
 y se hagan muchas justicias.
 Lo demás nada me importa;

y cuando columbro guerra,
 doy un repaso a esta sierra,
 (Señalando la espada)
 y estoy listo en cuanto corta.
 (Llaman a la puerta con brío)

TERESA

¡Ay!

DON PEDRO

Llaman.

DIEGO

Abre.

(Lo hace Blas)

ESCENA VII

DICHOS y UN HOMBRE DEL PUEBLO

BLAS

¿Qué quiere?

HOMBRE

¿Diego Pérez?

BLAS

Aquí es.

HOMBRE

Que vaya corriendo, pues,
 que su pariente se muere.

DIEGO

¿Mi pariente? Y ¿qué pariente?

HOMBRE

Gil Pérez, el estatuario,
 que está como un mercenario
 muriendo devotamente.

DIEGO

¡Gil Pérez!... ¡Oh! Perdonad,
 señor soldado, que entiendo
 que ése que se está muriendo,
 conmigo en su mocedad
 siguió las armas reales.

DON PEDRO

Id, que soy muy vuestro amigo

y estáis cumplido conmigo;
 id a remediar sus males.
 Y si urgen, por mala estrella,
 medicinas o dinero,
 tengo una bolsa de cuero;
 mandad por lo que hay en ella.

DIEGO

Gracias, y adiós.

BLAS y TERESA

¿Volveréis?

DIEGO

En cuanto el mal lo permita.

(Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman
 a la puerta)

BLAS

Corre que se precipita.

DON PEDRO

Mozos, ¡buen padre tenéis!

ESCENA VIII

DON PEDRO, TERESA y BLAS, cosiendo
 zapatos

DON PEDRO

Decidme, esquiva hermosura:
 ¿me queréis como yo a vos?

TERESA

¡Brava pregunta, por Dios!

DON PEDRO

Brava os quiero, altiva y dura;
 pero ¿la frase la extraña?

Daréla satisfacción:

es que está mi corazón
 por sus ojos en campaña.

Y soldado más valiente
 que prudente capitán,
 planto el sitio, y allá van
 mis ballestas de repente.

Si el enemigo responde,

a él voy, y sin hacer alto,
entro al lugar por asalto,
sin mirar nunca por dónde.
¿Se me entiende?

TERESA

Como está
tan oculta la emboscada,
no es fácil...

DON PEDRO

Vuestra avanzada
dió con ella.

BLAS

¡Voto va!
Paréceme que a barato
lo echáis, y se me barrunta...

DON PEDRO

¿Quién al rapaz le pregunta?
Calle y cosa su zapato.

BLAS

(Siempre adelante me lleva;
por más que me tengo serio,
arranca con tal imperio,
que el diablo que se le atreva.)

TERESA

Bien; hablemos de otra cosa:
dicen que el Rey de Castilla...

DON PEDRO

¿Está ahora con la Padilla
en conferencia amorosa?

TERESA

¿Qué me importa? Es de la guerra
de Aragón por que pregunto.

DON PEDRO

Contadme allá por difunto.

TERESA

¿Os partís para esa tierra?

DON PEDRO

El Rey sus tercios envía
para allá, y según infiero,
yo salgo con el primero;
conque al caso, prenda mía:

si no me dais antes de ir
de vuestro amor una prueba,
dad por llegada la nueva
de que estoy para morir.

TERESA

Mucho en el alma lo siento,
que al cabo os quería bien.

DON PEDRO

(Bello está en ella el desdén,
pero más el sentimiento.)

¿Conque me queréis, Teresa?

TERESA

Yo lo dije; mas si os vais,
pésame que lo sepáis.

DON PEDRO

¿Que os pesa, decís?

TERESA

Me pesa,
porque es vuestra condición
olvidar lo que ha pasado
en lugar que habéis dejado;
conque ved si en Aragón
olvidaréis a Castilla.

DON PEDRO

(Con brio)

¿Olvidar y haberla visto,
y vale más ¡voto a Cristo!
que la Aldonza y la Padilla?

TERESA

¿Qué decís? Que... ¿A quién nombráis?

DON PEDRO

Padilla y la Coronel,
damas del Rey.

TERESA

Y ¿con él
y aquéllas nos compararéis?

DON PEDRO

Sí; pues siendo ante la ley
él el primero y mejor,
la más hermosa el amor
debe cautivar del Rey.

BLAS

Ved que estáis aquí conmigo
y ved que su hermano soy.

DON PEDRO

¡Qué lenguaraz estás hoy!

BLAS

Es que soy...

DON PEDRO

Calle, le digo.

BLAS

(Los ojos me hace bajar
y se me traba la lengua.)

TERESA

No le riñáis, que es gran mengua
hacerle esto tolerar;
y partid, que es ya muy tarde
y no está mi padre aquí.

DON PEDRO

¿Con vos no me dejó a mí?

¿Qué importa que yo le aguarde?

(Tocan a las ánimas, y al son de las campanas, Blas
y Teresa hacen un movimiento de temor)

DON PEDRO

¿Qué es eso?

TERESA

¿No oís tocar?

BLAS

Las nueve deben de ser.

DON PEDRO

Y ¿qué tiene eso que ver
para ponerse a temblar?

BLAS

Qué, ¿no sabéis lo que pasa?

Mas no me miréis así,
que ponéis un ceño...

DON PEDRO

Di

qué es lo que hay.

BLAS

En esta casa

es imposible vivir;
la mejor noche nos comen.

DON PEDRO

¿Quién?

BLAS

Temiendo estoy que asomen,
que a esta hora suelen venir.

DON PEDRO

¡Qué tropel de desaciertos!
Locos a esta hora os volvéis.

BLAS

¿Lo oís?

(Don Pedro da un paso hacia la ventana; Blas le detiene)

No os asoméis.

DON PEDRO

Pero ¿quiénes son?

BLAS

Unos muertos.

DON PEDRO

¡Muertos!... ¡Bah, bah! Pues ya estoy;
¿conque todo eso era miedo?

Y ¿se ven?

(Segundo paso de D. Pedro y detención de Blas)

BLAS

Estaos quedo,
si morir no queréis hoy.

DON PEDRO

Y, en efecto, se oye ruido,
y se ve luz por la calle.

TERESA

Siento que padre no se halle
ya esta noche recogido.

BLAS

¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los días parecen
hombres, que a fuerza perecen
de esa iglesia en el cancel.

DON PEDRO

Y ¿la justicia lo sabe?

BLAS

Sin duda saberlo debe.

DON PEDRO

Y ¿entonces...?

BLAS y TERESA

Nadie se atreve.

DON PEDRO

(Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo a este laberinto,
fuego pondré a su recinto
hasta dar con lo que hay dentro).
Decid, ¿y habéis visto alguno
de esos cuerpos que parecen
por la noche, y aparecen
por la mañana?

BLAS

Ayer uno.

DON PEDRO

¿Tenía herida?

BLAS

En el pecho.

DON PEDRO

Y ¿mostraba la señal
ser de espada o de puñal?

BLAS

Que con ambas lo habían hecho,
dijeron los cirujanos.

DON PEDRO

Luego ¿eran contra uno dos?
¡Animas eran, por Dios,
de vivientes bien villanos!

(Ruido dentro)

BLAS

¿Oís?

DON PEDRO

Mandrias, no tembléis,
que quien lo remedie habrá.

BLAS

¿Quién con los muertos podrá?

DON PEDRO

Los vivos.

TERESA

¡Cómo!

DON PEDRO

¿No veis

que en un nicho los encierran?

BLAS y TERESA

Claro está.

DON PEDRO

Pues, de contado,
pueden más que el enterrado
los vivos que allí le entierran.

BLAS y TERESA

Tiene razón.

DIEGO

(Dentro)

¡Muerto soy!

BLAS

¡Santo Dios! ¿Habéis oído?

(Un momento de atención)

DIEGO

(Dentro)

¡Blas! ¡Teresa!

TERESA

¡Padre ha sido!

(Blas corre a la puerta, y al tiempo de abrirse se ve a
Diego tendido en tierra)

DIEGO

¡Ay de mí!

DON PEDRO

¿Soñando estoy?

ESCENA IX

DON PEDRO, DIEGO, BLAS y TERESA

BLAS

¡Sangre ¿Quién fué, padre mío?

DIEGO

Tente, Blas; no salgas, no,
que murieras como yo,
y en ti mi esperanza fío.

BLAS

Voy a buscar...

DIEGO

Excusado.

¡Fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
y acercaos, buen soldado.

DON PEDRO

Decid, si sabéis, quién fué,
que ha de acordarse de vos.

DIEGO

Dejadme acabar, por Dios:
ir a ver al Rey...

DON PEDRO

¿Y qué?

DIEGO

Y decidle que esos muertos...

DON PEDRO

Acabad.

DIEGO

No puedo más.

(Inclina la cabeza y muere. Pausa)

DON PEDRO

¡Voto a Dios y a Barrabás!
Entre sus labios abiertos,
él mismo el secreto ahogó.

BLAS

¡Padre!

TERESA

¡Señor!

DON PEDRO

Esto es hecho.

Vamos a echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.

(Llévanle y vuelve D. Pedro)

ESCENA X

DON PEDRO

¿En ver al Rey tanto afán,
y a puñaladas morir?
De lo que me iba a decir,
claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
misteriosa relación...;
con el Rey, por precisión
también relaciones tienen.
¡Incomprensible cadena!
¡Yo seguiré uno por uno
tus eslabones, y alguno
se deshará como arena!

(Se pasea a pasos precipitados, y exclama mirando
a la ventanilla)

Muertos que del nicho salen
y los vivos asesinan,
son, si a espacio se examinan,
fantasmas que verse valen.

ESCENA XI

DON PEDRO y BLAS, que sale a la puerta
y se detiene en el dintel, la cabeza incli-
nada sobre el pecho con muestras del más
profundo dolor.

BLAS

¡Amigo!

DON PEDRO

(¡Desventurado!)

¿Diego?

BLAS

No le nombres ya.
¡Silencio! Mi hermana está
rezando aún a su lado.

DON PEDRO

Que llore es mucha razón.

BLAS

Sí, que rece una mujer;
pero algo más ha de hacer
un hombre en esta ocasión.

DON PEDRO

Luego ¿dijo...?

BLAS

Nada dijo;

pero yo lo sé muy bien,
que hay cosas que no las ven
sino los ojos de un hijo.

(Muy marcado)

Un hombre esta noche estuvo
con mi padre hablando aquí,
y yo con mi padre vi
que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel,
dijo: "Encomiéndate al cielo..."

A su tribunal apelo,
si quien le mata no es él.

(Quedan ambos en un silencio por un instante)

DON PEDRO

Esta noche irás conmigo,
y el Rey te remediará.

BLAS

¿El Rey? No voy; me ahorcará,
que es del otro muy amigo.

DON PEDRO

Y ¿no hay justicia en Sevilla?

BLAS

Dicen que con este Rey
no hay más razón ni más ley
que su capricho en Castilla.

DON PEDRO

Rapaz, la audacia perdono
porque lastimado estás;
pero no hables así más
de quien se sienta en un trono,
y escúchame un buen consejo,

que, lléveme Belcebú,
si no sé yo más que tú
en la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar
que a tu padre asesinó?

BLAS

El alma daría yo
a quien me le haga encontrar.

DON PEDRO

Pues los secretos que encierran
las tumbas, lo saben bien
a estas horas...

BLAS

Pronto, ¿quién?

DON PEDRO

Esos muertos que te aterran.

BLAS

¡Santo Dios!

DON PEDRO

Que no te atreves
a esperarlos, bien se ve;
mas yo en tu lugar lo haré,
y piensa cuánto me debes.
Yo hallaré el rastro a tu presa;
te daré a ese hombre, y si él es,
me has de ayudar después
a poner cabo a la empresa.
¿Dices que de esa ventana
se alcanza la iglesia a ver?

BLAS

¡Cielos! ¿Qué intentáis hacer?

DON PEDRO

Una caridad cristiana:
vete, mancebo, a rezar
por el que duerme allí echado,
vete; yo soy soldado
y voy también a velar.

BLAS

Mirad bien, que aunque parecen
ilusiones del temor
esos fantasma, señor,

mayor crédito merecen.
 Mi padre me amenazó
 que quien osara mirar
 ni entender...

DON PEDRO

Vete a rezar,

Blas, que te lo mando yo.

BLAS

Valiente sois, buen soldado;
 quédoos muy agradecido,
 mas de hinojos os lo pido,
 quede el postigo cerrado.
 ¡Oh, aunque me digáis tenaz
 que son visiones del miedo,
 lo he visto, y juraros puedo
 que hay un muerto pertinaz
 que en cerrárnosle se empeña!

DON PEDRO

Vete, que ha de estar abierto,
 y como asome ese muerto,
 yo le daré santo y seña.

(Don Pedro obliga a Blas a entrar en el cuarto donde
 entró su padre)

ESCENA XII

DON PEDRO

Que lloren sus desventuras
 los hijos de un zapatero,
 mientras busca un caballero
 con su valor aventuras.

(Entorna la ventana)

Dejo entornado el postigo
 y mato la luz, y así
 veo y no me ven a mí,
 de las sombras al abrigo.

(Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana)
 Quién son los muertos veré,
 y si a toparlos acierto,
 no me ha de quedar un muerto
 que sepa tenerse en pie.

ACTO SEGUNDO

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el atrio, cercado de verjas de hierro; a la derecha, el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió D. Pedro en el acto anterior

ESCENA PRIMERA

DON JUAN DE COLMENARES
y SAMUEL LEVI

DON JUAN

Preciso matarle fué.

SAMUEL

¿Conque al cabo...?

DON JUAN

Sí; murió,

que un día más de su vida
fuera nuestra perdición.

Duéleme mucho su muerte;

pero a jugar ¡vive Dios!

las nuestras contra la suya,

lo hecho tengo por mejor.

SAMUEL

Sí, ¡por el santo Abraham!

pero ¿estáis seguro vos

de que nadie más que el viejo

cayó en la cuenta?

DON JUAN

Eso no;

hermanos fuimos de leche,

y era ese Diego un varón
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
según su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasión,
fuera del Rey, a ninguno
parte de su intento dió.

SAMUEL

Mas hijos tiene.

DON JUAN

Samuel,

desechad todo temor;
los hijos, como del vulgo,
canalla cobarde son:
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol
ni cerrarán una puerta
sino antes de la oración;
y a gente tal, en contándola
cualquier patraña o error,
la tenéis siete semanas
soñando con la visión.

SAMUEL

En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros a tanto.

DON JUAN

Nunca, Samuel, me faltó,
ni la audacia, ni el consejo,
cuando, puestos en unión,
me tentaron el antojo
las grandezas y el amor.

SAMUEL

Así corre vuestra fama
por Sevilla, y así sois
el escándalo en el templo,
y en las calles el terror.

DON JUAN

Vaya, que estáis esta noche
filósofo: un hombre soy,
y como tal, mis pecados

flaquezas humanas son.
Sólo hallo una diferencia
con los demás, y es que yo
aborrezco a los hipócritas
y obro con satisfacción,
sin embozar mis flaquezas
con disimulo traidor.

SAMUEL

Bien meditado, don Juan,
tal vez no os falta razón;
pero es el vulgo envidioso,
injusto y murmurador.

DON JUAN

¿Qué diablos vais a decirme
con tan prolijo sermón?
Que me place la hermosura,
que a los regalos me doy,
que mis inmensos caudales
derramo con profusión,
que tengo amigos, que tengo
mucho en la corte favor.
Y eso, ¿qué tiene de extraño?
¿No hacéis otro tanto vos?

SAMUEL

Y ¿os olvidáis ya, don Juan,
del bonete y del ropón?

DON JUAN

Y ¿os olvidáis que me dieron
la prebenda como a vos
del Rey la tesorería?

SAMUEL

¿Cómo?

DON JUAN

Vedlo en conclusión:
yo era soldado; la guerra,
siendo rico me cansó;
el Rey me quería entonces;
el Cabildo enredador
de Sevilla, harto indiscreto,
no sé en qué le desairó.
Don Pedro, para humillar

tan osada presunción,
 sin mirar a más razones,
 en el coro me sentó;
 conque soy un ave ambigua
 que estoy en disposición
 de volar y de correr,
 como me venga mejor.
 No recibí orden alguna;
 y a mi antojo ved que voy
 llevando con igual brío
 las espuelas y el ropón.
 Mas vamos a lo que importa:
 el mensajero, ¿llegó?

SAMUEL

Mañana llega.

DON JUAN

¿En secreto?

SAMUEL

No; con mucha ostentación,
 que trae comitiva, y viene
 con nombre de embajador.

DON JUAN

Y ¿es hombre de quien se fíe?

SAMUEL

A toda prueba.

DON JUAN

¡Por Dios

que el atrevimiento es mucho!

SAMUEL

No es, don Juan, mucho mayor
 que señalar una iglesia
 por punto de reunión.

DON JUAN

De audaces es la fortuna;
 ya veis lo bien que salió,
 para apartar los curiosos,
 de los muertos la ficción.

SAMUEL

Aunque a bulto, en poco estuvo
 si con nosotros no dió

el justicia Benavides
allá en el otro rincón.

DON JUAN

¡Oh, aquí seguros estamos,
gracias a lo que costó!
Dos veces hemos venido,
y mirad en derredor:
no hay una casa habitada,
y el zapatero murió;
pero el enviado, decidme,
¿sabrás hacer...?

SAMUEL

¡Santa Sión!

Médico, adivino, astrólogo,
y mi huésped, ved, señor,
si tendrá bien su lugar;
de sus consejos en pos,
enfermos, pobres y tontos
le irán a implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
y tomarán de su voz
nuestras órdenes, a guisa
de remedio o predicción.

DON JUAN

¡Soberbia idea, Samuel!
¿Y Aldonza?

SAMUEL

En venir quedó,
y aguardará, del alcázar
para salir, la ocasión.
Pero, don Juan, vamos claros,
¿la amáis de veras?

DON JUAN

Pues ¡no!

Es noble, astuta y hermosa.

SAMUEL

Don Juan, que os asista Dios.

DON JUAN

Y además, don Juan Lacerda,
su cuñado, el reino entró
por Córdoba.

SAMUEL

Y su marido
viene a ayudarnos.

DON JUAN

Estoy
en que esta noche le esperan.

SAMUEL

¿Celoso del Rey, traidor
se ha vuelto Alvar de Guzmán?

DON JUAN

Nuestro es el Rey.

SAMUEL

Vámonos,
que alguien llega; desde el atrio
veremos, don Juan, quién son.

DON JUAN

Si nos acechan, ¡ay de ellos!
arrojaos sin temor,
y adelante.

SAMUEL

En ese caso,
podéis arrojaros vos.

DON JUAN

¿Qué teméis?

SAMUEL

Nada en resumen;
mas soy viejo, odio el rencor,
y para matar cristianos,
don Juan, no conspiro yo.

DON JUAN

Pues ahora os digo lo de antes:
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II

DON JUAN y SAMUEL, tras de las ver-
jas del atrio; ROBLEDO y DOÑA AL-
DONZA CORONEL

ALDONZA

Robledo, ¿llegamos ya?

ROBLEDO

Este es el sitio, señora.

ALDONZA

Tan solo y tan a deshora,
miedo este sitio me da.

ROBLEDO

Nada tenéis que temer,
que entre amigos os halláis.

ALDONZA

¿Que soy, Robledo, olvidáis
nada más que una mujer?
Y aunque sagaz y ofendida,
es natural mi temor.

ROBLEDO

Cubriros fuera mejor
con el lienzo.

ALDONZA

Me intimida
disfrazarme de este modo,
y horror de mí misma tengo.

ROBLEDO

En que repugna, convengo;
mas esto lo salva todo.

(Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia
el fondo, quedan de espaldas al espectador, a manera
de muertos con sus sudarios)

ROBLEDO

¡Oh, es muy feliz la invención
de estos lienzos funerarios!

ALDONZA

Pues de andarnos con sudarios
no es la mejor ocasión.

ROBLEDO

¿Tenéis tan poca esperanza?

ALDONZA

Demasiada tengo acaso;
mas, Robledo, un solo paso
puede arrastrar la balanza.

ROBLEDO

Tal vez alguno nos mira.

ALDONZA

¿No veis alguien a la puerta?

ROBLEDO

Nadie a venir aquí acierta
sí, como vos, no conspira.
Seguidme.

ALDONZA

Vamos allá,
que en vos confío, Robledo.

ROBLEDO

Venid, señora, sin miedo,
que yo llamaré.

DON JUAN

¿Quién va?

ROBLEDO

Las ánimas.

SAMUEL

Ellos son.

DON JUAN

(Sepamos, antes de entrar,
lo que se puede esperar
de las gentes de Aragón.)

ALDONZA

¿Sois vos, don Juan?

DON JUAN

Sí, yo soy.

ALDONZA

Gran miedo por vos pasé.

DON JUAN

¿Miedo decís; y por qué?

ALDONZA

¿No veis el traje en que estoy?

SAMUEL

Guárdeos el cielo, señora.

ALDONZA

¿También Samuel con nosotros?

SAMUEL

También Samuel.

DON JUAN

Y aun hay otros

que el conocerlos ahora
trabajo os ha de costar.

ALDONZA

Y ¿os exponéis tan temprano...?

DON JUAN

Es el vulgo muy villano,
y no se atreve a acercar.
Si no por esta invención
de los muertos, ya apostara
que estábamos cara a cara
ha mucho con el león;
mas hicimos tan extrañas
anécdotas referir,
que nadie ha osado venir
contra visiones tamañas.

SAMUEL

Pues determinar es fuerza
de concluir lo más presto,
que es fácil que den tras esto
y la fortuna se tuerza.

DON JUAN

(A D.^a Aldonza)

¿Qué es de don Alvar Guzmán?

ALDONZA

Esta noche entra en Sevilla.

DON JUAN

¿Y el otro?

ALDONZA

Contra Castilla
dispuestos ambos están.

SAMUEL

¿Vuestro cuñado Lacerda
sigue venciendo?

ALDONZA

Sí, a fe,
y en él precavida até
un cabo de nuestra cuerda;
al otro está mi marido,
que con los suyos atento,

aguarda sólo el momento
del ataque convenido.

DON JUAN

¿Trae gente?

ALDONZA

Pocos, mas buenos,
que por diferentes puertas
entrarán.

DON JUAN

Que estén abiertas
se dispondrá.

ALDONZA

Eso es lo menos;
nuestros los alcaides son.

DON JUAN

Robledo, ¿y la gente vuestra?

ROBLEDO

Mucha tengo, osada y diestra,
dispuesta a la rebelión;
pero sin armas están.

DON JUAN

Cuando hagan al caso iréis
donde las encontraréis.

ROBLEDO

¿Instrucciones?

DON JUAN

Se os darán.

¿Y vos, Samuel?

SAMUEL

Todo está

preparado a la ocasión:
Granada, con Aragón,
auxilio y favor nos da.
Mahomad, el rey Bermejo,
a pretexto de embajada,
envía desde Granada
un moro de su Consejo;
y pues no han de sospechar
de un embajador amigo,

él hará que al enemigo
puedan avisos llegar.

DON JUAN

El legado del Pontífice,
parte con nosotros toma.

SAMUEL

De rebeliones, en Roma
hay muy práctico artifice.

ALDONZA

Mas el Rey...

DON JUAN

Dejadme hacer:

disoluto mozalbete,
le daremos un juguete
que le sepa entretener.

ALDONZA

Estemos muy sobre aviso,
que tiene más de león,
cuya sangrienta afición
saciar antes es preciso.

SAMUEL

Pues si al león, por ventura,
saciar antes interesa,
yo le arrojaré una presa
que satisfaga su hartura;
y pues, aunque entrado en años,
de ser mozo no dejó,
al león dormiré yo,
y al mozo vuestros amaños.

ALDONZA

Tanto amor le he de fingir,
que milagros ha de hacer
si es capaz de prever
que en mi amor ha de morir.
¿Don Enrique?

DON JUAN

Será rey.

ALDONZA

¿Contestó?

SAMUEL,

Contestó ya,
y en sus poderes nos da
por buenos ante la ley.

DON JUAN

Nos deberá él la corona,
rey el pueblo castellano,
y el infierno otro tirano
que le espera, aunque le abona.

ALDONZA

Vaya allá, ¡viven los cielos!
de huésped de Lucifer.

DON JUAN

(A D.^a Aldonza)

Y con él puede correr
Alvar Pérez.

ALDONZA

(A D. Juan)

¿Tenéis celos?

DON JUAN

¿No sois vos todo mi afán?

ALDONZA

Mas viniendo mi marido...

DON JUAN

Todo está ya prevenido.

ALDONZA

¿Qué decís?

DON JUAN

Juntos irán.

ALDONZA

¡Vuestro amigo!

DON JUAN

Y ¿qué tenemos?

¿No necesita una presa
el león? Darémosle ésa.

ALDONZA

¡Don Juan!

DON JUAN

(Señalando al judío)

¿Otra le daremos?

ALDONZA

Me entendisteis.

DON JUAN

Bien está.

Despachemos esa gente,
que hace tiempo que impaciente
también nos espera ya.

(Éntranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas, asoma y sale después D. Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Pérez)

ESCENA III

DON PEDRO

¡Por la Virgen de Belén!
León de sangre sediento,
se dará el Rey por contento
con la presa que le den;
y el cetro de un mozalbete,
mientras venden a Aragón;
echarán carne al león,
y al mancebo algún juguete.

(Pasea a largos pasos y dice de repente)

¡Por Dios, que si estando quedo
necios a acosarle van,
cuando ruja, se echarán
entre la hierba, de miedo!
¡Voto a Dios, bando insensato,
que hallarás al león, sí;
pero caerá sobre ti
silencioso como el gato!

(Vuelve a pasearse meditabundo)

¿Quién necio, al primer embate,
mal jugador de ajedrez,
jugando la primera vez
tira al rey un jaque-mate?
¿Con trampas y alteraciones
piensan el juego embrollar?
Empecemos a jugar
moviendo algunos peones.
Blas...

ESCENA IV

DON PEDRO y BLAS

BLAS

¿Qué quieres?

DON PEDRO

Ven acá.

¡Paréceme que decías
que a tu padre vengarías!

BLAS

¡Sí, por Dios!

DON PEDRO

Empieza ya.

BLAS

No juegue con mi dolor,
que, ¡por Cristo! que le juro
que, aunque plebeyo y obscuro,
razón me sobra y valor.

DON PEDRO

La paciencia, sin embargo,
te hace falta; ténla, pues;
yo sé el matador quién es.

BLAS

¿Quién?

DON PEDRO

La prudencia te encargo.

BLAS

¡Prudencia, y visteis morir
a quien me mandáis vengar!

DON PEDRO

Ve la justicia a buscar
y hazla contigo venir.

BLAS

¿De mí burlaros queréis?

DON PEDRO

¿De Colmenares te olvidas?

BLAS

¿Ese fué?

DON PEDRO

El mismo.

BLAS

Cien vidas

que tuviera...; lo veréis.

DON PEDRO

Pues yo le pondré en tus manos
si traes la justicia tú.

BLAS

¡Justicia! ¡Por Belcebú,
que es auxilio de villanos!
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga, ¡por Dios!
y cierro delante a vos
a puñaladas con él.

DON PEDRO

Y si tal haces, menguado,
¿llegarás a tu enemigo
sin que tropiece contigo
la justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...

BLAS

No temáis, no le erraré.

DON PEDRO

Mejor es que se le dé
la justicia, que es más fuerte.

BLAS

¿Ese consejo me dais,
y sois soldado del Rey?
¿Os remitís a la ley,
y espada al cinto lleváis?
Guardaos enhorabuena
vuestro consejo, y ahora
dejadme aguardar mi hora
mal devorando mi pena;
porque os juro que un zapato
no he de volver a coser,
si es que yo le alcanzo a ver
y allí mismo no le mato,

DON PEDRO

Bien está; le matarás.

BLAS

¿Cara a cara?

DON PEDRO

La manera

ponla tú, con tal que muera.

BLAS

Vamos allá.

DON PEDRO

Tente, Blas;

que tú lo harás, lo repito,

mas con una condición.

BLAS

¿Cuál es?

DON PEDRO

En esta ocasión

la justicia necesito.

BLAS

¿Para él?

DON PEDRO

Sí: cuando le prueben

que el delito cometió,

haré que a tus manos yo

sentenciado te lo lleven.

¿Lo oyes?

BLAS

No lo entiendo bien;

mas no os puedo resistir:

voy..., y si vais a mentir,

el cielo os maldiga.

DON PEDRO

Amén.

ESCENA V

DON PEDRO

Que le mates, eso quiero;

que quien con su Rey se atreve,

justo es que la muerte lleve

por mano de un zapatero.

Que le mates es la ley,

y así aprenderá de cierto
que no hay un vivo ni un muerto
de quien tenga miedo el Rey.
Alguien llega; si es amigo
de esa gente, antes de entrar
se tendrá que confesar
a solas aquí conmigo.

ESCENA VI

DON PEDRO y D. ALVAR PEREZ
DE GUZMAN

DON ALVAR

(Esta la iglesia será,
sí; cuando señas me dieron,
a traición no me mintieron:
¡pecho al agua!)

DON PEDRO

¿Quién va allá?

DON ALVAR

¡Las Animas!

DON PEDRO

Adelante.

DON ALVAR

¿Estáis vos...

DON PEDRO

Por don Enrique.

¿Y vos?

DON ALVAR

No hay por qué me explique
sin que el misterio levante.

DON PEDRO

¿No os dieron aquí una cita?

DON ALVAR

Y ¿aquí os citaron a vos?

DON PEDRO

Sí.

DON ALVAR

Y a mí.

DON PEDRO

Conque a los dos
aquí se nos necesita.

¿Sois Lacenda, Mahomad
o Roma?... Esperamos hoy
sus avisos.

DON ALVAR

Guzmán soy.

DON PEDRO

¿Alvar Pérez? Perdonad;
que a conoceros al punto,
no os hubiera detenido.
¿Venís, Guzmán, decidido?

DON ALVAR

A vencer o ser difunto.

DON PEDRO

Eso sí: bien elegimos;
ni un cobarde hay con nosotros,
aunque en mucho más que a otros
por ofendido os tuvimos.

DON ALVAR

¡Mucho sabéis!

DON PEDRO

Soy el ojo
derecho de don Samuel,
y no me recata él
ni su más mínimo antojo.
Y ¿os llegó su carta?

DON ALVAR

Sí

DON PEDRO

Ya visteis lo que decía.

DON ALVAR

Y vos, pues todo os lo fia.

DON PEDRO

Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
que a ciegas le pregunté.)
Pues, si mal no me enteré,
ya sólo por vos se espera.

DON ALVAR

Voy, pues, a entrar.

DON PEDRO

Aguardad,

que, pues la suerte es propicia,
daros quiero una noticia.

DON ALVAR

Dádmela, pues, y abreviad.

DON PEDRO

(Con intención)

Vuestra mujer, ¿os es fiel?

DON ALVAR

(Amostazado)

¡Vive Dios!...

DON PEDRO

Sé que irritado
con ella os habéis mostrado.

DON ALVAR

Y ¿qué se le importa a él?
Si contra el Rey conspiráis...

DON PEDRO

Del Rey hablaros pensé.

DON ALVAR

Pues id derecho, que a fe,
que os juro que lo acertáis.

DON PEDRO

Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.

DON ALVAR

¡Ya volvéis!

DON PEDRO

Si de él vengaros queréis,
hablar de ella vos conviene.

DON ALVAR

Seguid.

DON PEDRO

Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,
sabad que hay quien defendió
vuestra causa..., aunque sin mengua,
Ella tiene al Rey cogido;

mas sólo es para ayudar
con su amor a conspirar
a su amigo y su marido.

DON ALVAR

¿Su amigo?

DON PEDRO

Y vuestro, mayor;
pues a vuestra orden atento,
no se separa un momento
de ella, por cumplir mejor.

DON ALVAR

¿Por quién me tomáis a mí?

DON PEDRO

Por don. Alvar de Guzmán;
y a fe, que sin mucho afán,
que vos lo habéis dicho así.

DON ALVAR

Pues estáis mal informado,
que yo no encargué a ninguno
mi mujer.

DON PEDRO

Pues hay alguno
que a su cargo la ha tomado.

DON ALVAR

¿Quién?

DON PEDRO

Don Juan de Colmenares.

DON ALVAR

Os digo que os engañáis.

DON PEDRO

Nada, don Alvar, temáis
de quien sirve en los altares.
Pero entrad, que os entretengo.

DON ALVAR

(¡Aviso más singular!)

Decidme...

DON PEDRO

¿Queréis entrar,
que os esperan?

DON ALVAR

A eso vengo;

mas quiero una explicación
de eso que ahora me habéis dicho.

DON PEDRO

¿Traéis en fingir capricho?
Mas, en fin, tenéis razón,
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.

DON ALVAR

Quien no habla de ellos mejor,
cerca está de los difuntos.

DON PEDRO

¿Me provocáis? No hay por qué;
mas si os ofendéis por esto,
don Alvar, estoy dispuesto,
y el caso os explicaré.

DON ALVAR

¿Cuándo?

DON PEDRO

Mañana; que fuera
dan antes que sospechar.

DON ALVAR

¿A qué hora y en qué lugar?

DON PEDRO

En mi casa y a cualquiera.

DON ALVAR

¿Dónde moráis?

DON PEDRO

De mi casa
haré que os avisen, y...
Pero entrad, que, ¡pesa mí!
que el tiempo hablando se pasa.

(Sube D. Alvar las gradas del atrio, diciendo:)

DON ALVAR

(¡Por Cristo, que me ha metido
ese hidalgo en confusión!)

DON PEDRO

(Viéndole entrar)

Para una conspiración,
no hay cosa como un marido.

ESCENA VII

DON PEDRO

El dardo en el pecho lleva,
y a fe que le ha de estorbar;
mas si le quiere tocar,
la herida él mismo renueva.

(Se hecha a reir)

Poco hay en el otro mundo,
según se ve, de provecho,
cuando un soldado ha deshecho
su plan más sabio y profundo.

(Después de un momento de meditación, con ira, marcando el carácter inconstante del rey D. Pedro, dice:

Torres de orgullo y grandezas,
necios levantando están,
mas otros levantarán
su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII

DON PEDRO y BLAS

DON PEDRO

¿Cumplistes?

BLAS

Sí.

DON PEDRO

No los veo.

BLAS

Pronto los tendréis aquí,
que más me interesa a mí
mi venganza, y la deseo.

DON PEDRO

Escucha, Blas.

BLAS

Ya os escucho.

DON PEDRO

¿Serás capaz de esperar
a los muertos?

BLAS

(Con temor)

¿Yo?

DON PEDRO

A juzgar

por el "yo", los temes mucho.

BLAS

Mas la pregunta, ¿a qué asunto?

DON PEDRO

Es que te encargo, en conciencia,
que tengas mucha prudencia
si aparece algún difunto.

BLAS

(Como no puedo entender,
hablar de muertos le gusta;
nada a este hombre le asusta,
mas nada le veo hacer.)

(Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto
en el lienzo que le sirve de disfraz)

¡Cielos!

DON PEDRO

¿Qué es eso?

BLAS

(Señalando al conjurado)

¡Mirad!

(Blas cae de rodillas con la expresión del vapor más
concentrado; D. Pedro vuelve el rostro con serenidad)

ESCENA IX

BLAS, D. PEDRO y UN CONJURADO

CONJURADO

(Rumor oí, según creo;
no vendrá mal un paseo
contra una curiosidad.)

DON PEDRO

Quieto, Blas, o eres perdido.

BLAS

(Tamaño valor me pasma.)

DON PEDRO

(Dejemos que la fantasma nos diga a lo que ha venido.)

CONJURADO

Desventurado mortal
que, pecador descarriado,
a este lugar has llegado,
¿quién eres?

DON PEDRO

Si no voy mal,
poco para muerto sabes,
pues no conoces en mí
un vivo que viene aquí
por negocios harto graves.

CONJURADO

Eres, pues...

DON PEDRO

Del otro mundo,
donde ya aguardando están
a Samuel y al de Guzmán.

CONJURADO

(Es nuestro, si bien me fundo.)

(Vase acercando a D. Pedro, y mirándole de arriba
abajo, extraña la capa, echando de menos el disfraz)
Que vengas de allá me alegro,
aunque es tu disfraz muy franco.

DON PEDRO

Es que tú eres muerto blanco,
y yo soy un muerto negro.

CONJURADO

Negro o blanco, ¿a qué no entrar
con nosotros?

DON PEDRO

Es que yo
soy muerto que nunca entro
donde le pueden cerrar.

CONJURADO

(¡Traidores hay, pesia mí!)

Responda quién va, o es muerto.

(Al acercarse a D. Pedro, asiendo éste su daga con disimulo, le da de puñaladas, y va a caer fuera de la escena)

DON PEDRO

Quien los infiernos ha abierto esta noche para tí.

CONJURADO

¡Cielos!

BLAS

¡Por San Blas! ¿Qué es esto?

Con los muertos arrogante,

se los lleva por delante...

¿Qué hombre es éste, a Dios opuesto?

(Vuelve D. Pedro limpiando la daga)

DON PEDRO

Bien muerto está el temerario.

¡Por Cristo, que lo acertó

cuando al conspirar tomó

para envolverse un sudario!

ESCENA X

BLAS y D. PEDRO

DON PEDRO

¡Blas!

BLAS

(Miedo este hombre me da.)

DON PEDRO

¿Qué tiemblas? ¿Esto te asombra?

Ven, que un muerto es una sombra,
y al ver esta cruz se va.

(Muestra la daga)

BLAS

(¡Temblando estoy de pavor!)

DON PEDRO

Vamos, ¿qué temes, muchacho?
 ¿No ves cómo los despacho?
 Cálmate y cobra valor;
 que aunque entre el vulgo mantienen
 gran crédito los difuntos,
 en viendo dos vivos juntos,
 nunca a amedrentarlos vienen.

BLAS

Así será, pues que veo
 que con ellos os cerráis
 y a estocadas los echáis.

DON PEDRO

Que vengan muchos deseo;
 y aprende a hacerlo de mí,
 que muertos como el que has visto,
 no merecen ¡voto a Cristo!
 sino lo que a éste le di;
 mas vienen.

BLAS

Es la justicia.

DON PEDRO

Blas, silencio y confianza;
 no malogres tu venganza
 por ceguedad o impericia.
 Aquí tu venganza empieza;
 y si sagaz me ayudares,
 lograrás de Colmenares
 por lo menos la cabeza.

BLAS

Mas...

DON PEDRO

Silencio, ya lo ves;
 tú de mi poder testigo
 eres, conque sé mi amigo,
 que te alegrarás después.

BLAS

(Todo es misterios este hombre;
 mas pues me halaga y me ayuda,
 tendré la lengua tan muda
 como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI

DON PEDRO, BLAS y LA JUSTICIA

DON PEDRO

(Con autoridad)

Más vale nunca que tarde;
que la justicia y la unción
matan con la detención.

JUSTICIA

¿Quién se atreve...?

DON PEDRO

Dios le guarde.

JUSTICIA

¿Para esto llamáis la ronda?

DON PEDRO

Callad.

JUSTICIA

¿Quién manda callar?

DON PEDRO

(Le dice al oído:)

Quien puede haceròs ahorcar
aunque la faz vos esconda.

(Bajo a los de la ronda; le oyen todos menos Blas)

Esta noche han muerto aquí
a Pérez el zapatero:

aquí al agresor espero,
y el cadáver está allí.

En su casa os esconded,

y cuando mi voz oigáis,

al que en la calle veáis,
sin más respetos prended.

Y... para todos lo digo:

ni el reo ni el tribunal

han de saber ¡voto a tal!

que habéis topado conmigo.

Imparcial que sea quiero

del agresor la sentencia,



que tan hombre es, en conciencia,
como el Rey el zapatero;
conque adentro.

(Al entrar, los detiene)

¡Eh! Y escuchad:

con el muerto está su hija;
nadie importuno la aflija
por gracia o curiosidad;
y cuenta que por torpeza
o por malicia espiar
ose alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.

(Entran, y D. Pedro les cierra puerta y postigo)

ESCENA XII

DON PEDRO y BLAS, que no debe haber
comprendido la escena anterior que pasa
entre D. Pedro y la ronda.

BLAS

¿Qué van a hacer en mi casa?
¿No véis que mi padre está...?

DON PEDRO

Todo lo he previsto ya;
tú atiende a lo que aquí pasa.
Tal vez volverán los muertos;
entre ellos viene, sin duda,
Colmenares.

BLAS

¡Dios me acuda!

DON PEDRO

Y tenga tus desaciertos;
aunque le veas venir,
estáte quieto a mi lado.

BLAS

Eso no, señor soldado;
si le veo, ha de morir.

DON PEDRO

Pues deja que pasen todos,

que con tantos atreverte
fuera correr a la muerte.

BLAS

Lo haré así.

DON PEDRO

De todos modos,
llegó tu venganza, Blas;
mas que en ninguna ocasión
divulgue tu irreflexión
lo que esta noche a ver vas.

ESCENA XIII

DON PEDRO y BLAS se apartan a un
lado. SAMUEL, D. JUAN, D. ALVAR,
CONJURADOS, etc.

DON JUAN

Conque no olvidar, señores,
que nuestros días son tres;
el santo y la seña es
ánimas y embajadores;
entretanto, con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá a nadie mal
ni por armas ni por oro.

(Vanse muchos)

ESCENA XIV

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, D. JUAN,
D. ALVAR, DOÑA ALDONZA, ROBLEDO,
etcétera.

DON JUAN

Ahora bien, hecho lo hecho,
este lugar se abandona;

Enrique tendrá corona,
y nosotros gran provecho.

ALDONZA

Adiós, don Juan.

SAMUEL

Dios os guarde.

DON ALVAR

(A Samuel)

El os ayude, Samuel.

ROBLEDO

¿Os quedáis?

SAMUEL

Tengo con él

que hablar.

DON JUAN

Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV

SAMUEL y D. JUAN. BLAS y D. PEDRO,
ocultos

SAMUEL

Don Juan, ¿la queréis aún?

DON JUAN

Pues ¿en qué mudanza ha habido?

SAMUEL

¿No es don Alvar su marido?

DON JUAN

Y el peligro, ¿no es común?

SAMUEL

Pero...

DON JUAN

¿No hay en este lance
averías de fortuna?

Pues no ha de faltar alguna
que, si me estorba, le alcance.
Mas lo que hablarme tenfais...

SAMUEL

A eso voy: pues soy tan rico
como yo...

DON JUAN

¿Qué?

SAMUEL

¿No me explico?

En repartir bien haríais
los gastos entre los dos.

DON JUAN

Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
lloráis un cántaro vos.

SAMUEL

Ya veis... Tantos adelantos
y tan exhausta la caja...

DON JUAN

Ya se os hará una rebaja,
que por ahora no son tantos;
mas cuenta con que el dinero
mucho os duela; tirad de él,
que en este caso, Samuel,
la cabeza es lo primero.

SAMUEL

Fío en vos.

DON JUAN

Y sabéis bien
que por tal parcialidad
os ofrece Mahomad
medio reino de Jaén.

SAMUEL

En el moro al fin tendré
quien me ayude en un azar
(y un escondido lugar,
donde el tesoro pondré).
Buenas noches.

DON JUAN

Id con Dios.

ESCENA XVI

DON PEDRO, BLAS, D. Juan, y después
LA JUSTICIA

DON JUAN

Ambiciosos, miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atesora,
que yo te haré levantar
con tres palos un altar
donde te llegue tu hora.
Su infortunio me hace duelo:
mas él se empeñó en morir,
y entre los dos a elegir,
quiso lo mejor el cielo.

DON PEDRO

(A Blas)

Ahora, tú.

(Blas se arroja sobre D. Juan, y mientras éste se defiende y la justicia los separa, sin que D. Juan vea de dónde salen, dice D. Pedro:)

DON PEDRO

¡Favor al Rey!

DON JUAN

¡Viven los cielos, villano...

BLAS

¿Y mi padre?

JUSTICIA

Echadle mano.

DON JUAN

¿Qué es esto?

Ayuda a la ley.

BLAS

Ese a mi padre mató.

DON JUAN

¿Cómo? ¡Infame!

JUSTICIA

Basta ya,
que ese hombre acusado está.

DON JUAN

¡Viles, asesino yo!

BLAS

Y aun niega... Dejadme a mí:
ese hombre muerte merece;
dádmele, me pertenece,
yo soy el verdugo aquí.

(Blas separado de D. Juan, forcejea por llegar a él. Llevan a D. Juan por el lado opuesto a la casa de Diego Pérez, y D. Pedro coge a Blas por el brazo cuando todos vuelven la espalda)

JUSTICIA

(A Blas)

¡Ea, atrás tú!...

(A D. Juan)

y venid vos.

DON JUAN

Inocente...

JUSTICIA

Sí seréis;
pero allá se lo diréis
a los jueces.

DON JUAN

Sí, ¡por Dios!

DON PEDRO

(A Blas)

Ven aquí y en mí te fía.

ESCENA XVII

DON PEDRO y BLAS

BLAS

Ved que me habéis prometido...

DON PEDRO

Que del crimen convencido,
en tus manos le pondría.

Pues bien; pasado mañana
te avisarán de un lugar
donde has de ir a consultar
sobre la justicia humana.

BLAS

¿Qué me importa...?

DON PEDRO

Calla y ten.

(Dale un bolsillo)

Con esto el entierro harás
de tu padre y de "ése", Blas;

(Señalando el sitio donde cayó el conjurado a quien
mató D. Pedro)

y callando te irá bien.

BLAS

(De sus ojos tengo miedo;
por más que al orgullo acudo,
me apura, me opongo, dudo,
mas resistirle no puedo.)

(Entra en su casa empujado ligeramente por D. Pedro)

ESCENA XVIII

DON PEDRO

Bien: nada don Juan sabrá;
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco
adelante seguirá.

(Se echa a reir, y dice yéndose y frotándose las manos
con muestras de satisfacción:)

Y es justo que en horca acaben
y al vulgo den que reir
muertos que aun han de morir
y que la hora no saben.

ACTO TERCERO

Gabinete oriental en casa de Samuel Leví, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas a los lados; mesa con tapete de grana; colijnes, etc. Luz artificial

ESCENA PRIMERA

DOÑA ALDONZA CORONEL y D. JUAN DE COLMENARES

ALDONZA

Imposible, don Juan; dirán, si quieren, que por capricho mujeril os quise; mas no penséis que, mi decoro hollando, así el blasón de los Guzmanes pise. Mucho os amé y os amo todavía, que negároslo aún fuera locura, mas seguiros liviana, Colmenares, tinta en su sangre...

DON JUAN

Basta: estad segura que os comprendo muy bien; enhorabuena: trocar por un mal Rey un buen marido, que merecía os pareció la pena; mas quien señora en un palacio ha sido, vivir no debe en opulenta casa que de hidalgo solar al fin no pasa.

ALDONZA

Me tentáis demasiado la paciencia, señor don Juan; tened esos dicterios,

porque pican ¡pardiez! en insolencia;
quien al Rey escuchó fué en mi venganza;
mató a mi padre, y vive en mi memoria.

DON JUAN

¡Qué diablos! ¿Por tan poco una penden-
[cia

queréis armar? No somos hoy tan niños
que no alcancemos ya la tecnología
y el sistema de amores y cariños.

ALDONZA

Tenéis, don Juan, un alma depravada,
incapaz de sentir e indiferente;
dispuesto estáis, con sátira insolente,
a reir de la cosa más sagrada.

DON JUAN

Pues ¿qué queréis? ¿Que a fuer de caba-
[llero

que errante corre a caza de aventuras,
abra un palenque a voz de pregonero
y haga astillas por vos un par de lanzas,
ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan difícil cosa;
en cualquiera asonada repentina,
muere a manos de turba codiciosa
el patriota mejor tras de una esquina.

ALDONZA

Basta ya, ¡por mi vida! Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
del rey don Pedro por vengarme ansiosa,
vengo a mi padre y moriré gozosa;
todo el mundo verá, por más que os pese,
que el corazón del Rey no pretendía
quien, aguardando la ocasión, sedienta
bebió la sangre que en su pecho había.

DON JUAN

(Con sarcasmo)

Y embozando su amor con su venganza,
supo astuta volver a su marido
celebrando su triunfo esclarecido;
y éste, de su conducta satisfecho,

cuando vos el digáis: "Vengue a mi pa-
[dre",
responderá tranquilo: "Bien has hecho".

ALDONZA

Mucho os mofáis, don Juan, de su des-
[gracia,
y a su enojo mostráis muy poco miedo,
cuando sabéis que recordaros puedo
que no hablasteis con él con tanta audacia.

DON JUAN

Y ¿por tan bueno me tenéis, señora,
que me lanzara a provocarle necio,
cuando al fin de la fiesta no sería
sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que, por suerte,
bien entrambos a dos nos conocemos,
y pues ambos a dos nos descubrimos,
nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar; quede aquí todo,
y pues ambos un fin nos proponemos,
justo es que cada cual llegue a su modo.

ESCENA II

DICHOS, SAMUEL y EL EMBAJADOR,
por el fondo

SAMUEL

¡Gracias a Dios!

DON JUAN

El nos ayude, amigos.

EMBAJADOR

Grave susto nos disteis, Colmenares.

DON JUAN

(Frívolamente)

Los cielos ¡vive Dios! me son testigos
de que más de una vez me di por muerto,
y de todos el fin tuve por cierto.

El oro derramé con manos llenas
por penetrar el laberinto obscuro

de las dudas que entonces me acosaban;
 todos los cargos vi que se me hacían,
 y todos de asesino me culpaban,
 mas nada, a fe, de conspirar decían.

SAMUEL

Mas los jueces...

DON JUAN

Asaz interesados,
 fallaron mi sentencia
 conforme a su interés, no a su conciencia.

SAMUEL

(Con satisfacción)

La noticia indecisos esperamos;
 mas cuando esta mañana la supimos,
 nos reímos, don Juan, y respiramos.

DON JUAN

El caso es muy donoso ciertamente,
 no se ha visto sentencia más graciosa;
 mas pasemos, señores, a otra cosa;
 no hay más que hablar, con nuestro plan
 [seguimos.

SAMUEL

¿Y el Rey?

DON JUAN

¡Oh! Más que nunca confiado,
 hoy mismo con su mesa me ha brindado;
 mas yo sé bien, o me alucino mucho,
 que espléndido banquete le preparo,
 que ha de costarle, por quien soy, bien caro.

EMBAJADOR

Abreviemos, si os place, de razones.

SAMUEL

Sí; obremos de una vez, que no tenemos
 a cientos ya a escoger las ocasiones.

DON JUAN

Tenéis razón, amigos empecemos.
 ¿Los de Aragón...?

ALDONZA

En la ciudad entraron.
 Guzmán con ellos, la señal espera,

y aquí vendrá, si la ocasión le ayuda,
favorecido por la sombra muda.

EMBAJADOR

Mañana nos dará pública audiencia
el Rey en el alcázar.

DON JUAN

(Al embajador)

Ese tiempo le da nuestra sentencia:
ea, pues, ya sabéis cuanto hace al caso;
emprended del oráculo la farsa,
que entre la turba de cristianos locos
que por mentiras os darán dineros,
entrarán de los nuestros unos pocos;
no me los confundáis con la comparsa.

(A D.^a Aldonza, con galantería)

Dadme el brazo, señora,
si aun alcanzo a serviros de escudero.

ALDONZA

Pues no podéis ser ya mi caballero,
la última vez tomadle por ahora.

ESCENA III

SAMUEL y EL EMBAJADOR

SAMUEL

Dejemos a esos necios embriagados
en sus ciegas y torpes vanidades.

EMBAJADOR

Hablad de don Enrique.

SAMUEL

Ya consiente
en dar a Mahomad esas ciudades
que le pide, tal vez muy exigente;
pero es justo, sin duda,
que pague cara su eficaz ayuda.

EMBAJADOR

¿Dará, pues, los poderes necesarios?

SAMUEL

No; pero pues tan varios

sucesos prestarán mil ocasiones,
de ellas se quitarán las guarniciones
y con faz de sorpresa,
tomaréis lo que os toque de la presa.

EMBAJADOR

Quedará, pues, Castilla
reducida a un pedazo de terreno...

SAMUEL

Sí, donde ondule el pabellón ajeno.

EMBAJADOR

Permitid que os replique,
Samuel: puesto que tanto os interesa,
según se ve, su causa,
¿por qué aquí no os quedáis con don En-
[rique?

SAMUEL

No más reyes que pobres y altaneros
nos adulan, menguando su grandeza,
y nos pagan después, crueles y fieros,
dando a su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro,
desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.

EMBAJADOR

Ya veis lo que os escribe
mi Rey, y claro está que os lo recibe.

SAMUEL

Llevad a cabo, pues, lo comenzado.

EMBAJADOR

¿Habéis ya a nuestras gentes avisado?

SAMUEL

Hoy avisadas fueron;
mis amigos y fieles servidores
por el vulgo las nuevas esparcieron
de que el muy sabio Embajador que cura
del ánimo y del cuerpo los dolores,
a admitir se dispone sus visitas,
y ya el crédulo vulgo se apresura
a consultar al mago
en el silencio de la noche obscura.

EMBAJADOR

Está bien: a los jefes instruídllos
del ridículo oráculo;
lo que importe decidlos;
yo al vulgo engañaré.

SAMUEL

Y poned cuidado:
vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchachas engañadas,
tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros;
pero vendrán entre ellos
"las ánimas", que esperan de nosotros,
no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,
el oro y las secretas instrucciones
que les serán por vuestros labios dadas.

EMBAJADOR

Presto, pues, el oráculo empecemos:
a los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razón le mentiremos.

ESCENA IV

SAMUEL y EL EMBAJADOR, salen por
la derecha; aparecen en seguida por una
puerta falsa de la izquierda, D. PEDRO con
D. DIEGO GARCIA DE PADILLA y DOS
BALLESTEROS DE SU GUARDIA

DON PEDRO

¡Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal,
le echáis al cuello un dogal,
y le ahorcáis en esa puerta.

PADILLA

Ved que es ese hombre, señor,
Embajador de Granada.

DON PEDRO

¿No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?

(Padilla y los ballesteros se retiran; D. Pedro va a ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared)

Yo cazo por afición,
ya un insecto, ya una fiera;
pues hallo esta ratonera,
cacemos este ratón.

ESCENA V

(Vuelve el moro, y al cerrar la puerta se halla cara a cara con D. Pedro, que echa mano a la llave, y quedan un momento en silencio mirándose uno a uno)

DON PEDRO

Buenas noches nos dé Dios.

EMBAJADOR

(¿Por dónde ha entrado este hombre?)

DON PEDRO

Nada hay aquí que os asombre.

EMBAJADOR

¿Sois...

DON PEDRO

Un hombre como vos.

EMBAJADOR

De la casa?

DON PEDRO

Justamente.

EMBAJADOR

¿Amigo de don Samuel?

DON PEDRO

Mucho.

EMBAJADOR

¿Y por mandato de él
venís a mí?

DON PEDRO

Cabalmente.

EMBAJADOR

Pero en mi mente no cabe...

Sin tropezaros en mí,

¿cómo habéis entrado aquí?

DON PEDRO

Por el ojo de la llave.

EMBAJADOR

¿Qué es esto, venís de mofa?

DON PEDRO

¿Unos muertos no esperáis?

¿Que se aparezcan dudáis,
pues, las gentes de esa estofa...

EMBAJADOR

¡Cómo!

DON PEDRO

¿No oísteis decir

que un muerto espíritu es,

y no necesita pies

ni por dónde, para ir

ni venir?

EMBAJADOR

Mas no comprendo,

¡por Alá!...

DON PEDRO

Tened paciencia;

yo os explicaré mi ciencia,

y ya lo iréis comprendiendo.

(Tiéndese D. Pedro en un almohadón, y sigue diciendo
en tono burlón:)

Hay sabios tan pobrecitos,
que tras cualquier embustero

se van hacia el matadero

dóciles como cabritos.

Hay muertos tan infelices,

que a pocas apariciones,

a tumbos y a tropezones

dan en tierra de narices;

y hay astrólogos tan rudos,

tan menguados adivinos,

que en lo que hace a sus destinos
sus horóscopos son mudos.

(Hace el moro un movimiento de resistencia)

No resistáis, ¡voto a tal!
que vengo muy bien armado,
y cogiéndoos descuidado,
el combate no es igual.
Que sois, he oído decir,
un mago más que mediano:

tomad, aquí está mi mano,

(Tiende la mano armada con guantaleta)

decíme mi porvenir.

EMBAJADOR

(Disimulemos, ¡pardiez!
quién es hasta descifrar.)
Aunque era justo negar
respuesta a tanta altivez,
porque no cede la ciencia
a la fuerza o la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.

DON PEDRO

Ved que también adivino
soy, y a mi vez os diré,
poco o mucho, lo que sé
que os guarda vuestro destino.

EMBAJADOR

Entonces, esta molestia
nos podemos excusar.

DON PEDRO

(Aun voy con él a cerrar
como quien caza una bestia.)
¿Conque no sabéis decir,
ni mirando a lo pasado,
lo que ha sido de un soldado,
ni cuál es su porvenir?

EMBAJADOR

(Dudando estoy.)

DON PEDRO

Bien está:
pues reservado os guardáis,

fuerza es que de vos oigáis
lo que fué y lo que será.
Vos fuisteis Marco Martín,
que en sus traidores afanes,
servisteis a los Guzmanes,
y los vendisteis por fin.
La razón os la diré:
cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.

EMBAJADOR

¡Cielos!

DON PEDRO

Le aprontasteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtasteis, fuisteis al Moro
y renegasteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada a conspirar,
cuando rey se hizo llamar,
os hizo de su Consejo.

(Un momento de pausa)

Te he dicho, Marco Martín,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado,
que voy a hablar de tu fin.
O con la mía se acuerda
tu voluntad desde hoy,
o ¡te juro por quien soy
que bailas en una cuerda!

EMBAJADOR

(Rendirse sin pelear
fuera locura extremada.)

DON PEDRO

(Con altivez)

¿Qué dices?

EMBAJADOR

No digo nada.

(Arrancando con indignación)

¿Eso es negar u otorgar?

¿Por quién me tomáis a mí,

mortal miserable y necio
que viene a poner a precio
mis pareceres aquí?

¡Necio de mí, si mi ciencia
quién sois no me revelara!

DON PEDRO

¿Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia o tu conciencia?

EMBAJADOR

Vos, criado entre traidores,
traiciones doquier soñáis,
de las estrellas dudáis,
de sabios y de doctores.

(Con tono de inspiración. D. Pedro trémulo de ira)

Yo vine de mi señor,
con mi ciencia poderosa,
de vuestra nación leprosa
médico y embajador,
¿y de una historia indecente
me hacéis el protagonista?

(Levantándose, dando una patada en el suelo)

DON PEDRO

¡Nuestra Señora me asista,
y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
y embajador compasivo,
voy a desollarte vivo
y a mandarte a tu señor.
¿Piensas que tengo tan flaca
la memoria, o tan menguado
el enojo, que, irritado,
mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino
mal comparado, vil ladrón,
¿piensas que es tu salvación
ese disfraz de adivino?

Despoja de esos trebejos.

(Arráncale de un tirón la capellina que le cubre todo)

Padilla...

ESCENA VI

PADILLA y DOS BALLESTEROS que aparecen a la voz de D. PEDRO; mientras MARCOS no acierta a volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles que han de servir para el disfraz de D. Pedro, y le llevan.

DON PEDRO

A ese embajador
servirás de confesor;
guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII

DON PEDRO

¡Darán al mozo un juguete
y alguna presa al león!
¡Por Dios, que de diversión
servirán al mozalbeta!

(Hace lo que va diciendo)

Cálome esta mantellina,
coloco la luz de modo
que en sombra quede yo todo,
mientras el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
y a adivinar me preparo;
¡a fe mía, que muy caro
pagan mi entretenimiento!

ESCENA VIII

DON PEDRO y BLAS

BLAS

Este es, sin duda, el doctor.

DON PEDRO

¿Quién va?

BLAS

Blas Pérez.

DON PEDRO

(¡Por Cristo,

que está el reclamo bien listo!)

Diga, pues.

BLAS

(Dame pavor

tan melancólica estancia.)

Es el caso...; yo... (No sé
cómo empezar.)

DON PEDRO

(Siempre fué

tan cobarde la ignorancia.)

En fin, ¿qué quiere de mí

Blas Pérez?

BLAS

Venganza quiero.

DON PEDRO

Y ¿de quién?

BLAS

De vos la espero,
pues me encaminan aquí.

DON PEDRO

Y ¿qué es ello?

BLAS

Ello es, señor,
que hace tres noches, en una
lluviosa y negra, oportuna
para el cobarde y traidor,
mi padre...

DON PEDRO

(Interrumpiéndole)

Bien: le mataron.

BLAS

Sí, murió a manos de un hombre...

DON PEDRO

Colmenares; sé su nombre...

BLAS

¿El hecho, pues, os contaron?

DON PEDRO

¿Qué es mi saber en esencia
si lo pasado no acierto?

BLAS

(¡Si le habrán dicho que ha muerto
los hombres, y no su ciencia!)

DON PEDRO

Sea como quiera, adelante;
un soldado te ayudó,
y por él la ronda dió
tras de ese hombre en el instante.
A él te arrojastes audaz,
mas te detuvo el soldado,
que aun no era el tiempo llegado
para tal temeridad.

BLAS

Todo lo sabéis, sin duda;
y puesto que a vos me envían,
está claro que sabían
que me podéis dar ayuda.

DON PEDRO

¿No te la dió el tribunal?

BLAS

(Con desprecio)

Si Dios otra vez naciera
y entre sus uñas cayera,
pasáralo, a fe, muy mal.

DON PEDRO

¿No hay, pues, justicia en Sevilla?

BLAS

Fué mi padre zapatero.

DON PEDRO

¿Quién en la ley es primero?

BLAS

Los más ricos, en Castilla.

DON PEDRO

Mire el mozuelo insolente
lo que dice antes de hablar.

BLAS

Ved si me habéis de vengar,
o me vuelvo.

DON PEDRO

Blas, deténte.

¿Tan mal te trató la ley,
que así decidido estás?

BLAS

Y no me volviera atrás
aunque atropellase al Rey.
¡Oh! Mataré a Colmenares
dondequiera que halle espacio,
en la calle o en palacio,
aun al pie de los altares.

DON PEDRO

¡Impío!

BLAS

Seré imparcial;
obraré con mi enemigo
como el tribunal conmigo.

DON PEDRO

Pues ¿cómo obró el tribunal?

BLAS

Qué, ¿no lo sabéis, señor?
El tribunal, por su oro,
le priva un año del coro,
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

¿Eso más?

BLAS

Conque es decir,
que al cabo, por buena cuenta,
cobra como antes su renta,
al coro sin asistir.

Ved, pues, si tengo razón;
y si vuestra ciencia alcanza
a mi padre a dar venganza,
buscad presto la ocasión.

DON PEDRO

(¡Fuego de Dios en el mozo,
y qué derecho se va

a su asunto!) Bien está.
 Concédote sin rebozo
 la razón, pues es tan clara;
 y pues por venganza vienes,
 ¿a que te ponga te avienes
 al matador cara a cara?

BLAS

¿Qué si me avengo? ¡Sí, a fe!

DON PEDRO

Mañana a palacio irás;
 con eso paso te harás

(Dale una seña)

hasta donde alguien esté
 que te ponga en la ocasión.

BLAS

¡Yo a palacio! Fuera yerro;
 me echarán de él como a un perro
 al saber mi condición.

DON PEDRO

Si a tu padre has de vengar,
 tal orden has de cumplir.

BLAS

Con esto a palacio he de ir...
 Y ¿qué falta me hace entrar?

DON PEDRO

Obedece a tu destino,
 que así dispone que muera,
 porque si le matas fuera,
 te ahorcarán por asesino.

BLAS

Vos queréisme hacer el bu,
 y puede ser... ¡vive el cielo!...

DON PEDRO

Obedece, rapazuelo,
 a quien sabe más que tú.

(Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio:)

¿Diste a Diego sepultura?

BLAS

Se la dí.

DON PEDRO

¿Y al otro?

BLAS

(Asombrado)

¡¡Cómo!

¡Sabéis también...!

DON PEDRO

Pies de plomo

necesita esta aventura;
tenlos, y no olvides, Blas,
que quien con muertos pelea
es muy posible que lea
tus pensamientos, y más.
¿Con la bolsa del soldado
enterrastes a los dos?

BLAS

La misma noche. (¡Por Dios,
que esto no se lo han contado!)

DON PEDRO

¿Hablarán los que lo hicieron?

BLAS

Su oficio es sólo enterrar.

DON PEDRO

La lengua, pues, se han de atar,
o sepultura se abrieron:
mañana a palacio.

BLAS

Iré.

DON PEDRO

¿Me tienes más que decir?

BLAS

Nada más.

DON PEDRO

Te puedes ir,
y hasta mañana.

BLAS

¿Os veré?

DON PEDRO

¿No te prometió el soldado
darte a Colmenares?

BLAS

Si

DON PEDRO

Pues lo que él promete, a mí
cumplir me está encomendado.

(Al despedirlo)

Y cree, Blas, al adivino:
quien los misterios no calla
de este cuarto, por él halla
del otro mundo el camino.

BLAS

(Seguiré, a fe, su consejo,
que todo este hombre lo sabe,
y el negocio es harto grave,
pues que se arriesga el pellejo.)

DON PEDRO

¿Qué aguarda?

BLAS

Yo más quisiera
preguntar; mas tengo miedo.

DON PEDRO

Vete que en vengarte quedo.

BLAS

Mas decid...

DON PEDRO

Váyase fuera.

ESCENA IX

DON PEDRO

Mató a Pérez Colmenares,
y el crimen pagando en otro,
prívanle un año del coro...

¡Y matan a otros pelgares
por robar un alfiler!

Bien... La Justicia, ¿atropella
mi justicia? Haré con ella
lo que ella acostumbra a hacer.
Alguien llega. ¿Quién va allá?

(Vuelve a colocarse como al principio, a la sombra
de la lámpara)

ESCENA X.

DON PEDRO y ROBLEDO

ROBLEDO

Animas y embajadores.

DON PEDRO

(Aquí empiezan los traidores.)

¿Está todo?

ROBLEDO

Todo ya;

sólo falta repartir

el oro que ha de pagar

los brazos que han de lidiar

y armas con que han de reñir.

DON PEDRO

Tomad: en ese bolsón

lo necesario tenéis;

las armas encontraréis

en San Benito.

ROBLEDO

¿No son

los monjes del Rey amigos?

DON PEDRO

Que eso crean es muy bueno,

que así estará el Rey ajeno

de haberlos por enemigos.

ROBLEDO

Eso sí; podéis fijar

seña y hora.

DON PEDRO

Con prudencia

meted gentes en la audiencia

que mañana me han de dar.

ROBLEDO

Luego, ¿mañana...?

DON PEDRO

Así es;

al oír el esquilón,

sable en mano y al salón.

ROBLEDO

Allí muere a nuestros pies.

DON PEDRO

¿Quién parecer le ha pedido?

ROBLEDO

¿A un mismo fin coligados
no estamos todos?

DON PEDRO

¿Pagados

no habéis vosotros venido?

ROBLEDO

La canalla sí, yo no.

DON PEDRO

¿Qué prendas derecho os dan
a ser más? ¿En dónde están
las gentes que pagáis?

ROBLEDO

¿Yo?

Soldado valiente soy
que arriesgo en esta partida,
si no mis doblas, mi vida.

DON PEDRO

Por canalla, pues, os doy;
que eso arriesga la canalla
cuando a los palacios osa,
y es que no tiene otra cosa
que perder en la batalla.

ROBLEDO

¡Vive Dios!

DON PEDRO

Calle y va bien
que pues en esta querella
arriesga él tanto como ella,
canalla será también.

ROBLEDO

Hombre soy...

DON PEDRO

¡Por Satanás,

he aquí lo que son soldados!



Beben y riñen osados,
y no sirven para más.
Robledo, llévate ese oro;
las armas en San Benito,
y mañana, al primer grito,
en el salón junto al moro.

ROBLEDO

¿Pensáis, pues, hereje vil,
que, muchachos de una escuela,
nos lleváis tan sin cautela
como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
pues lidiamos por igual;
o vais a pasarlo mal,
¡por vida de Lucifer!
que no faltará quien, roto
algún cabo de la rueda,
romper el círculo pueda...

DON PEDRO

(Si habla mucho le acogoto.)
Dígoos que iréis a palacio
con vuestra gente pagada,
y a la primer campanada,
fuego, y no os andéis reacio,
porque paga vuestro cuello.

ROBLEDO

Pues bien.

(Don Pedro, impaciente, se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, a usanza de los caballeros cristianos)

DON PEDRO

¡Eh, largo de aquí!

ROBLEDO

(Mirándole los pies)

¡Santo Dios! ¿Calzan así
los moros?

DON PEDRO

(Topó con ello.)

(Llévale D. Pedro a la fuerza hasta la puerta, y dícelo con voz siniestra:)

Dicen que es por las pezuñas
fácil con el diablo dar.

(Muéstrale un pie)

¡Ay, si llegáis a contar
que le habéis visto las uñas!

(Le enseña una mano armada de guantelete, y cierra la puerta, dejándole fuera)

ESCENA XI

DON PEDRO

Si le digo al fin quién soy,
a darle muerte me obligo;
mas si quién soy no le digo,
todo lo descubre hoy.
¡Oh, harále prudente el miedo!
Padilla...

ESCENA XII

DON PEDRO y PADILLA

DON PEDRO

Si a San Benito
no va, ¡por Cristo bendito,
que me prendáis a Robledo!

PADILLA

Han de recelar, señor,
los demás, de esa medida.

DON PEDRO

Pues prométele la vida.

PADILLA

Dineros fueran mejor;
que, tal vez desesperado,
si alcanza que ha de morir,

se negará a consentir,
a su partido obligado.

DON PEDRO

Entonces poco me importa;
si se niega le ahorcarás,
y tras él a los demás.
Así es la función más corta.

PADILLA

Si permitís que os pregunte
sin desacato, señor,
¿no era eso mucho mejor?

DON PEDRO

Mil gracias por el apunte.

PADILLA

Si os ofendí, perdonad.

DON PEDRO

¿No sabéis que ellos decían
que al león entretendrían?
¿No se entretiene en verdad?
Dúrale la diversión
mientras el hambre no le apura;
esto es: el juguete dura
mientras harto está el león.

PADILLA

Pero advertidos, de cierto
tarde o temprano...

DON PEDRO

Ya basta,
Padilla; mientras se gasta
mi juguete, me divierto.

PADILLA

Mas no perdáis la ocasión
por un infantil capricho.

DON PEDRO

Me divierto, y está dicho;
darles quiero una lección.
Ya viste el vulgo necio
que se agolpaba al umbral:
¿no merece ¡voto a tal!
mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo

de un decantado adivino,
 y le usurpa ese asesino
 de la ciencia el tabernáculo.
 Contra su Rey conjurados,
 porque igual premia y castiga,
 en larga y secreta liga
 su alcázar minan osados.
 Al vulgo insensato admiran,
 y, a pretexto de arte mágico,
 a un fin más sangriento y trágico
 con sus misterios conspiran.
 Ahora bien: pues cazadores
 sin tiento, cuadrilla loca,
 de su cueva hasta la boca
 siguen al león vencedores,
 de sus peñas al abrigo
 saldrá el león de repente.

PADILLA

Mucho ese dicho insolente
 os picó.

DON PEDRO

Padilla amigo,
 confésolo, pues me obligas:
 los tigres, los elefantes,
 provocan al león pujantes;
 mas le insultan las hormigas.
 ¡Oh! Pues astuto y mañero
 todas por fin las junté,
 ¡mañana las pisaré
 al cegar el hormiguero!

(Padilla se retira a una seña de D. Pedro)

ESCENA XIII

DON PEDRO vuelve a colocarse tras de
 la mesa, como antes, y sale TERESA con
 manto que la cubra el rostro.

TERESA

¿Sois vos el sabio doctor
 que duelos del alma cura?

DON PEDRO

No es mi ciencia tan segura,
que alcance a todo dolor.
¿Quién sois?

TERESA

Soy una mujer
pobre, triste y desvalida,
a este lugar impelida
por sus cuitas.

DON PEDRO

Puede ser
que contenta no salgáis,
pues siendo tan desdichada,
la verdad no será nada
propicia. ¿Cómo os llamáis?

TERESA

Mi nombre, ¿qué importa aquí?
Sé que obedece la ciencia
con lisonja a la opulencia;
mas yo del vulgo nací.

(Deja en la mesa una moneda)

Sin embargo, esto es, señor,
cuanto un pobre os puede dar;
ved si eso puede comprar
vuestra ciencia.

DON PEDRO

No es valor
que se paga con dinero:
guardaos eso; decid
lo que queréis, y advertid
que en todo ayudaros quiero.

TERESA

Dos cosas que consultar
tengo.

DON PEDRO

Decid la primera.

TERESA

Saber en dónde, quisiera,
a un soldado podré hallar.

DON PEDRO

La segunda.

TERESA

El nombre oír
del traidor que hace tres días
mató a mi padre.

DON PEDRO

¿Tenías,
antes del padre morir,
sospecha de azar tan duro?

TERESA

Si lo hubiera sospechado,
señor, le hubiera salvado.

DON PEDRO

(¿Es ella? Aun no estoy seguro.)
¿Murió tu padre en la calle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

¿A puñaladas?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

¿Eran pasadas
las ánimas al matalle?

TERESA

Sí, señor.

DON PEDRO

¿De ello testigo
fué ese soldado a quien vas
buscando?

TERESA

Así fué.

DON PEDRO

¿Quizás

le amaste?

TERESA

Mostróse amigo
de mi padre, y...

DON PEDRO

Di a tu hermano,
que aquel que mañana vea
que en la audiencia Real pasea

departiendo mano a mano
con el Rey, ese es el hombre...;
y en cuanto a ese otro soldado
a quien buscas, ha mudado
traje, condición y nombre.

TERESA

Pero ¿verle no podré?

DON PEDRO

Y si el que buscas no es ya,
¿de qué hallarle te valdrá?

TERESA

Mis cuitas le contaré:
las fiaré a su cuidado,
y, amante o compadecido,
valiente sé que ha nacido,
y obrará como soldado.

DON PEDRO

Mucha fe tienes en él.

TERESA

Le amo, y vengaráme al cabo,
que le llaman Pedro el Bravo.

DON PEDRO

Y también Pedro el Cruel.

TERESA

No será entre las mujeres
donde use nombre tan fiero.

DON PEDRO

¿Tanto le quieres?

TERESA

Le quiero.

DON PEDRO

Pues, Teresa, no le esperes;
Pedro es un valiente, sí;
te vengará, porque es justo;
mas, aunque oirlo sea susto,
no es ya Pedro para ti.

TERESA

Razón no alcanzo, señor.

DON PEDRO

Hay entre ambos largo trecho,
y es un mal que ya está hecho.

TERESA

Todo lo iguala el amor.

DON PEDRO

¡Imposible!

TERESA

Yo no digo

que si es rico, noble, avaro,
mi amor me pague tan caro
si con mi amor no le obligo.
Si (aunque pensarlo me pesa)
con otra casado está,
el daño mortal será
no para él, para Teresa.

No le humillará mi amor;
si venga a mi padre y lava
mi afrenta, seré su esclava,
porque él será mi señor.
Si a alguien con amarle ofendo,
nadie me podrá estorbar
que pueda en silencio amar
objeto que no pretendo.

DON PEDRO

(¡Pobre muchacha!) ¿Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?

TERESA

No conseguirá un error
que por él no me interese;
aun si miente, le amaré.

DON PEDRO

¿Y si es un vil, cuyo oficio
te infama?

TERESA

Haré un sacrificio,
y su infamia partiré.

DON PEDRO

Y si su conducta loca,
con depravada intención,
a tu orgullo con razón
y a tu honor, Teresa, toca,
¿le amarás?

TERESA

¡Siempre, aunque triste,
lloraré mi desventura,
y no habrá fin mi amargura
si es verdad!

DON PEDRO

Tú lo dijiste:

él sabía que hasta ti
no se podía bajar,
y te enamoró a pesar.
¿Quieres aun buscarle?

TERESA

Sí.

La última vez verle quiero,
y en nombre de aquel amor,
voy a encomendar, señor,
mi venganza a un caballero.

DON PEDRO

¡Sí, por Dios! Y no te engaña
tu amor, que si te ha mentido,
te vengará arrepentido,
que es quien es. (¡Mujer extraña!
Veamos.) ¿Antes tuviste
que él, otro amor?

TERESA

Le olvidé.

DON PEDRO

¿Quiérete aún?

TERESA

No lo sé.

DON PEDRO

¿Dice?

TERESA

Que sí.

DON PEDRO

Mal hiciste.

Toma ese anillo; al mostrarle,
paso en palacio te harán,
y hasta el Rey te llevarán.

TERESA

¡Al Rey!

DON PEDRO

A él debes llevarle:

Pedro Bravo estará allí;
háblale..., y lleva contigo
al alcázar, a ese amigo
que anda perdido por ti.

TERESA

Y ¿qué relación...?

DON PEDRO

No dudes,

Teresa: ¿de qué, en conciencia,
me serviría la ciencia
a que confiada acudes,
si remedio no te hallara?
Ve a palacio, y de contado
verás a Diego vengado
y a Pedro Bravo la cara.
¿Quieres más?

TERESA

Si no temiera

que mi empeño...

DON PEDRO

Di y concluye.

TERESA

¿De mí, Pedro Bravo huye
por desamor?

DON PEDRO

¡Necio fuera!

Te quiere cada vez más;
pero sigue mis consejos:
ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

TERESA

¡Me aterráis!

DON PEDRO

Tú eres muy bella;

él es mozo, y aunque bueno,
su amor es bruto sin freno,
que cuanto alcanza atropella.
Harto dije: vete, pues.

ESCENA XIV

DON PEDRO

Con su deshonra, ¿qué gano?
 No quiero ser tan villano
 con quien tan sincera es.
 Casta y sencilla paloma
 presa en las redes de amor,
 que vayas libre es mejor
 que cruel gavilán te coma.
 Yo te vengaré de mí;
 y al ver quién era y quién soy,
 en que has de estimar estoy,
 por lo que soy, lo que fui.
 ¿Quién va?

ESCENA XV

DON PEDRO y JUAN con mandil y
 cuchillas al cinto

JUAN

Juan Cortacabezas,
 con todos sus menesteres.

DON PEDRO

¡Voto a San Gil! ¿Y qué quieres?

JUAN

Sabedor de mis proezas,
 aquí me envió don Samuel
 para que hablara con vos;
 conque bien sabréis los dos
 para qué me envía él.

DON PEDRO

(¿Quién es este zafio?) Oriéntame
 de tus hazañas, y a ver
 si me sirves.

JUAN

Que saber
 no hay mucho.

DON PEDRO

Despacha, cuéntame.

JUAN

Llámome Juan; soy de oficio
carnicero (o cortador,
si así os place), y tanto amor
le profeso a mi ejercicio,
que vendo al sol, y peleo
por la noche, y de este modo,
aunque igual no valga todo,
siempre es igual el empleo.

DON PEDRO

Entiendo: ¿conque es decir
que eres de esos que en Sevilla
ponen precio a una cuchilla
sin ir al Rey a servir?

JUAN

Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.

DON PEDRO

Pues ya se ve.

JUAN

De ese modo,
siempre a un buen hombre le asalta...,
pues... dan en decir algunos
que siempre mi calle a obscuras
está, y otras mil locuras
que a la fin...

DON PEDRO

Toma.

(Dale un bolsillo)

JUAN

¿Hay aquí

precio...?

DON PEDRO

De un hombre no más.

JUAN

Bien vale, ¡por Barrabás!

DON PEDRO

¿Te dijo el nombre Leví?

JUAN

No.

DON PEDRO

Pues mañana temprano
vé al alcázar, y qué hacer
te darán.

JUAN

Ya empiezo a ver:

¡válgame Dios soberano!
Yo oí decir que hay quien piensa
que el Rey... ¡Oh, si fuera cierto!
(D. Pedro le echa una mirada de desprecio, diciéndole
con tono de ambigua interpretación:)

DON PEDRO

Juan, si tienes buen acierto,
doblarán la recompensa.
Vete.

JUAN

¡Si supiera tal!

ESCENA XVI

DON PEDRO

¡Cortacabezas! ¡Buen nombre!
Mañana veré si a ese hombre
se le han dado bien o mal.
Padilla...

ESCENA XVII

DON PEDRO y PADILLA. Después MAR-
COS MARTIN entre dos guardias

DON PEDRO

Tráeme ese mago.

(A Marcos)

Martín, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los horóscopos que yo hago.

Ven acá: ese pergamino
has de escribir a Samuel,
y vas a fijar con él,
bueno o malo, tu destino.
Dile que oportuna ausencia
es del caso; que está todo
previsto, y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.

(Marcos escribe. D. Pedro le mira con escrupulosa
atención)

Y ve que si un garabato
te veo hacer que no entienda,
tu vida tengo por prenda...;
escribe limpio, o te mato.

(Toma D. Pedro el pergamino y lo examina detenida-
mente)

Está bien: a una prisión
llevadle, y a la hora dada,
mañana irá su embajada
a dar al Rey al salón.

(Asen los ballesteros a Marcos, que ha quedado en pie
junto a la mesa donde escribió, y al pasarle por delante
de D. Pedro, le dice éste:)

Si obedeces, vivirás;
de otro modo, tu torpeza
te costará la cabeza.
¡Padilla!

(Mientras vuelve Padilla, D. Pedro cierra la puerta
por donde han entrado los que se supone vienen de la
calle, y descorre el cerrojo del fondo, que se supone
dar a las habitaciones interiores de Samuel. Hecho
esto, y puesto el pergamino en parte visible de la
mesa, vase hacia D. Diego García de Padilla. Salen, y
Padilla vuelve a la voz de D. Pedro)

ESCENA XVII

DON PEDRO y PADILLA

DON PEDRO

Con él irás;

que no hable ni al confesor,
y en cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada
la cabeza a su señor.

PADILLA

¿No le dijisteis...?

DON PEDRO

Lo siento;

mas tener cuenta es preciso
del refrán con el aviso:

“Quien hace un cesto, hará ciento”.

ACTO CUARTO

Galería corta con puerta en el fondo, en el alcázar
de Sevilla

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO y DOÑA ALDONZA

DON PEDRO

¡Eso dicen! ¡Vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden!
Si aun nos queremos los dos,
bien lo veis, hermosa, vos.

ALDONZA

Meter cizaña pretenden.

DON PEDRO

Eso sí; y para mejor prueba,
os voy a decir la nueva
con que me han venido a mí:
que Alvar Pérez está aquí.

ALDONZA

¡Cuento!

DON PEDRO

El aire se lo lleva.
¡Oh! Pero ved la perfidia
con que lo cuentan: añaden
que Lacerda ya no lidia
por el Rey.

ALDONZA

Dichos de envidia.

DON PEDRO

Al menos me lo persuaden;
mas no es eso todo aún:
os hacen de mancomún
con vuestro pobre marido,
que anda, de celos perdido,
fraguando el daño común.

ALDONZA

¡Pero vos no lo creeréis!

DON PEDRO

¿Yo? ¡Ni por pienso! Escuchad:
aun hay quien dice que habéis
vos bajado a la ciudad
a verle.

ALDONZA

Y vos...

DON PEDRO

Ya lo veis.

Siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso,
y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.

ALDONZA

Mas dejadme preguntaros:
¿qué se hace vuestra Padilla?

DON PEDRO

Indicios me dais bien claros
de que ha podido enojaros;
mas ved que no está en Sevilla.

ALDONZA

¿No la volveréis a ver?

DON PEDRO

Tuviérala por muy fea
tras de veros.

ALDONZA

Vaisme a hacer
la más dichosa mujer.

DON PEDRO

Eso mi amor os desea.

ALDONZA

¡Oh! Será, mientras aliente,
mi anhelo amaros, mi gusto
serviros, eternamente
ser vuestra..., y murmure injusto
el populacho insolente.

Sois el sol en cuya lumbre,
con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca, y a ella de lejos.

DON PEDRO

Decís, Aldonza, muy bien.
Os envidian porque os ven
junto al sol radiante estrella;
mas será fuerza que a ella
den culto a la par también.

¡Oh! Soy quien soy en Castilla,
y acatarán mis antojos,
que de no, fuera mancilla
para mí, luz de mis ojos,
amor mío.

ALDONZA

¿Y la Padilla?

DON PEDRO

¿Celos tenéis?

ALDONZA

¡Qué sé yo!

Mas al cabo...

DON PEDRO

Eso acabó.

ALDONZA

¡La Padilla es tan hermosa!

DON PEDRO

Sed con ella generosa;
yo la enamoré, y me amó.
Perdonad, no os había visto
todavía; un error fué,
mas lo corregí bien listo;
la amaba; os vi, y la dejé.
(Bien lo hacemos, ¡voto a Cristo!)

ALDONZA

Mas entre el vulgo, señor,
corréis por algo inconstante.

DON PEDRO

Y ¿no decíais, mi amor,
ha poco, que es ignorante
el vulgo y murmurador?

ALDONZA

Quien bien quiere, bien sospecha.

DON PEDRO

¡Eh! ¿Quién hace caso alguno
de cuentos de su cosecha?
Sin ir más lejos, ved uno
con que os quedaréis satisfecha.
¿Sabéis lo que ha sucedido
con Colmenares?

ALDONZA

Sí, a fe.

DON PEDRO

Dió la muerte a un atrevido
que le amagó.

ALDONZA

¡Descreído!

DON PEDRO

Y ¿sabéis que dicen?

ALDONZA

¿Qué?

DON PEDRO

Que le mató porque, osado,
el bribón se había negado
a no sé qué devaneos
con su hija...; dichos tan feos
inventa el vulgo menguado.

ALDONZA

(¡Cielos, qué luz!)

DON PEDRO

¿Qué decís?

ALDONZA

Me horrorizo del supuesto.

DON PEDRO

Lo mismo que yo sentís.

ALDONZA

El tan noble, tan modesto...

DON PEDRO

(Un buen par os reunís.)

Mas ahora que hablamos de él,

¿sabéis que me hizo reir

la sentencia? ¡Está al nivel

de la ley de un Rey tan cruel!

ALDONZA

(¿Qué querrá este hombre decir?

DON PEDRO

El vulgo canalla es;

sobre él pesa la justicia;

el rico, el noble, a sus pies

le tiene.

ALDONZA

El vulgo codicia

no más que sus doblas.

DON PEDRO

¡Pues!

Mas ya le harán ¡vive Dios!

ir de la nobleza en pos.

(Con la cuchilla en la mano,

degollando dos a dos

tanto insolente villano.)

ALDONZA

Sois justo, señor, en eso,

que os acata la nobleza

y os defiende.

DON PEDRO

¡Oh! Lo confieso:

por ella asaz me intereso

(como ella por mi cabeza).

Mas veo allí a Colmenares.

Voy a celebrarle un rato

sus aventuras y azares.

ALDONZA

Y a fe que son singulares.

DON PEDRO

(Como para sí)

¿Amagarle?... ¡Mentecato!

Bien muerto está el que mató.

(Se echa a reír, observando la impresión que sus palabras hacen en D.^a Aldonza)

Y luego... ¡Brava quimera!

¿Quién amores le colgó
con aquella zapatera?

(Ríe)

¡Oh! Voy a darle ahora yo
gran zumba con su Teresa.

ALDONZA

¿Se llama así?

DON PEDRO

Dícnlo.

Mas a vos, ¿qué os interesa?

ALDONZA

¿A mí? Nada.

DON PEDRO

Cref.

ALDONZA

No;

tan sólo lo pregunté
por la zumba.

DON PEDRO

Bien está.

Adiós, mi amor.

ALDONZA

El os dé

compañía.

DON PEDRO

(Me holgaré

si a ambos el diablo os la da.)

(Vase D. Pedro, y al llegar al fin del teatro, se vuelve
a mirar a D.^a Aldonza)

ALDONZA

(¡Necio! ¡Así vive tranquilo,
y hoy agoniza tal vez!)

DON PEDRO

(Se traga el anzuelo el pez,
sin ver que va atado el hilo.)

ESCENA II

ALDONZA

Vete, que a la muerte vas.
¡Necios! De torpes placeres
con una ilusión no más,
llevan a un hombre detrás,
como a un perro, las mujeres.
¡Qué vale, sol de Castilla,
tu atrevimiento y valor,
si, a pesar de tu Padilla,
aquí a mis plantas te humilla
una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad;
¿si acaso será verdad,
y por otro amor me deja?
¡Oh! ¡Abriera la eternidad
a tan maldita pareja!
Y ¿por quién? ¡Santa María!
¿Por una vilana tal?
Grave el insulto sería,
y ¡por Dios! que merecía
castigo al delito igual.
¡Ay!... ¡Miseria! Nada son
las cosas de nuestro ser:
¡qué inconstante el corazón
donde hierve una pasión,
donde alienta una mujer!
Me dejó y le aborrecí;
que le olvidaba creí,
y hoy, que otro amor recelos
tengo por él, ¡pesa mí!
que de don Juan tengo celos.

(Guzmán asoma por un lado, recatándose)

Mas ¿qué es esto? Un encubierto
me acecha mal escondido
tras del postigo entreabierto:
se acerca... Quién es no acierto.

GUZMAN

(Saliendo)

¡Ella es!

ALDONZA

¡Cielos, mi marido!

ESCENA III

DOÑA ALDONZA y D. ALVAR PEREZ

DON ALVAR

Os hallo al fin, señora. ¿Por qué hurafia
os recatáis de mí? ¿Tenéisme miedo?

ALDONZA

Miedo, ¿por qué?

DON ALVAR

Que preguntéis me extraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza: ¿dó estás hace tres días,
que ni día ni noche doy contigo?

ALDONZA

¿Qué era, Guzmán, lo que de mí querías,
que así te afanas para dar conmigo?

DON ALVAR

¿Qué quiero? Qué, el esposo con la esposa,
¿más larga ausencia y pesadumbres quiere?
Y ¿qué quiere la alegre mariposa
en torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
¿dónde, al salir, con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, ¿quién me le quita?
¿Qué haces en este alcázar?

ALDONZA

¿No lo sabes?

Soy la dama del Rey.

DON ALVAR

¡Voto a los cielos!

Y ¿lo dices así?

ALDONZA

¿No era...?

DON ALVAR

No acabes,

o ¡por Dios...!

ALDONZA

¡Voto va! Tenfais celos.

DON ALVAR

Sí, celos, ¡vive Dios! Negros, horribles,
que me roen, Aldonza, las entrañas.¡Celos que están pidiendo irresistibles
sangre!

ALDONZA

La habrá, Alvar Pérez, no te engañas.
Habrá sangre, ¡pardiez! y no muy lejos;
ten, al fijar los pies, mucho cuidado,
Guzmán, porque del sol a los reflejos
has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
esta tarde en palacio.

DON ALVAR

No hablo de eso;

hablaba de mi honor.

ALDONZA

De sus cenizas,
hoy ha de alzarse por su propio peso.

DON ALVAR

¡Hoy se alzaré, y le vendes!

ALDONZA

Te engañaron,
Guzmán; tiempo ha que a réditos le puse.
Y hoy, que a crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.

DON ALVAR

Acabemos, Aldonza: me interesa
mi honor más que mi vida y que mi patria;
reine quienquiera, sobre tu honra pesa
mancha indeleble e incurable herida.

ALDONZA

No lo entiendes.

DON ALVAR

El vulgo lo murmura.

ALDONZA

Y el vulgo es necio.

DON ALVAR

Mas su lengua infama.

ALDONZA

Lo que hoy tacha, mañana, por ventura,
lo aplaudirá, Guzmán.

DON ALVAR

Deja la llama
donde prendió, su indeleznable huella,
y no vuelve la fama por la honra
que una vez marchitó.

ALDONZA

No se atropella
tan fácil la virtud por la deshonra.

DON ALVAR

¡Mientes, Aldonza, mientes! Aquí mismo,
¿no te he visto con él en amorosa
conversación?

ALDONZA

Te ciega tu egoísmo,
Guzmán, y aun no conoces a tu esposa.

DON ALVAR

Y en palacio, ¿no vives torpemente,
con la infame Padilla comparada?

ALDONZA

Y en palacio viviera eternamente
hasta salir cadáver o vengada.

DON ALVAR

Aun me querrás ¡por Dios! dorar tu afrenta.

ALDONZA

Mala memoria tienes: ¿no has oído
una historia contar, triste y sangrienta,
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del Rey, y en una torre
a una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Pérez, por mis venas corre;
llámome Coronel, ve mi torpeza.

DON ALVAR

¡Cómo! ¿Fraguaste tú...?

ALDONZA

¡Sí, por mi vida!

No hubo estorbos que el paso me tuvieran;
 familia y honra atropellé ofendida,
 y nada me importó lo que dijeran.
 Le esperé, le acosé con mi hermosura;
 le sitié con mis ojos, e insensato
 cayó a mis pies, poniendo a su locura
 precio que ha de pagar, y no barato.
 Jáctase de mi amor; público lo hizo
 por orgullo no más... ¡Oh! Dura poco,
 porque antes que le mude antojadizo,
 pierde la vida por su orgullo loco.

DON ALVAR

¡Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
 por instinto también!

ALDONZA

Basta; dejemos

que el tiempo llegue, que de andar no acaba;
 fuerza es, Guzmán, que sospechar no demos.

ESCENA IV

GUZMAN

Juzgué mal, ¡vive Dios! Bien ha pensado:
 ella a su padre vengará altanera,
 y del amor del Rey iré vengado
 cuando a las manos de su dama muera.

ESCENA V

D. ALVAR, D. PEDRO y COLMENARES,
 cruzando por el fondo

DON PEDRO

¿Qué hombre es aquél, Colmenares?

COLMENARES

No le distingo, a fe mía.

DON PEDRO

¡Voto a San Gil, juraría...!

COLMENARES

(¡Guzmán!... ¡Todos son azares!)

DON PEDRO

El rostro recata; ve
 quién es, que, sea quien sea,
 no quiero que aquí me vea.

COLMENARES

(Con eso le advertiré.)

DON PEDRO

(Así les podré acechar
 sin que ellos de ver lo echen.)

COLMENARES

Porque astutos no sospechen,
 le procuraré apartar.

ESCENA VI

DON JUAN Y DON ALVAR

DON ALVAR

¡Oh, vive Dios! ¡Qué recuerdo!

¿Colmenares no es aquél?

De cierto a saberlo..., ¡ay de él!

DON JUAN

(Halagarle será cuerdo.)

Guzmán, ¿en palacio así
 tan descuidado os estáis?

DON ALVAR

Donde vos, don Juan, entráis,
 ¿no me es dado entrar a mí?

DON JUAN

De la corte estáis proscrito.

DON ALVAR

¿Y encausado no estáis vos?

DON JUAN

Es muy distinto ¡por Dios!

el vuestro de mi delito.
Si maté a quien me ofendía,
fué mi causa la mejor.

DON ALVAR

Si a mí me llaman traidor,
mañana será otro día.

DON JUAN

¡Tanto fiáis de la suerte!

DON ALVAR

De mí a lo menos espero
que moriré caballero,
sea cuando quiera mi muerte.

DON JUAN

Eso he oído decir
de continuo a vuestra esposa.

DON ALVAR

Mujer es muy generosa.

DON JUAN

¡Oh! Con vos, hasta morir.

DON ALVAR

¡Bien conocéis su intención!

DON JUAN

A su virtud me remito.

DON ALVAR

¿Sabéis si por tal la admito?

DON JUAN

(¡Diablos de conversación,
qué giro tomando va!)

¿Pudierais vos dudar de ella?

Noble, generosa, bella
y bien casada.

DON ALVAR

Quizá.

DON JUAN

(¿Habla este hombre, o adivina?)

Si no es más que una sospecha...

DON ALVAR

(¡El mentecato imagina
que el disimulo aprovecha!)

Mas decidme: pues sabéis
tanto vos de su hermosura,

de su vida y virtud pura
 más enterarme podréis.

DON JUAN

¿Yo?

DON ALVAR

Vos, sí.

DON JUAN

¡Qué extravagancia!

¿Su guarda, don Alvar, soy?

DON ALVAR

Que la guardo a probar voy,
 don Juan, a vuestra arrogancia.

DON JUAN

Sospecháis tal vez...

DON ALVAR

De vos.

DON JUAN

¿Por...

DON ALVAR

Un no sé qué me han dicho.

DON JUAN

Pase, si habláis de capricho.

DON ALVAR

De veras hablo, ¡por Dios!
 Pero estamos en palacio,
 y tal vez no muy seguros;
 venid abajo, a los muros,
 y hablaremos más despacio.

DON JUAN

No comprendo vuestro afán;
 mas os veo algo irritado
 contra mí, y tened cuidado,
 que nací noble, Guzmán.

DON ALVAR

Vos lo decís, mas no basta.

DON JUAN

¿De mi sangre dudaréis?

DON ALVAR

Sé, don Juan, que descendéis
 de ilustre y antigua casta;

pero palabras cortemos,
téngeos a solas que hablar.

DON JUAN

Creo poder contestar.

DON ALVAR

Venid, pues, y lo veremos.

DON JUAN

Más fácil...

DON ALVAR

Os engañáis;
uno u otro ha de caer,
y en soledad ha de ser;
o morís o me matáis.

DON JUAN

Será así, pero no ahora.

DON ALVAR

¿Por qué no?

DON JUAN

Fuera locura
no dar cima a otra ventura
y va llegando la hora.

DON ALVAR

Pues...

DON JUAN

Esta noche.

DON ALVAR

Corriente.

DON JUAN

Yo os buscaré.

DON ALVAR

Yo os espero.

DON JUAN

Adiós.

DON ALVAR

Adiós.

DON JUAN

(¡Majadero,
de lo dicho se consiente!
¡Por una mujer ajena,
y de quien cansado estoy!)
(Vase riendo)

DON ALVAR

Curaré su ambición hoy
con una estocada buena.

ESCENA VII

D. JUAN, D. ALVAR y TERESA.—Al salir
D. Juan da con Teresa, que va a entrar

TERESA

¡Cielos!

DON JUAN

¡Teresa!

TERESA

¡Ay de mí!

DON ALVAR

¿Qué es eso?

TERESA

(A D. Alvar)

Si sois hidalgo
y el honor tenéis en algo,
sacadme, señor, de aquí.

DON JUAN

(¡Qué diablos, cuánta aventura!)

TERESA

Un hora ha que ando perdida
por esta casa, traída
a ella por mi desventura.

DON JUAN

(A D. Alvar)

Está loca.

TERESA

(A D. Juan)

¡Loca dijo!

¡Sí, loca por ti cruel!

(A D. Alvar)

Guiadme vos lejos de él,
señor.

DON ALVAR

(Celos son de hijo.)

(A D. Juan)

¿Quién es?

DON ALVAR

No sé.

TERESA

¡No lo sabe!

Monstruo, ¿y mi padre?

DON ALVAR

(¿Qué es esto?)

TERESA

Hidalgo, sacadme presto,
antes que el furor me acabe.

DON ALVAR

Pero ¿qué buscas, quién eres?

TERESA

Yo soy...

DON JUAN

(Interrumpiéndola)

Lleváosla, pues.

(Aparece D.^a Aldonza, y Teresa se ampara de ella)

TERESA

¡Oh, señora! A vuestros pies,
¡favor!

DON JUAN

(¡Ea, dos mujeres:

se acabó!)

ESCENA VIII

DON JUAN, D. ALVAR, DOÑA ALDONZA
y TERESA

TERESA

Por compasión,
llevadme lejos de ese hombre;
tiene de cordero el nombre,
con entrañas de león.

ALDONZA

¿Quién, muchacha?

TERESA

Ese asesino.

ALDONZA

¿Eso más?... Don Juan, ¡muy bien!

DON JUAN

(¡Nos pierde!)

ALDONZA

Conmigo ven,

niña. (¡Rostro peregrino!)

DON JUAN

(A D.^a Aldonza)

Ved que su lengua imprudente
os lleva al cadalso hoy.

ALDONZA

Contenta al cadalso voy,
que llevaré mucha gente.

¿Era por esto el afán
de huir amante conmigo?

El mundo será testigo

de mi venganza, don Juan.

DON JUAN

Ved...

ALDONZA

¡Quitad, vil impostor!

DON ALVAR

(Que les ha estado observando toda esta escena)

(¡Oh, sí, de cierto eso es!)

Señor don Juan, salid, pues.

DON JUAN

Yo sé una interpretación:

vamos.

DON ALVAR

(A D.^a Aldonza)

Y vos... tened en cuenta
que he de lavar de mi afrenta
hasta el último borrón.

¿Me entendéis?

DON JUAN

(A D. Alvar)

¡Y os diré...!

DON ALVAR

Nada.

Colmenares, lo sé todo.

DON JUAN

Don Alvar, pues de ese modo...

DON ALVAR

No hay más lengua que la espada.

(Salen)

ESCENA IX

DOÑA ALDONZA y TERESA

ALDONZA

(¡Id con Dios, viven los cielos!
¿Qué me importa de esa afrenta,
cuando no tengo más cuenta
que con mi rabia y mis celos?)
¿Te llamas Teresa?

TERESA

Sí.

ALDONZA

¿Quieres a ese hombre?

TERESA

Ya no.

ALDONZA

¿Le quisiste?

TERESA

Lo mandó

mi padre, y obedecí.

ALDONZA

¡Tu padre!

TERESA

Fueron hermanos
de leche, y era un deber;
mas nunca le pude ver.

ALDONZA

(¡Es ella, y cayó en mis manos!)

(Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas)

¿Quién te ha dirigido aquí?

TERESA

Señora...

ALDONZA

Contesta, ¿quién?

TERESA

Un adivino.

ALDONZA

Está bien;

adivinó para mí.

Robledo, venid acá;

a esta mujer detenedme

mientras...

TERESA

¡Dios mío, acorredme!

ROBLEDO

¡Y en palacio...!

(Vase a volver Aldonza y se halla con D. Pedro)

DON PEDRO

¿Quién va allá?

ALDONZA

¡Cielos!

ESCENA X

DICHOS y DON PEDRO

TERESA

¡El es, Pedro Bravo!

(Se echa a su cuello)

DON PEDRO

¡Teresa!

TERESA

¡Oh, ténme contigo!

DON PEDRO

¿Qué dices?

TERESA

¡Sálvame, digo!

ALDONZA

(De comprenderlo no acabo.)

DON PEDRO

Aldonza, ¿la conocéis?

ALDONZA

¿No me habíais dicho vos
que de don Juan...?

DON PEDRO

No, ¡por Dios!
alucinado os habéis.
Dejadnos.

ALDONZA

¡Cómo! ¿Con ella?

DON PEDRO

¿No lo veis?

ALDONZA

¡Pérfido! Ahora...

DON PEDRO

Idos a rezar, señora,
y dejad a esta doncella.

ALDONZA

No, don Pedro; aquí no os dejo
sin que me expliquéis al cabo
qué es eso de Pedro Bravo.

DON PEDRO

Que os vayáis os aconsejo.

ALDONZA

Pues satisfecha no estoy,
no me he de mover de aquí,
que he de saber ¡pesa mí!
si al fin ofendida voy.

DON PEDRO

Idos, y callad el pico,
que yo a vuestro gabinete
os enviaré un ramillete
de flores y un abanico.

ALDONZA

¿Os mofáis?

DON PEDRO

Si no os contenta,
os enviaré mi rosario,
y en él pondrá el emisario
vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI

DON PEDRO y TERESA

TERESA

(Tiernamente)

¡Pedro!...

DON PEDRO

No olvides de hoy más
de aquel sabio los consejos:
"Ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás".

TERESA

¡Aun me privaréis...!

DON PEDRO

Silencio,

Teresa; viniste aquí
venganza a pedir de mí;
ven a ver como sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
don Pedro te satisface;
por lo que a lo de antes hace,
aquí empiezo y aquí acabo.

TERESA

Señor, quienquier que seáis,
que aun comprenderos no puedo,
para quien en nada quedo,
pues do empezáis acabáis,
vuestra palabra os levanto
porque vais de mala gana,
que me creo asaz villana
para obligaros a tanto.

DON PEDRO

Ve recta por tu camino,
muchacha, y confía en Dios;
vas de la venganza en pos
y es vengarte tu destino.

ESCENA XII

DON PEDRO y DON ALVAR

(D. Pedro toma de la mano a Teresa, que le sigue en silencio; al salir por el fondo se hallan cara a cara con D. Alvar, que va a entrar; él y D. Pedro se recatan uno de otro)

DON ALVAR

Razón tiene, esperaré
a la noche; mas ¿quién va?

DON PEDRO

(¿Quién es éste?)

DON ALVAR

(¿Quién será?)

No ha de verme.)

DON PEDRO

(Le veré.)

¿Qué significa en palacio
un encubierto?

DON ALVAR

O voy mal,

o a un embozado es igual.

DON PEDRO

¡Terco sois!

DON ALVAR

Y vos rehacio.

DON PEDRO

¿Vais a entrar?

DON ALVAR

¿Vais a salir?

DON PEDRO

Por sobre vos, según veo.

DON ALVAR

Que entraré lo mismo creo.

DON PEDRO

(¡Conocíle, vive Dios!)

DON ALVAR

Pues a uno y otro interesa
salir y entrar sin ser visto,
ved lo que hacen ¡vive Cristo!
dos cuervos con una presa.

DON PEDRO

Con retóricas andáis;
chistoso estáis, por mi vida:
entrad, pues, mas la salida
mirad por dónde la halláis.
Y pues sabéis comparar
con las fieras a la gente,
andaréis, Guzmán, prudente
un consejo en escuchar.

(Le lleva aparte. Robledo está al fin de la galería mirando la escena)

El cuervo, cuanto más negro,
fortuna más negra augura.

(Se desemboza y se muestra vestido de malla)

Que hay cuervo es cosa segura.

DON ALVAR

(Conociéndole)

¡Cielos!

DON PEDRO

¿Le visteis? Me alegro.

(Vuelve a embozarse con la mayor indiferencia, y vase con Teresa. Robledo baja a la escena poco a poco)

ESCENA XIII

DON ALVAR y ROBLEDO

DON ALVAR

¡La voz de la otra noche,
San Dionís! Y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mismos.
El es, no me queda duda;
todo lo adivino a un tiempo:
de la muchacha el galán,

de doña Aldonza el cortejo,
de Guzmán el enemigo,
y de todos el infierno.
¡Oh! Todo me sobra ahora:
valor, honra, vida y celos.

ROBLEDO

Don Alvar, dadme la mano.

DON ALVAR

¿Despedida es?...

ROBLEDO

Para lejos.

DON ALVAR

¿Dónde os vais?

ROBLEDO

Do iremos todos;

en la plaza nos veremos.

DON ALVAR

¿Despechado estáis?

ROBLEDO

Lo estamos.

DON ALVAR

¿Tanto como yo, Robledo?

ROBLEDO

¡He visto al diablo las uñas!

DON ALVAR

¡Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA

Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla; trono,
dosel y aparato de magnificencia Real. Puerta en el
fondo cerrada, y secretas a los lados

ESCENA XIV

PADILLA, que está en la escena. D. PEDRO
y TERESA, que entran

DON PEDRO

¿Está?

PADILLA

Todo.

DON PEDRO

¿Y el muchacho?

PADILLA

Ya espera.

DON PEDRO

¿Sabe el papel?

PADILLA

¡Ojalá todos como él!

DON PEDRO

¿Cumplirá, pues?

PADILLA

Sin empacho,

que trae brío.

DON PEDRO

Bien está:

guarda a esa muchacha bien,

y que en el salón estén,

cuando vuelva, todos ya.

Teresa, sigue a ese hidalgo;

y pues invocas la ley,

él te llevará hasta el Rey,

que te hará justicia en algo.

(Aparte a Padilla)

Prendedme aquella mujer;

Guzmán que por pies no tome,

y el que en palacio hoy asome,

a salir no ha de volver.

(Vase)

ESCENA XV

PADILLA y TERESA

(Padilla introduce a Teresa por una puertecilla, por la que él se va después de abrir las puertas del fondo a su tiempo)

PADILLA

Venid y esperad aquí.

TERESA

¿Dónde me lleváis, señor?

PADILLA

Vos os los sabréis mejor,
callar me mandan a mí.

ESCENA XVI

SAMUEL, D. JUAN y CONJURADOS

(Padilla abre las puertas del fondo, que dan a una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Leví. Robledo, Colmenares y los demás conjurados: prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo Samuel y otros conjurados)

UN CONJURADO

¿Llegó la ocasión?

SAMUEL

Llegó.

OTRO CONJURADO

¿Y el moro?

SAMUEL

Respondo de él.

PRIMER CONJURADO

Mas ¿no decís...?

SAMUEL

Será fiel.

SEGUNDO CONJURADO

¿Razón hay?

SAMUEL

Me la sé yo.

No ha un hora que recibí

un segundo pergamino;

todo irá por su camino.

OTRO CONJURADO

¿Colmenares?

SAMUEL

Vedle allí.

(Se vuelven a mirarle)

PRIMER CONJURADO

Y ¿entraron los de Guzmán?



SAMUEL

Es nuestra toda Sevilla;
no hay temor, tendrá Castilla
rey mejor.

SEGUNDO CONJURADO

Por tal le dan.

(En otro grupo Colmenares y otros)

DON JUAN

¿Habéis esparcido bien
por el vulgo mi noticia?

UN CONJURADO

Todos dicen que es justicia.

DON JUAN

Y ¿habrá tumulto?

OTRO CONJURADO

También.

OTRO

¡Oh! Es obra de religión
la del Papa.

PRIMER CONJURADO

Sí, en verdad;

pero el pueblo, en realidad,
no merece excomuni6n.

(Los maceros anuncian al Rey, que sale por una puerta
lateral, embozado como siempre)

MACEROS

El Rey.

ESCENA XVII

DICHOS y D. PEDRO, a cuya salida doblan
todos la rodilla

DON PEDRO

Alzaos, vasallos.

UN CONJURADO

(¡Qué orgullo!)

DON PEDRO

Vengan a mí

Colmenares y Leví.

UN CONJURADO

(Así pide los caballos.)

DON PEDRO

Samuel, en los labios veo
que las palabras te bullen;
y palabras que se engullen,
se indigestan, según creo.

DON JUAN

Señor, vuestros nobles son
los que presentes están.

DON PEDRO

¡Hola! Os entiendo, don Juan.

Es mi capa la ocasión
de la advertencia. ¿Es decir,
que esa ilustrísima grey
necesita ver si el Rey
es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.

(Lo hace D. Juan, y aparece armado, a cuya vista se
alza en la escena murmullo de descontento)

ALGUNOS

(¡A la audiencia viene armado!)

DON PEDRO

Este es traje de soldado,
y el Rey un soldado es.

(Óyense un ruido fuera y gente que arma tumulto
por el fondo)

DON PEDRO

¿Qué es eso?

DON JUAN

Es que la canalla
se agolpa a veros aquí.

DON PEDRO

¿La canalla a verme a mí?
Que entre, pues.

DON JUAN

Mirad la valla,
señor, que de la nobleza
justamente la divide.

DON PEDRO

Para quien justicia pide,

¿es estorbo la pobreza?
 ¿Creéis, don Juan, que me asombra
 esa muchedumbre acaso,
 o tema a su tosco paso
 que me estropee una alfombra?
 Que entre mi pueblo en mi casa.

(Llénase la escena de gente de todas condiciones)

Rey soy de toda Castilla,
 y no ha de haber en Sevilla
 para hablar con el Rey tasa.
 Que vea mi pueblo entero
 hoy, que embajadas recibo,
 quién es su Rey. ¡Por Dios vivo,
 que los vean, eso quiero!

UN NOBLE

(Con la turba nos confunde
 el insolente.)

OTRO

(¡Habrà mengua!)

OTRO

(A los dos)

(¡Hable el hierro por la lengua,
 y esa alta torre se hunde!)

DON PEDRO

Que entren los embajadores
 que espero.

(Ábrese una puerta lateral, y aparecen el Legado del Pontífice y el Embajador del Rey de Granada, disputándose la entrada, cercados de sus respectivos acompañamientos)

ESCENA XVIII

DICHOS, EL LEGADO y EL MORO

EL MORO

Antes he de ser.

EL LEGADO

¡La Iglesia a un infiel ceder!

DON PEDRO

¡Voto a...! ¿Qué es esto, señores?
 Entrad los dos a la par,
 que aunque a un tiempo habléis los dos,
 palabras tengo ¡por Dios!
 con que a los dos contestar.

UN CONJURADO

(¡Descreído!)

OTRO

(Así se hará
 enemiga a toda Europa.)

SAMUEL

(A D. Juan)

(Esto marcha.)

DON JUAN

(A Samuel)

(Viento en popa.)

DON PEDRO

Vamos a ver, ¿habláis ya?

EL MORO

(A un tiempo)

Gran señor...

EL LEGADO

(Idem)

Rey de Castilla...

DON PEDRO

(Al moro)

Que hablaras tú, fuera justo;
 mas demos al Papa gusto,
 que al cabo tiene su honrilla.

UN CONJURADO

(A Samuel)

(Ved, todo sale adelante.)

SAMUEL

(Mirad por todo el salón
 nuestras gentes en montón.)

UN CONJURADO

(Y el moro, que fué constante.)

EL LEGADO

Rey de Castilla: yo, en nombre
 del Pontífice romano,

y él, en el del soberano
 Dios, que expiró por el hombre,
 te decimos: que teniendo
 tus pecados y delitos
 en número de infinitos,
 y tu pertinacia viendo;
 viendo las continuas guerras,
 escándalo y mortandad,
 con que tiene tu impiedad
 tiranizadas tus tierras,
 te requerimos de hoy más
 que, retiradas tus gentes
 de Aragón, allí no intentes
 derecho alguno jamás.
 Y si por tenaz capricho
 no desistes de tu afán,
 tus reinos por ello van
 a sufrir un entredicho.
 Rey don Pedro: tales son
 mis encargos; si Castilla
 hoy al Papa no se humilla,
 caerá en ti su excomunión.

UN CORTESANO

(¡Qué escándalo! ¡Excomulgada
 la nación sólo por él!)

OTRO

(¡Contra ese monstruo cruel
 toda la tierra indignada!)

DON PEDRO

(Al Legado)

¿Acabasteis?

EL LEGADO

Acabé.

DON PEDRO

Pues ahora me toca a mí:
 lo que hoy os respondo aquí,
 diréis a Roma.

EL LEGADO

Eso haré.

DON PEDRO

Puesto que el Rey de Aragón

conmigo lidió esta guerra,
 y solamente a mi tierra
 alcanza su excomuni6n,
 o por ello Su Eminencia
 nos excomulga a los dos,
 o le cuelgo ¡voto a Dios!
 a la puerta de la audiencia.
 Si Roma no sabe leyes,
 yo meteré en esa villa
 diez mil lanzas de Castilla,
 y verá quién son sus Reyes.

EL LEGADO

¿Eso más?

DON PEDRO

No me replique;
 o parte para Aragón
 a doblar la excomuni6n,
 o, a mi enojo roto el dique,
 envío en un saco a Roma
 su cabeza, y echo al río,
 Cardenal, el tronco frío
 a que el agua se lo coma.
 Salid.

EL LEGADO

En Roma diré...

DON PEDRO

Decid cuanto os dé la gana;
 mas si aquí os hallo mañana,
 mala embajada os daré.

ALGUNOS

(¿Qué es esto?)

ESCENA XIX

DICHOS, menos EL LEGADO

DON PEDRO

(A la multitud)

Y murmullos fuera.

Si hay a quien escandalice

lo que con ese hombre hice,
vaya con él donde quiera.

(Al moro)

Habla.

EL MORO

Gran señor, un rey
que allá en el Genil habita,
vuestra amistad solicita
aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente

(Muestra los regalos, telas, etc.)

os hace; admitid, señor,
esta ofrenda echa al valor
por un enemigo ausente.

DON PEDRO

(Sir hacer caso de Marcos Martín)

Colmenares, ven acá;
departamos, que es mejor
que oír a ese embaucador,
que a fe que pesado está.

EL MORO

¿Me oís, señor?

DON PEDRO

Sí, decid;

os entiendo bien, amigo.
¿Sabéis, don Juan, lo que digo?

DON JUAN

¿Qué, señor?

DON PEDRO

Que es muy feliz

el fallo del tribunal
en tu casa.

DON JUAN

Sí, ¡pardiez!

Me insultó con altivez,
y allí le maté. ¿Hice mal?

DON PEDRO

Y si fué, te lo perdono;
pero no falta quien quiera,
don Juan, que el que mata, muera.

DON JUAN

Mi honor tengo yo en mi abono,
señor...

EL MORO

(Al Rey)

Que os hablo en nombre
del Rey mi señor.

DON PEDRO

Ya escucho;

seguid, seguid.

UN CORTESANO

(¡Esto es mucho!)

DON PEDRO

(A D. Juan)

Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... A esa puerta
llamaron; mirad quién es.
Colmenares.

SAMUEL

(¡Tiento, pues!)

UN CONJURADO

(A otros)

(¡Amigos, estad alerta!)

ESCENA XX

DICHOS y PADILLA

(Un momento de silencio. Cuando Colmenares llega a la puerta que D. Pedro le señala, suena el esquilón de palacio, y abriéndose la puerta de repente, D. Juan se halla frente a Blas, que le da de puñaladas; Teresa, que sale tras él, queda horrorizado en medio de la escena. Los Conjurados dan en la confusión el grito convenido y se van hacia el Rey, a cuyos lados estarán ya Padilla y los Ballesteros Reales con las lanzas y arcas tendidos; Padilla echa en los hombros de D. Pedro el manto Real, y tomando éste de un doncel su capete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella pariesana con puño de bastón que dicen usó en algún tiempo)

UN CONJURADO

¡Castilla por don Enrique!

DON PEDRO

¡Castilla por Pedro el Cruel!

(Retroceden)

Eso de hoy más verá en él,
pues rompió Castilla el dique.
Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley,
dudará, al ver a su Rey,
si es su Rey o su verdugo.

(A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba)

Acá: toma esa invención
con mi sello y mi cuchilla,
y a preguntar ve a Sevilla
si es mi hacha o mi bastón.
Verdugo Real te nombro;
toda la ciudad pasea,
y que mi pueblo te vea
por doquier con eso al hombro.

PADILLA

Señor, ¿qué será mañana
de ese furor la memoria?

DON PEDRO

Padilla, dirá la historia
lo que la diere la gana;
mas si piensan sin rebozo
esos avaros monarcas
partir mi reino y mis arcas
porque me ven Rey tan mozo,
yo haré que mi reino quede
con honra, como español,
y haré ver que sólo el sol
tenerle debajo puede.

PADILLA

Señor, que veáis justo es
que las naciones enteras
tremolarán sus banderas
contra vos.

DON PEDRO

(Con fiereza)

Que vengan, pues.

Yo haré tragar a Aragón,
a Roma, a Navarra y Francia,
a los unos su arrogancia,
y a la otra su excomuni6n.

Vasallos, el Soberano
que oye, ve, juzga y sentencia,
abierta tiene su audiencia
para el noble y el villano;
que si cruel tengo de ser,
preciso ser6 primero
que me apreci6is justiciero
para saberme temer.

(Se sienta en el trono)

Samuel, ¿conoces a ese hombre?

(Al verdugo)

SAMUEL

(Temblando)

Yo, se6or...

DON PEDRO

¿No le escogiste

para un muerto que aun existe
y de quien callaste el nombre?

SAMUEL

Se6or...

DON PEDRO

(Al verdugo)

Tu raci6n es 6sa;

l6vatela, y no hay perd6n.

Samuel, hallaste al le6n,

y es fuerza echarle una presa.

(Se le llevan)

Ballesteros, el camino

sab6is, y os los he marcado;

llevad lo que os he contado,

cada cual a su destino.

(A una se6a de D. Pedro se apoderan sus soldados de
todos los conjurados y del embajador Marcos Mart6n)

ESCENA XXI

DON PEDRO, BLAS y TERESA

DON PEDRO

(A Blas)

Rapaz, acércate aquí.

¿Mataste a ese hombre?

BLAS

¡Piedad,

señor; sabéis la verdad!

DON PEDRO

Díselo a todos, no a mí.

BLAS

Mató a mi padre, señor,
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.

DON PEDRO

¿Lo oís? Así el tribunal
a un asesino juzgó.

Sentencia, pues, daré yo
para el vengador igual.

¿Qué es tu oficio?

BLAS

Zapatero.

DON PEDRO

No han de decir ¡vive Dios!
que a ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplía él
con no rezar, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.

(A Teresa)

Teresa, está ya de más
repetirte mis consejos:

ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
Puedes marido elegir,
que, al cabo, es mucho mejor
morir pobre y con honor
que dama del Rey vivir.

TERESA

A vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdón.

DON PEDRO

(A Teresa)

Mal es poco;
vete, que vas perdonada.

(A los que quedan en la escena)

Vosotros, canalla vil,
turba cobarde e ingrata,
que conspiráis de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono;
id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII

DON PEDRO y PADILLA

DON PEDRO

Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,
que han de caminar atados,
come perros en trailla.

ESCENA XXIII

DON PEDRO, PADILLA, DON ALVAR
y ALDONZA

DON PEDRO

Ahí tenéis vuestra mujer:
si no os da mengua, tenella;
podéis aun vivir con ella,
si no un convento escoger;
mas tened cuenta, Guzmán:
si en mis reinos os encuentro,
dos horcas, frontera adentro,
desde hoy os aguardarán;
que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas,
la han de escuchar de rodillas
desde el zapatero al Rey.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

EL ZAPATERO Y EL REY

(DRAMA EN CUATRO ACTOS)

SEGUNDA PARTE

PERSONAJES

EL REY DON PEDRO.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.

JUAN PASCUAL.

INES.

JUANA.

Enmascarados, cazadores y monteros

ACTO PRIMERO

Quinta de un solo piso, de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento, y a la derecha, una alcoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y a la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso a la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche

ESCENA PRIMERA

JUAN, PASCUAL, INES

INES

¿Vais a salir, padre?

PASCUAL

SÍ.

INES

¿Y amenazando tormenta?

PASCUAL

Tomada la tengo en cuenta,
mas no voy lejos de aquí.
Tardará mucho, a mi ver,
todavía en estallar,
y aun ha de darme lugar
para salir y volver.

INES

Si tenéis tal precisión
no me opongo a que salgáis,
mas con mi gusto no vais.

PASCUAL

No alcanzo por qué razón.
Un hombre al campo avezado
y en sus fatigas curtido,
no ha de verse detenido
por un pequeño nublado.

INES

No es mi recelo mayor
ese nublado.

PASCUAL

¿Qué es, pues?

INES

Hace dos noches o tres
que corre cierto rumor...

PASCUAL

¡Por mi vida! ¿Y tú también
das crédito a esas consejas
de muchachos y de viejas?

INES

Yo, padre...

PASCUAL

Basta; mantén,
Inés, la puerta cerrada;
llama al punto a tu doncella,
y en tu aposento con ella
dormid, y no temáis nada.
¿Lo oyes?

INES

Sí, señor.

PASCUAL

Pues ve,
y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.

INES

Seréis, padre, obedecido.

PASCUAL

Así es fuerza que lo hagáis;
y aunque en el bosque sintáis
o dentro de casa ruido,

ni os levantéis a escuchar,
ni a mirar os asoméis,
porque es fácil que lleguéis
a ensordecer y a cegar.

(Vase)

ESCENA II

INES. Luego JUANA

INES

¿Conmigo tanto desvío
mi padre, y tanto misterio?
¿Tan franco antes, y hoy tan serio?
No sé qué piense, Dios mío.
Mas obedézcole y callo.
Juana.

JUANA

Señora.

INES

Al momento.
vámonos a mi aposento.

JUANA

¿Tan pronto?

INES

En verdad que no hallo
de esto en padre la razón;
mas él, Juana, así lo quiso,
y obedecer es preciso.

JUANA

¡Si aun las ánimas no son!
¿Y a más de eso olvidáis que hoy
es lunes, y el Capitán,
enamorado y galán,
vendrá?...

INES

Teméndolo estoy,
que está mi padre en el bosque,
y si con él se tropezara...

JUANA

¡Vaya! Con tanta tibieza
 le vais a hacer que se amosque.
 El viene desde Sevilla
 a escape, por sólo hablaros,
 y vos hacéis mil reparos
 para abrir una trampilla,
 por la cual, como una monja,
 juráisle amor y constancia...
 que él convertirá en substancia;
 mas a hablaros sin lisonja,
 no es empresa muy galana
 correr posta entre dos luces
 para pegarse de bruces
 hora y media a una ventana.

INES

No sé qué más pueda hacer
 si de mi padre a disgusto...

JUANA

¿Y qué tiene ese hombre adusto
 con nuestras cosas que ver?
 Cualquiera doncella honrada
 es hija del padre Adán,
 y no es cosa un Capitán
 para ser desperdiciada.
 Cualquier noble castellano
 que a una mujer se dirija,
 puede darla una sortija,
 puede besarla una mano.
 De día encontrarla puede,
 si con tiento se le avisa,
 en baile, en paseo, en misa,
 sin que por liviana quede.
 Y a un hombre de quien se admiten
 palabras de amor sinceras,
 libertades tan ligeras
 sin desdoro se permiten.
 Vos nada le concedéis
 a ese pobre Capitán,
 que viene muerte de afán
 tan sólo porque le deia.

a través de esa ventana,
una esperanza perdida,
que alarga a su amor la vida
hasta que vuelve mañana.

INES

¡Ay, Juana! Bien sabe Dios
que amo a ese hombre cuanto puedo,
mas tengo a mi padre miedo.

JUANA

¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, ¿qué puede decir?
Es un bravo militar
que por vos puede mirar
y defendiéndooos morir.
Vuestro padre...

INES

Calla, calla...

Con mi padre ha puesto el cielo
entre mí y el mundo un velo,
y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces ¡ay de mí!
me ha dicho:—"Inés, si la suerte
se inclina a favorecerte,
gran precio tienes en ti;
mas si, como ahora sospecho,
mantiene igual la balanza,
Inés, tu sola esperanza
viene a ser un claustro estrecho."—

JUANA

¿Un claustro? ¡Vaya! Chochees
de gente fría de seso.
Mi padre me ha dicho a mi eso
lo menos sesenta veces.
Mas oíd.

(Tocan las campanas a las ánimas)

INES

¿Tocan?

JUANA

Sin duda.

Las ánimas dando están.

INES

¡Dios quiera que el Capitán
hoy a la cita no acuda!

(Baja el Capitán por las peñas y se acerca a la
ventana)

JUANA

Estar segura podéis
de que no tardará mucho.

(Llama)

INES

Pero, Dios mío, ¿qué escucho?
Su seña es ésa.

JUANA

¿Lo veis?

INES

¡No abras, por Dios!

JUANA

¿Y ha de estar
de la ventana por fuera?

INES

¿Y si mi padre viniera?

JUANA

Más pronto le ha de encontrar
si le dais ese plantón.

INES

¡Ah! Dile, pues, que se ausente.

JUANA

El consejo es excelente.
Preguntará la razón,
y el tiempo que ha de pasar
en respuestas y preguntas,
sabiéndole atar las puntas
puede mucho aprovechar.
Salid a escucharle vos,
y yo desde otra ventana
acecharé.

INES

¡Tente, Juana!

JUANA

Reacia estáis, vive Dios..

¿Capitán?

(Se asoma y habla al Capitán)

EL CAPITAN

¿Juana?

JUANA

Yo soy.

Andad en pláticas breve,
que volver el padre debe,
que salió.—A velaros voy.

(A Inés)

Ahora vos; y por mi vida
no os andéis en miramientos,
y aprovechad los momentos,
que yo estaré prevenida.

ESCENA III

INES, dentro de la ventana. EL CAPITAN,
fuera

INES

¿Capitán?

EL CAPITAN

¿Inés?

INES

¿Sois vos?

EL CAPITAN

Sí, yo soy, luz de mis ojos.

INES

Veros aquí me da enojos.

EL CAPITAN

¿Tanto me odias?

INES

No, por Dios.

Capitán, yo os quiero bien,
más de lo que debo acaso;
mas me temo algún fracaso
si por desventura os ven.

EL CAPITAN

Espada traigo conmigo,
y en mi amor pongo tal fe,
que si que estáis cerca sé
en cualquier trance, me obligo...

INES

Callad, por Dios, Capitán;
si mi padre llega a veros...

EL CAPITAN

Fiad que no he de ofenderos
en las canas de don Juan.
Si llega a verme, mi nombre
sin empacho le diré,
que os amo con mucha fe.

INES

Quienquier que seáis sois hombre,
y ha de ofenderse al miraros.

EL CAPITAN

¿Pues qué puede hallar en mí
para que se ofenda así?

INES

¡Plegue a Dios no llegue a hallaros!
Y no más me preguntéis,
que aunque os quiero con ternura,
quereros en mí es locura.

EL CAPITAN

Señora, me estremecéis.
¿Tal vez prometida a otro
estáis por él?

INES

No, en verdad;
mas no tengo voluntad
que ofreceros.

EL CAPITAN

En un potro
vuestras palabras me ponen.
¿Casada estáis?

INES

No.

EL CAPITAN

¿De haciendas,
o de familia contiendas
a vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
con el Rey tanto favor,
que lo que os plazca mejor
puedo hacer, si le prevengo.

INES

No, Capitán, que es tan rara
la fortuna que me espera,
que en ella nunca quisiera
que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
se aclaran un sólo instante,
me vedan mirar adelante,
me ciegan si miro atrás.
Mi padre no siempre ha sido
lo que ser hoy aparenta,
y yo con él por mi cuenta
graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
y ya aldeana grosera,
viví de poblados fuera,
siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
le he demandado razón,
y aun tiembla mi corazón
al recordar el imperio
con que—"En la vida, me dijo,
por tu porvenir demandes,
que tus destinos son grandes,
mas varios según colijo.
Espera, y ruégale a Dios
que lleven igual camino
tu destino y mi destino,
a quien otro lleva en pos."
Sí, Capitán; otro día
que puesta en una ventana
veía la gente aldeana
que en bailar se divertía,

con voz siniestra, y con ojo torvo y escudriñador, díjome:—"Huye del amor, que es de zarzas un manojo. Y el que más bello imaginas en tu amante sencillez, sólo ha de serte tal vez una coyunda de espinas." Un hombre en una ocasión que con mi padre trataba, notó éste que me miraba con demasiada atención, y aunque empeñado en su suerte corría en su misma causa, le dijo, haciendo una pausa: "Amarla es ir a la muerte." De entonces todo su anhelo fué a todo el mundo ocultarme sino debajo de un velo. Esto baste, Capitán, y sírvaos esto de aviso, para que no andéis remiso en cosas que a mí me van.

EL CAPITAN

Absorto estoy de escucharos; mas yo satisfecho quedo si vos me decís que puedo correspondido adoraros.

INES

Harta os he dado ocasión para que bien lo sepáis; mas, ¡por Dios que lo tengáis guardado en el corazón! No os paréis en mis desdenes, que son hijos del temor; yo os amo, mas de mi amor no os deis grandes parabienes.

EL CAPITAN

Nada me toca saber de lo que guardáis secreto; amaros sólo es mi objeto

y eso no más puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
ni las desdichas me apuran,
no; mi amor os aseguran,
y mi constancia acrecientan.

INES

Lo mismo hallaréis en mí...
mas cada instante que pasa
temo que se vuelva a casa
mi padre, y os halle aquí.

EL CAPITAN

Pártome, pues.

INES

Sí; idos presto.

EL CAPITAN

Ahí os queda mi albedrío.

INES

También, ¡ay de mí! va el mío
del vuestro ocupando el puesto.

EL CAPITAN

Adiós, mi vida.

INES

Id con Dios,

Capitán, y él os dé suerte.

EL CAPITAN

Para amarte hasta la muerte.

INES

Más allá os querré yo a vos.

(Al irse el Capitán, ve que se acercan por las montañas, bajando, por el camino que trajo, varios enmascarados con luces)

EL CAPITAN

Mas, ¡qué veo, Dios divino!
¿Qué luces son las que avanzan
que por las peñas se alcanzan,
bajando por el camino?

INES

¡Huíd, huíd! ¡Ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La Virgen, si sois cristiano,
os saque con bien de aquí.

EL CAPITAN

¿Qué habláis, señora?

INES

Esos ruidos
que oía yo en las montañas,
no eran del vulgo patrañas.

EL CAPITAN

¡Cielos! ¡Son aparecidos!

JUANA

¡Señora, pronto, cerrad!

(Saliendo)

¡Transida vengo de miedo!...

¡Cerrad, por Cristo!...

INES

No puedo,
que el Capitán...

JUANA

(Al Capitán, asomándose a la ventana)

Por piedad,

salvaos, buen caballero.
Trepad, trepad a las peñas,
y buscaos por las breñas,
a viva fuerza, sendero.

INES

No, no huyáis; esas visiones
tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
Capitán con oraciones.

(Se hinca)

EL CAPITAN

No puedo huir ni salvarme;
todo mi valor flaquea.

INES

Pues bien, sea lo que sea
entrad también.

(Le da la mano, y el Capitán salta por la ventana)

JUANA

Ni un adarme
de serenidad me acude.

INES

Cerrad pronto esa ventana.
Mata esa bujía, Juana.
Ahora, que Dios nos ayude.

ESCENA IV

DOÑA INES, EL CAPITAN y JUANA, en el cuarto. JUAN PASCUAL, EL INFANTE DON ENRIQUE, enmascarados, y seis caballeros, lo mismo, bajan por las peñas a la escena, alumbrados de linternas que llevarán cuatro de los embozados.

PASCUAL

Llegar podemos sin miedo:
del pueblo la gente tosca
supone el bosque poblado
de apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa,
y fuera ocupada toda
sólo hay en ella mujeres
que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas,
por si una vieja curiosa
a saludar a las brujas
por las rendijas se asoma
y ve que en mi casa entramos.

DON ENRIQUE

Y a más, guarecerse importa
de techado, porque empiezan
a ser espesas las gotas.

UNO

Terrible nublado avanza.

DON ENRIQUE

Según lo airado que sopla
el vendaval que le impele,
su duración será corta.

PASCUAL

Entrad si os place, señores,
y os cobijará esta choza.

EL CAPITAN

(Dentro)

Sudando estoy de pavor.
Estoy escuchando sordas
debajo de esa ventana
voces de varias personas.

JUANA

Meten la llave en la puerta.

INES

Mi padre es.

JUANA

A buena hora
le ocurre llegar.

INES

Se acercan.

EL CAPITAN

Estad serena, señora.
Si es que son hombres, mi espada
os protege.

JUANA

¿Y si son sombras?

INES

No, huyamos.

EL CAPITAN

Pero guiadme
si no queréis...

INES

Una alcoba
tiene este aposento. En ella...

(Buscando la alcoba)

(De miedo no la hallo ahora.)
Aquí está. Dadme la mano...

(Al Capitán)

Entrad... Por aquí nosotras.

(A Juana)

ESCENA V

EL CAPITAN, en la alcoba. DOÑA INES y JUANA, en su aposento. Por la puerta del fondo JUAN PASCUAL y los enmascarados

PASCUAL

Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esta alcoba.
Si gustáis...

DON ENRIQUE

Basta que vos...

PASCUAL

Cierro esta puerta; y esotra
(La de doña Inés)
da a un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mía reposa,
que aunque vele, es imposible
que nada comprenda ni oiga.

DON ENRIQUE

Está bien.

PASCUAL

Pues empecemos.

DON ENRIQUE

Guardar la máscara importa,
y no hay para qué nombrarse
conociendo las personas.

Este anillo que el Infante

(Le muestra)

me dió por su mano propia,
atestigua mis poderes,
y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.

PASCUAL

Ea, pues; los pergaminos

y las plumas están prontas;
despachémoslo cuanto antes.
Yo creo que nadie ignora
de los que me están oyendo
que tuve una hermana hermosa,
de quien el Rey de Castilla
tomó a cuenta la deshonra.

DON ENRIQUE

Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso concilio
de prelados, a quien Roma
castigó debidamente.
Le dió nombre de su esposa,
y después de profanarla
torpemente, abandonóla.

PASCUAL

Así es la verdad; mi hermano,
aunque al principio en su cólera
se apartó de su amistad
y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.
Yo no: jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro, y la venganza
he retardado hasta ahora
sólo por falta de un día
de ocasión segura y próspera.
Ahora bien: tengo en secreto
minada a Sevilla toda,
donde una conjuración
fermenta a estallar muy próxima.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora
de las tierras y castillos
que por este escrito constan,
yo le daré, muerta o viva,
de don Pedro la persona.

(Don Enrique mira el pergamino que está sobre la
mesa)

DON ENRIQUE

Aunque pedís mucho, el Príncipe
lo que pedís os otorga;
mas dadle una garantía.

PASCUAL

Con mi misma ofensa sobra;
y en cuanto a mi buena fe,
harto por demás la abona
el hallaros tan seguros
a una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro,
cuando una voz de mi boca
daros podía una muerte
tan cierta como alevosa.

DON ENRIQUE

Decís bien: vuestro interés
tiene raíces tan hondas
como el nuestro en este asunto.
Réstanos saber ahora
qué garantía exigís
de don Enrique.

PASCUAL

Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que sólo puedo a solas
con el mismo don Enrique
tratarla yo.

DON ENRIQUE

Lo que oiga,
vea, prometa o alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha,
la presencia y la sanciona.

PASCUAL

Pues apartaros un poco.

DON ENRIQUE

Hablad.

PASCUAL

(Con misterio)

Yo sé de la historia

del infante don Enrique
las escenas más recónditas.

DON ENRIQUE

¡Vive Dios!

PASCUAL

Oíd con calma,
que a quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

DON ENRIQUE

Adelante.

PASCUAL

Hace diez años
que en una noche horrorosa
se dió un asalto a un castillo
frontero de la Rioja.
Vencieron los de don Pedro,
y su furia asoladora
pegó fuego al edificio.

DON ENRIQUE

¡Recuerdo horrible!

PASCUAL

Espantosa
fué aquella noche. Las llamas
entraban hasta una alcoba,
donde postrada en su lecho
con las postreras congojas,
estaba una noble dama
cuanto desdichada hermosa.
Entre sus brazos gemía
una niña encantadora

(Le mira)

parecida a don Enrique
como una gota a otra gota.

DON ENRIQUE

¡Miserable!

PASCUAL

Oíd, que acabo.
La dama era...

DON ENRIQUE

(Interrumpiéndole)

El nombre sobra.

PASCUAL

La niña por hija de ambos
hoy don Enrique la llora.

DON ENRIQUE

Murió.

PASCUAL

No tal: hubo un hombre
que del incendio salvóla.

DON ENRIQUE

¿Y vive?

PASCUAL

Sí.

DON ENRIQUE

¿Dónde, dónde?...

(Con ansia)

PASCUAL

Eso en mi secreto toca,
y esa entre mí y don Enrique
es mi garantía sola.

DON ENRIQUE

Y don Enrique, por ella,
diera cetro, vida y honra.

PASCUAL

Lo sé, que tuvo a su madre,
profunda, devoradora
una pasión, cuyas huellas
de su corazón no borran,
de desengaños y lágrimas
los quince años que le agobian.
Por eso lo hice: don Pedro
fué causa de mi deshonra,
y no quiero que su hermano,
cuando cifa su corona,
reniegue de su palabra,
cual renegó él de sus bodas
con mi hermana. Es precaución
que me atañe.

DON ENRIQUE

Ponzoñosa

serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,
¿quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

PASCUAL

La experiencia y la venganza;
si nuestro plan se malogra,
y yo en la demanda muero,
no receléis que traidora
pase el dintel de mi tumba
mi venganza. En una bolsa
de malla, asida a mi cuello,
de pergamino habrá una hoja
con la instrucción necesaria
para encontrar esa joya
que así don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, el guardarla
¿qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre
y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo a mi empresa,
y a don Enrique victoria
consigo sobre don Pedro,
por si la fortuna loca
contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra
mi resolución postrera,
que nada tuerce, ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, a quien adora;
prenda por prenda, es muy justo,
que amores, señor, son obras.

DON ENRIQUE

Pues no hay remedio, está bien;
mas no olvidéis que blasona
don Enrique de severo,
y si fe en vos halla poca,

con vuestro secreto y todo,
sin más reparo os ahorca.

PASCUAL

En eso estoy.

DON ENRIQUE

Pues entonces
no lo echéis de la memoria.

PASCUAL

Vos decid á esos señores
que satisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

DON ENRIQUE

Así es la verdad, señores.

PASCUAL

Sellad, y dadme; las cosas

(Sellan el pergamino)

dispondré yo de manera
segura, acertada y pronta,
y aviso os daré de todo
en tres días y a estas horas.

DON ENRIQUE

Salgamos, pues, que ya es tarde.

Que os guarde Dios.

PASCUAL

El os oiga.

(Salen todos, y Juan Pascual, que se queda a la puer-
ta viéndolos partir. El Capitán asoma entretanto por
el aposento)

ESCENA VI

EL CAPITAN, escondido. JUAN PASCUAL
que vuelve a entrar

EL CAPITAN

¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
Bien haya quien a esta quinta
me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;

si por azar no se rompe,
 yo llegaré al otro cabo,
 y ¡ay de la madeja entonces!
 Cordeles haré con ella
 con que ellos mismos se ahoguen.

PASCUAL

(Entrando)

Todo está ya concluído.
 Mañana voy a la corte;
 de este sayal me despojo;
 empuño broquel y estoque;
 dejo mi nombre del campo
 por mi verdadero nombre,
 y con firmeza y audacia
 preparo el último golpe.
 Manténte firme, cadena,
 sobre cuyos eslabones
 de ambas Castillas la suerte
 consigo al fin que se apoye.
 Manténte firme, cadena,
 y si ninguno se rompe,
 yo les desharé uno a uno,
 ¡y guay de don Pedro entonces!
 Mas durmamos, que ya es hora,
 y adunando precauciones
 veamos si las mujeres...
 (Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de
 doña Inés, y a este tiempo baja don Pedro embozado
 por los peñascos. Lluve)

ESCENA VII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL

DON PEDRO

Gracias a Dios que del monte
 veo al fin, y hallo un techado
 en que vivos se recogen.
 Veo allá abajo una casa;
 entraré en ella esta noche,
 aunque sean sus paredes

madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
a estocadas y mandobles
con una legión de diablos.

(Volviendo a la escena)

PASCUAL

Nada; duermen como postes:
cerradas están las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.

(Al ir a entrar en la alcoba, llama don Pedro a la
puerta con recios golpes)

DON PEDRO

¡Ha de casa!

PASCUAL

¿Quién va a estas horas?

DON PEDRO

Un hombre.

PASCUAL

¿Qué quiere?

DON PEDRO

Pues llamo, es claro
que quiero entrar.

PASCUAL

Pues perdone
vuestra merced, y esa esquina
a su mano izquierda doble,
y en esa tercera calle
verá un mesón do le alojen.

DON PEDRO

¿Parécele, vive Dios,
que he andado yo todo el bosque,
con el barro a la cintura,
sin luz y echando los bofes,
para correr callejuelas
y acostarme en los mesones?
Abra esa puerta, ¡o por Cristo
que aunque forrada esté en bronce,
tales porrazos dé en ella
que os la arranque de los gonces!

PASCUAL

Brío traéis.

DON PEDRO

Y coraje;

y abra pronto.

PASCUAL

No se enoje,

que al cabo merecen algo
sus corteses expresiones.

DON PEDRO

Corteses o no corteses,
para lo dicho soy hombre.

(Sale Juan Pascual con la luz a abrir, y mientras entran
él y don Pedro, dice el capitán)

EL CAPITAN

O sueño, por vida mía,
o esa es su voz. ¡Cielo! ¡Adónde
sus desventuras le traen!

PASCUAL

Entrad aquí.

DON PEDRO

Buenas noches.

PASCUAL

Perdone el buen caballero
si con él anduve torpe.

DON PEDRO

Perdone él mi mal humor,
que el lance no es para flores.
Heme extraviado cazando;
rompieron los nubarrones
en agua, y no topé senda
por donde salir del monte.

PASCUAL

¿Hidalgo sois?

DON PEDRO

Caballero.

PASCUAL

¿De qué lugar?

DON PEDRO

De la corte.

PASCUAL

¿De la corte? ¡Que me place!
Sabremos qué nuevas corren.

DON PEDRO

Pues no traigo yo el gaznate
para muchas relaciones.

PASCUAL

¿Tendréis hambre?

DON PEDRO

Como un lobo.

PASCUAL

Aunque en la casa de un pobre
os encontráis, no faltaron
nunca en ella provisiones.

DON PEDRO

Sacadlas, pues.

PASCUAL

Voy al punto.

DON PEDRO

Dios se lo pague, buen hombre.

PASCUAL

(Llamando)

¡Juana! ¡Inés!

INES Y JUANA

¡Señor!

PASCUAL

Traed luces

Levantaos.

DON PEDRO

No incomode
tanta gente para mí.

PASCUAL

Mis criados labradores
son, y no duermen en casa.
Mas dejadme dar mis órdenes,
que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII

DOÑA INES, JUANA, DICHOS

PASCUAL

Juana, aquel par de pichones
que hay en el armario, saca;
tú, Inés, en los interiores
aposentos otra cama
para esta noche dispónme,
que aquí dormirá en la mía
este hidalgo.

JUANA

(¡San Onofre!

¿Y el Capitán?)

INES

(¡Cielos santos!

¡Cuánto azar en una noche!)
(Vánse doña Inés y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve a D. Pedro)

ESCENA IX

JUAN PASCUAL, DON PEDRO

PASCUAL

(De la corte dice que es.
Veamos si puedo, astuto,
sacar del hidalgo fruto.)
Trae, y vete con Inés.

(A Juana)

¡Ea! Comed, caballero;

(A D. Pedro, escanciándole)

bebed, y aliento tomad.

DON PEDRO

Falta me hace a la verdad.
A vuestra salud.

(Bebe)

PASCUAL

Espero

que a la vuestra contribuya.

DON PEDRO

Bueno es, a fe, este licor.

PASCUAL

Cosecha mía, señor.

DON PEDRO

¡Buena cosecha la suya!

¿Tiene muchas viñas?

PASCUAL

Tengo

lo que llaman mucho aquí,

que me alcanza para mí

y la gente que mantengo;

y no lo pasamos mal.

DON PEDRO

¿Qué pueblo es éste?

PASCUAL

Una aldea,

mezquina, escondida y fea.

DON PEDRO

¿Tiene nombre?

PASCUAL

Juan Pascual.

Cuatro casas de tierra

que yo mismo labré aquí,

y a las que mi nombre di

cuando volví de la guerra.

DON PEDRO

¿Servido habéis?

PASCUAL

Con honor,

aunque no con gran provecho.

DON PEDRO

¡Cáspita! ¡Y os habéis hecho

de todo un pueblo señor!

PASCUAL

Dineros de que un buen tío

me hizo heredero a su muerte

labraron mi buena suerte,
y así he logrado algo mío.

DON PEDRO

Mas de lo servido al rey,
¿no obtuvisteis recompensa?

PASCUAL

El Rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.

DON PEDRO

¿Mas fuisteis a verle?

PASCUAL

No;

nunca le vi cara a cara.
Temí que me desairara,
y soy muy altivo yo.

DON PEDRO

Mal le juzgáis a mi ver;
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.

PASCUAL

Pues lo debiera saber.

DON PEDRO

¿Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?

PASCUAL

Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,
alcanzara bien a todos;
mas gobierna con tal mengua...

DON PEDRO

Tenga el villano la lengua,
y hable de él con buenos modos.

PASCUAL

Aunque con ruda franqueza,
la verdad hablé no más;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.
Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda
con él por Castilla suelto.

Que esta es la verdad, señor,
negármelo no podéis,
y cada vez, ya lo veis,
vamos de mal en peor.

DON PEDRO

Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado cruel,
porque le echan a él
la culpa que tienen varios.
¡Murmuran que a sangre y fuego
tala sus propios lugares!
Mas ¿quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,
¿a qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?

PASCUAL

Argüís en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
oir le estuviera bien
consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
por oír consejos malos
emprende don Pedro a palos
con quien le viene a capricho.
El pone su confianza
en ministros que le venden
y a su conveniencia encienden,
o contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
y muy diversos registros,
hay justicieros ministros,

y ministros justicieros.
Y el justiciar bien o mal
cosa es que pide gran seso.

DON PEDRO

Mucho se os alcanza de eso
a lo que veo, Pascual.

PASCUAL

No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza a cualquier mendigo,
y a todo el que no esté loco.
Porque el mandar, ¿quién ignora
que es como un potro llevar,
a quien hay que refrenar
y dar rienda a buena hora?
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera a su lado
un hombre como yo, creo
que quedaría a deseo
en poco tiempo su estado.

DON PEDRO

Pues bien; la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
y que os deje el rey haré
gobernar a vuestro antojo.

PASCUAL

¿Yo ante el rey?

DON PEDRO

Nada temáis.

Llévame siempre consigo,
y soy su mejor amigo.

PASCUAL

Ruégoos, señor, que advirtáis
que campesino insensato
hablé sin saber con quién,

DON PEDRO

(Con autoridad)

Elige, y escucha bien

las condiciones del trato.
 El su poder y grandeza
 te ha de prestar en Castilla;
 mas si en un flaco te pilla,
 Pascual, pierdes la cabeza.

PASCUAL

Eso, señor, no es justicia.
 La palabra me cogéis,
 y para ello no atendéis
 mi rudeza y mi impericia.

DON PEDRO

Que atrás no te volverías
 dijiste.

PASCUAL

Tenéis razón;
 y hablé con el corazón,
 aunque dije tonterías.

DON PEDRO

Esto ha de ser; retiraos,
 y si no vais, ¡vive Dios,
 que el rey enviará por vos!
 Conque a venir preparaos.

PASCUAL

Está bien. (¿Qué es esto, cielos?
 Mejor fortuna logré
 de la que nunca esperé.
 Venganza, tiende tus vuelos;
 la ocasión es oportuna;
 mucha audacia necesito;
 mas, por el cielo bendito,
 de audaces es la fortuna.)

ESCENA X

DON PEDRO

¿Qué es lo que pasa por mí?
 ¡Dudándolo estoy, pardiez!
 ¿Quién creerá que mi altivez
 llegó a sujetar así
 un labrador, un villano,

culpando mi condición
con tan osado tesón?
Túvome Dios de su mano.
Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me da que pensar,
y a fe que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
tiene ese hombre, o me equivoco,
de campesino muy poco,
y de sedicioso mucho.
¡Oh, aciago sino es el mío,
y en hora fatal nací!
Todo el mundo contra mí,
¿qué me vale tanto brío?
Aragón, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
empresa contra mí toma,
pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
a la refriega me lanzo;
mas por do quiera que avanzo
no sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
siempre en medio de traidores,
mis intentos los mejores
no son más que desaciertos.
¡Por Dios que me desespera
ver que cuando el bien aguardo,
uno tras otro bastardo
retoña por donde quiera!
Y el pueblo, ¡mísero de él!
ve que en mi nombre se abusa
de la justicia, y me acusa
de avariento y de cruel.
¡Ira de Dios! Si algún día
me llego frente él a ver,
su sangre me he de beber,
o él ha de beber la mía.
No puede mi brío, no,
con imputación tan fea.

Palenque Castilla sea
do caigamos él o yo.
Mas lejos, lejos de mí
esas memorias fatales;
de atajar tamaños males
no es propio lugar aquí.

(Abre la ventana)

Ya la tormenta se amansa,
y de nublados el viento
desemboza el firmamento:
todo al parecer descansa
de esta casa en los extremos...
mas ¿quién sabe lo que en ella
me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... allí...

(La puerta del pasadizo)

Tan quedo, ¿quién puede ser?
Mas ¡qué veo! ¡Una mujer!

(Mirando por el ojo de la llave)

Viene con tiento hacia aquí.
A favor de la bujía
que trae la veo. ¡Oh, qué bella!
¿Qué intenta? Su luz deja ella;
apagaré yo la mía.

(Lo hace)

ESCENA XI

DON PEDRO, DOÑA INES, EL CAPITAN,
oculto

INES

(Aparte)

(Todo está ya sosegado;
tranquilo mi padre duerme,
y hasta saber que se ha ido
no hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huésped...

mas venía el buen hidalgo
muy cansado felizmente.
No oso nombrarle, ¡ay de mí!)

DON PEDRO

(Aparte)

(Aquí acercándose viene.
¿Qué buscará a tales horas?
Pero sea lo que fuere,
esta aventura aprovecho,
pues la ocasión me la ofrece.
Me adelanto.)

INES

(Ya él sin duda
me aguardaba, pues, o miente
la vista, o hacia mí misma
que llega un bulto parece,
según la confusa luz
de dentro permite verle.)
¿Capitán?

(Buscándole)

DON PEDRO

¿Quién va?

INES

¡Sois vos!

DON PEDRO

Yo soy.

INES

Pues sin miedo llegue.
No sabéis con cuanto afán
he estado este rato breve
hasta volver a buscaros.

DON PEDRO

(¿Qué enredo del diablo es este?
¡A mí dice que me busca!)

INES

Y ya que así os favorece,
pues duerme quieto mi padre,
para escaparos la suerte,
dadme la mano, y seguidme.

DON PEDRO

No será sin que la base,

que si es del color del rostro,
es el ampo de la nieve.

INES

¿Qué hacéis, Capitán?

DON PEDRO

Tomarla

del modo que ella merece.

INES

Ea, abreviad de palabras,
no nos aperciba el huésped,
y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
hasta la puerta yo misma
para que seguro os deje.

DON PEDRO

Que venga, hermosa, tu padre,
y aunque a su lado la muerte
venga a la par, ¿qué me importa
como en tus brazos me encuentre,
y yo te tienda los míos?

INES

¡Dios mío, qué acento es este!
¿Quién sois?

DON PEDRO

¿Qué extrañas quien soy
cuando tú a buscarme vienes,
y yo te salgo a encontrar
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones a veces?

INES

(¡Muerta estoy! ¡Me he equivocado!
Sin duda di con el huésped;
mas retiraréme de él).

DON PEDRO

En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes se pierden.

INES

Caballero, ese lenguaje
tanto a mi decoro ofende,
que sólo el silencio es frase
con que puedo responderle.

EL CAPITAN

(Aparte)

(O me engañan mis oídos,
o que oigo a Inés me parece.)

INES

Ya os he dicho que no osado
quebrantéis con tan aleve
intención descomedida
del hospedaje las leyes.

DON PEDRO

Amor es Dios, y ninguna
puede haber que la sujete.

INES

La ley contra la razón
caber en un Dios no puede.

EL CAPITAN

(¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder a Inés era fuerza,
o con don Pedro perderme).

DON PEDRO

Suspende, hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta suerte
es un caballero noble
cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido
se arriesgó a tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazón te ofrece.

INES

El favor os agradezco;
pero reparad prudente

que la hija de Juan Pascual nunca a lo que a sí se debe puede faltar, ni del mundo por todos los intereses.

DON PEDRO

Deja el melindre y repara que a tus pies humildemente...

INES

Callad, y no hagáis que a voces llame a mi padre y mis gentes.

DON PEDRO

Y cuando vengan, ¿qué harán si de mi antojo el más leve soplo, ante mí de rodillas hacer que se postren puede?

EL CAPITAN

(Esto es ya mucho; yo llego, y salga lo que saliere.)

Don Pedro, ved lo que hacéis.

DON PEDRO

¿Quién vive Cristo, se atreve?...

EL CAPITAN

Quien huye de vuestros rayos porque su luz no le ciegue; mas quien os deja advertido que os es siniestro este albergue.

DON PEDRO

¿Qué escucho?

INES

(Soltó; me libro por esta puerta...)

DON PEDRO

(Al Capitán)

Detente

quien seas, que por mí velas en la obscuridad. ¿Quién eres?

EL CAPITAN

(Al cabo, con la ventana tropecé dichosamente.

Callo, y me salgo por ella.)

(Salta por la ventana)

DON PEDRO

Habla, no temas; acércate.

EL CAPITAN

(Mas por la montaña vienen con luces.) ¡Gracias, fortuna!

¡Aquí, aquí!

DON PEDRO

¿Qué ruido es este?

EL CAPITAN

¡A mí, monteros, a mí;
aquí, al Capitán Blas Pérez!

DON PEDRO

Mis cazadores son estos
que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, EL
CAPITAN

PASCUAL

Caballero, ¿qué alboroto?...

DON PEDRO

Nada, buen hombre, recele:
monteros son de mi casa.

PASCUAL

¡Válgame Dios, cuánta gente!

DON PEDRO

Soy rico, y mantengo a muchos.
Abrid, y dejadles que entren.

PASCUAL

Allá voy.

EL CAPITAN

(A D. Pedro)

Señor...

DON PEDRO

(Al Capitán)

Silencio,

que importa no conocerme.

EL CAPITAN

Viendo que no parecíais,
todo el monte diligentes
recorrimos, y un villano
nos dió el sendero que tiene
fin en frente de esta casa.

DON PEDRO

Justo es que se recompense
a ese villano: dale eso.

(Un bolsillo)

PASCUAL

(Viendo que doña Inés y Jusna han salido)

¡Eh, a su cuarto las mujeres!

INES

Padre, al oír tal estruendo...

PASCUAL

Curiosidad solamente.

DON PEDRO

¡Hola, hola! Juan Pascual,
¿hija tan bella tenéis
y callado me lo habéis?

PASCUAL

Vinisteis en hora tal
que estaba ya recogida;
que aunque en mi casa es señora,
se levanta con la aurora,
y de la hacienda me cuida.

DON PEDRO

Es muy hermosa.

PASCUAL

Favor

y lisonja cortesana.

DON PEDRO

Llevadla con vos mañana.

PASCUAL

¿Aun dais en eso, señor?

DON PEDRO

Hoy don Pedro ha de saber
que en Castilla hay tan grande hombre

como vos; yo vuestro nombre
le diré, y os querrá ver.
Conque así, considerad,
y yo os lo quiero advertir,
que por fuerza habéis de ir
si no vais de voluntad.

PASCUAL

(Con altivez)

Pues tanto empeño ponéis,
decidle al rey que, aunque rudo
labrador, como veis,
soy tenaz y testarudo.
Y si me pone consigo
en el poder a la par,
tiene mucho que arriesgar
para habérselas conmigo.

DON PEDRO

Pues eso os digo yo a vos:
que el rey don Pedro es tan hombre,
que no hay cosa que le asombre,
siendo él la sombra de Dios.
¿Lo oís?

PASCUAL

No lo he de olvidar.

DON PEDRO

Adiós, y por vuestra vida
que esa hija tan recogida
no os descuidéis de llevar.
Que fuera en el Rey mal visto
daros pompa soberana,
y quedarse ella villana.

PASCUAL

Conmigo irá; no resisto.

DON PEDRO

Ahora, señores, marchemos.
(Vánse por las montañas alumbrando con los hachones
a D. Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el Capi-
tán se encara con Juan Pascual, y le dice, tendiéndole
la mano al último verso)

EL CAPITAN

¿A Sevilla iréis, Pascual?

PASCUAL

Iré, Capitán; sí tal.

EL CAPITAN

Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII

JUAN PASCUAL, fuera de la casa. INES
y JUANA, a la entrada

PASCUAL

(¿Qué querrá ese hombre decir
con ese tono de pique?

Mas será de don Enrique

y me querrá seducir

como me juzga labriego.)

(A doña Inés y Juana)

Vosotras a vuestro cuarto,

que para vigilia hay harto

con tanto desasosiego.

(Cierran las ventanas y se retiran, dejando a Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de D. Enrique)

ESCENA XIV

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE,
ENMASCARADOS

PASCUAL

La suerte nos favorece
más que nunca imaginé:

mañana voy a Sevilla

segundo del Rey a ser.

DON ENRIQUE

¿De don Pedro?

PASCUAL

De don Pedro.

Conque mañana estaréis...

DON ENRIQUE

Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, dónde es.

PASCUAL

¿Adónde?

DON ENRIQUE

Con don Enrique.

Ese pergamino ved.

PASCUAL

(Lee)

El Rey de Francia envía a don Enrique doce mil hombres de guerra a las órdenes del famoso Capitán el caballero Bertrand Duguesclín, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. A la hora en que estas letras os lleguen, estarán rayando las fronteras de Castilla.

DON ENRIQUE

¿Estáis, Juan Pascual?

PASCUAL

Estoy.

DON ENRIQUE

¿Como leal cumpliréis?

PASCUAL

Como cumpla don Enrique.

DON ENRIQUE

El lo hará como quien es.

PASCUAL

Pues muerto o vivo en sus manos juro a don Pedro poner.

DON ENRIQUE

Pues adelante.

PASCUAL

Adelante.

DON ENRIQUE

¿Hasta cuándo?

PASCUAL

No lo sé.

DON ENRIQUE

¿De aquel papel?...

PASCUAL

Viva o muera,
sobre mí le encontraréis.

DON ENRIQUE

Pues Dios os dé su favor.

PASCUAL

Quiera protegeros él.

(Vánse D. Enrique y los suyos)

Ahora veremos, don Pedro,
quién es el que ultraja a quién.

¡Oh! Tú me esperas mañana;

por Dios que no faltaré.

(Entra en su casa y cae el telón)

ACTO SEGUNDO

Cámara real de D. Pedro, con puerta en el fondo: un balcón a la derecha, y una puerta a la izquierda con otra que se abrirá a su tiempo

ESCENA PRIMERA

D. PEDRO, EL CAPITAN BLAS PEREZ

DON PEDRO

Esto es hecho, Capitán;
no queda un rincón de tierra
que no nos levante guerra,
o nos cause algún desmán.
¿Da ese maldito francés
dinero y hombres a Enrique,
y quieren que ponga dique
yo a mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
del reino que ansioso guardo,
debo decirle al bastardo:
“Ven, toma; tú eres primero.
Toma ese cetro real,
envíame a un calabozo,
que yo espiraré de gozo
esperando tu puñal.”
No: todo empeño es en vano.
El me apellida el cruel,
y no ha de escudarle a él
el título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo

no hay medio de que me explique,
sin que me nombren a Enrique
a la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
no oigo hablar más que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
y no sé tenerme a raya.
En fin, Capitán, veamos
lo que dicen esas cartas.

EL CAPITAN

Noticias de ese hombre hay hartas.

DON PEDRO

La vida necesitamos
para él ¡voto a Belcebú!

EL CAPITAN

Pues aunque sienta enojaros,
otra tengo yo que daros
de ese mismo.

DON PEDRO

¡También tú!

EL CAPITAN

La vida en ello nos va,
y a ser tan sólo la mía,
la callara, y moriría
sin enojaros.

DON PEDRO

Está

bien. Dila que no me enojo.

EL CAPITAN

Ese labrador taimado
que en su casa os ha hospedado...

DON PEDRO

¿Vas a culparme el antojo
de hacerle gobernador
para ver cómo se explica?

EL CAPITAN

Es que a más altura pica
ese labriego, señor.

DON PEDRO

Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?

EL CAPITAN

Es que de ofrecer acaba
vuestra cabeza, y...

DON PEDRO

(Con calma)

¿Y qué?

EL CAPITAN

¿Y qué? No sé cómo arguya,
señor, si os va en un mal paso...

DON PEDRO

¿La cabeza? Y dime: ¿acaso
vendrá ese hombre sin la suya?

EL CAPITAN

No; mas repare su alteza...

DON PEDRO

Vaya, Blas, no es grande azar;
ya sé que se va a jugar
cabeza contra cabeza.

EL CAPITAN

Pues, señor, ya que es preciso,
sabed que yo ví y oí
anoche...

(Entrase un ermitaño en el salón, y D. Pedro, al verle,
se levanta, dirigiéndose a él con saña)

DON PEDRO

¿Quién se entra aquí,

¡vive Dios! sin mi permiso?

¿A qué te llegas, traidor,

hasta el cuarto de tu rey?

EL ERMITAÑO

Vengo a intimarle una ley
de su natural señor.

DON PEDRO

¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!

EL ERMITAÑO

Sí, siervo del absoluto

Señor, que hizo en un minuto
del orbe la maravilla.

DON PEDRO

(Moderándose y descubriéndose)

¿Ministro sois del altar?

Perdonad; no os conocí.
 Hablad. ¿Qué queréis de mí?

EL ERMITAÑO

A solas hemos de estar.
 DON PEDRO

(Al Capitán)

Sal, y espera.

ESCENA II

DON PEDRO, EL ERMITAÑO

DON PEDRO

(Al Ermitaño)

Decid, pues.

EL ERMITAÑO

Yo soy un monje ermitaño,
 que a todo comercio extraño
 con el mundo en que te ves,
 paso mi pobre existencia
 a orillas de un precipicio,
 ceñido con un cilicio,
 en áspera penitencia.
 A Santo Domingo ayer,
 a quien tengo por patrón,
 con sincera devoción
 oración me puse a hacer;
 y en ella, con grande espanto,
 cercado de resplandores
 vivos y deslumbradores,
 aparecióseme el santo.

DON PEDRO

(De fe, por demás sencilla,
 que son patrañas colijo.)

EL ERMITAÑO

Escucha, el santo me dijo:
 "Ve, y dile al rey de Castilla
 que el alma se purifique
 del mal que en la tierra ha hecho,

porque va a romperle el pecho
el puñal de don Enrique.”

DON PEDRO

(Furioso)

¡Traidor! ¿Con esas me vienes?
¡Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
ni las órdenes que tienes.—
¡Hola, Capitán! Aquí.
Veremos si se abre el cielo
para salvarte.

EL ERMITAÑO

A él apelo,
pues sus órdenes cumplí.

DON PEDRO

¡Ea! Sin más dilaciones
quitádmeme de delante,
y degolladle al instante
debajo de mis balcones.

EL CAPITAN

Señor, con muerte tan fea...

DON PEDRO

Es un perro de mi hermano
Sí, que muera ese villano
donde mi pueblo le vea.

EL CAPITAN

Señor...

DON PEDRO

Nadie me replique.

No, no hay perdón para ese hombre.

(Lo llevan)

ESCENA III

DON PEDRO

¿Conque es eco de mi nombre
el nombre de don Enrique?
¡En todas partes su sombre
conmigo a mi lado va;
en todas partes está

y en todas partes me asombra!
 ¿Conque ese hombre es mi destino,
 y en la corte y en la plaza,
 y en el templo y en la caza
 le he de hallar en mi camino?
 ¡Oh, que venga de una vez,
 que venga, y entre mis brazos
 verá cómo hago pedazos!...
 ¡Pero es cobarde, pardiez!
 No vendrá, no. De emboscadas
 me cercará y de traición,
 que no tiene él corazón
 para vencerme a estocadas.

ESCENA IV

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA
 INES, EL CAPITAN

DON PEDRO

¿Qué es?

EL CAPITAN

Ahí está el labrador
 montañés.

DON PEDRO

Llega en buen hora.
 Que entre, y veremos ahora
 si es hombre de valor.

EL CAPITAN

Entrad, que el Rey os espera.

PASCUAL

Dadnos, gan señor, los pies...
 Mas ¡Cielos!... ¿Este el Rey es?

DON PEDRO

El Rey vuestro huésped era.

PASCUAL

(¡Y tuve ¡necio! en mi casa
 anoche a don Pedro yo!)

DON PEDRO

(Mucho al verme se turbó.)

PASCUAL

(¡Yo no sé lo que me pasa!)

DON PEDRO

Acérquese, Juan Pascual,
y de respetos se exima,
que el Rey tiene en mucha estima
a un hombre de ciencia tal.

PASCUAL

Señor...

DON PEDRO

Desde este momento
en Castilla mandaréis;
silla a mi mesa tendréis
y en mi palacio aposento.
Que hacía falta habéis dicho
un hombre cual vos al Rey.
La vara os doy de la ley:
mandad a vuestro capricho.
Nadie os ha de ir a la mano;
tendréis el anillo real;
mas sed justo, Juan Pascual,
con el noble y el villano.

(A sus guardias)

Pregónese este mandato,
y que se cumpla al momento.
¿Estáis, Juan Pascual, contento?
No os quejaréis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre;
id a que Sevilla os vea,
y en vuestra justicia crea
la asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
para el cargo que emprendéis,
que vos me responderéis
de cuanto en mi Reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
hasta la aldea más tosca,
no ha de moverse una mosca
sin que la otorguéis permiso.
Capitán, su secretario
seréis vos, que en su ejercicio

puede parecer novicio,
y le seréis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser,
y por sí tuerce de intento,
apodérate al momento...)

EL CAPITAN

(¿De quién?)

DON PEDRO

(De aquella mujer.)

(Doña Inés)

ESCENA V

JUAN PASCUAL, DOÑA INES, EL
CAPITAN

PASCUAL

¡Ah! no saber que el Rey era,
¡mentecato!

INES

¡Ay, padre mío!

con un Rey de tanto brío
mala fortuna os espera.

PASCUAL

¿Y qué remedio me queda?
Ya cara a cara los dos,
con el auxilio de Dios
haremos lo que se pueda.

INES

¡Ay de mí! Mucho me temo
que nos recibe muy mal.

EL CAPITAN

No os aturda, Juan Pascual,
ver en el Rey ese extremo.
Tras esa faz torva y fiera,
y esa voz que al pecho arranca,
esconde un ánima franca
con un corazón de cera.
Arrogante, pero llano,
asusta cuando reprende;

mas si percibe que ofende
da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestro guía,
y veréis...

PASCUAL

No veré nada,
Capitán, que esta jornada
no es vuestra, ¿oís? sino mía.

EL CAPITAN

Mas soy vuestro secretario...

PASCUAL

Pues yo no sé ni una letra,
y en mí la razón penetra
sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje
sin ver si os va o no en talante...
Con que de aquí en adelante
ni me tire ni me afloje.

(Toma el brazo a doña Inés, y va a salir con ella. El
Capitán la detiene por el otro)

EL CAPITAN

Perdonad; esta señora
tiene damas y aposento
preparadas al intento.

PASCUAL

¿No es mi hija?

EL CAPITAN

Por ahora
está del Rey al amparo.

PASCUAL

Amparada está conmigo.

EL CAPITAN

El Rey manda lo que os digo.

PASCUAL

(Soltándola)

Si él lo manda...

EL CAPITAN

(Tomándola)

Pues es claro.

¡Hola! Esas damas llamad,
que a su señora acompañen,

y esos cautivos que tañen instrumentos avisad.

(Salen las damas y los cautivos, que vuelven a entrar con doña Inés)

El Rey mandó rodearos

(A D.^a Inés)

de ostentación y placeres,
que es galán con las mujeres.

(Mirad que tengo que hablaros.)

INES

(Velad, Capitán, por mí,
que sólo en vos me confío.)

EL CAPITAN

(Segura estáis, amor mío,
mientras yo respire aquí.)

(Vánse doña Inés, damas y cautivos)

ESCENA VI

JUAN PASCUAL y EL CAPITAN; éste queda acechando a Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo.

PASCUAL

¡No sé qué imagine de esto!

Mas no cedo, vive Dios.

Veremos quién de los dos

es al otro más funesto.

¡Hola!

(A un criado)

CRIADO

¿Llamáis?

PASCUAL

Unos hombres

que en la antesala quedaron,

que entren aquí.

(Entran y les dice)

¿Contestaron?

UNO

Todos pusieron sus nombres
en vuestra carta, y esperan.

PASCUAL

Pues de destreza es asunto.
Que todo el mundo esté a punto,
y al mediodía que hieran.

OTRO

Ya al son de vuestra venida
reunida está en la plaza
multitud que la embaraza,
para todo apercebida.

PASCUAL

Pues pronto; corred, volad,
porque todo lo perdemos
si en rebelión no ponemos
al momento la ciudad.

OTRO HOMBRE

Ahí hay un hombre que en tanto
junto a un cadalso se halla.

PASCUAL

Corred entre la canalla
la voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hombre
sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
y servíos de su nombre.
Así estallará más presto.

(Les manda salir, y quedan él y el Capitán)

EL CAPITAN

¿Qué gente es esa?

PASCUAL

Alguaciles.

Algunas órdenes diles
para que ocupen su puesto.
Yo voy a ocupar el mío,
Capitán. ¡Adiós quedad!

EL CAPITAN

Mirad bien por la ciudad.

PASCUAL

Podéis fiar en mi brío.

ESCENA VII

EL CAPITAN. Luego JUANA

EL CAPITAN

Viéndolo estoy y lo dudo.
 Al cabo de tanto azar,
 para colmo de desdichas
 Inés en Palacio está.
 Y aunque por fortuna suya
 nombróme el Rey su guardián,
 es claro que él querrá verla
 y de ella se prenderá.
 Sabe que fué quien anoche
 entró en su cuarto a buscar
 un hombre a quien no conoce;
 mas que amenazóle audaz
 y le advirtió de un peligro,
 y querrá saber de cuál.
 ¡Ah! Tiemblo por vida mía.

JUANA

¡Calla! ¿Sois vos, Capitán?

EL CAPITAN

¡Juana! ¿Qué es esto? ¿También?...

JUANA

También estoy por acá.

(Asoma D. Pedro por el fondo)

Los guardias de esa antesala
 no me dejaron pasar
 con mis amos, hasta que ahora
 a una orden de Juan Pascual...

EL CAPITAN

Dios te ha conducido aquí
 mi angustia para calmar.
 Dí a Inés que tiene en su cuarto
 una ventana que da
 a un jardín, y que por ella
 la tengo al punto que hablar

de cosas que mucho importan
a nuestra seguridad.
Ve, no tardes.

JUANA

Voy al punto.

EL CAPITAN

Vuela.

JUANA

Bien; voy a volar.

ESCENA VIII

DON PEDRO, EL CAPITAN

EL CAPITAN

Corro al jardín al instante...

Mas ¡Dios mío!

DON PEDRO

¿Dónde vas?

EL CAPITAN

Iba, señor...

DON PEDRO

Sin mentir.

EL CAPITAN

Señor, os iba a buscar.

DON PEDRO

¿Has olvidado, Blas Pérez,

que yo no duermo jamás,

que todo lo oigo y lo veo,

y que espío con afán

a los mismos a quien mando

a los otros espiar?

¿No sabes que la traición

tan diestro me tiene ya,

que hasta en la sombra que pinto

encuentro que sospechar?

Dime, pues: ¿a esa mujer

de qué la conoces, Blas?

EL CAPITAN

¿Esa doncella?

DON PEDRO

Por su ama

pregunto.

EL CAPITAN

Señor, piedad.—

Alcanzaron mis ojos su hermosura
del monte entre los árboles un día,
y llevóme a sus plantas mi locura.

DON PEDRO

¿Tú la amas?

EL CAPITAN

Sí, con ciega idolatría.

La amo, señor; mi pensamiento loco
indeleble su imagen me retrata,
y la vida sin ella tengo en poco.

DON PEDRO

¿Conque ella a tu pasión no ha sido ingrata?

EL CAPITAN

Siento orgullo al decirlo todavía.
Era un secreto que en mi pecho estaba,
mas hoy del corazón salir debía,
y para revelároslo os buscaba.
Yo anoche, mientras vos en la aspereza
del monte andabais, de mi fe impelido,
a su padre escuché vuestra cabeza
prometer, en su cámara escondido.

DON PEDRO

¿Luego eres tú, gusano miserable,
por quien ella venía a mi aposento,
y quien con un aviso inexplicable
quiso esconderme su amoroso intento?
¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido
que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Crefste que tu amor, su honor acaso,
de tu rey el aliento profanara,
y audaz pensaste que tan necio paso
con tu señor un punto te igualara!
La erraste, Capitán. Por un exceso
vives de mi bondad; tu vida entera

no es más que un vaso, que aunque dure
[ileso,

polvo al impulso de mi aliento fuera.

Yo te dejé que con osada mano

vengaras a tu padre impunemente,

pero no por tus méritos, villano,

porque a mí me vengabas igualmente.

¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oíste

que yo la hablé de amor, oíste el fallo

con que el tuyo rompí. ¿No lo entiendes?

¿Quién era allí el señor? ¿Quién el vasallo?

EL CAPITAN

Mas ¿qué debí hacer? ¿Cuál fué mi yerro?

DON PEDRO

Ver, oír y callar; partir sin ruido

lejos del rey, pues no eres más que un perro
para echarte a mis plantas mantenido.

Donde los ojos del señor se posan,

en el oído en que su voz resuena,

si ojos y oídos de vasallos osan,

de cegar y no oír tienen la pena.

EL CAPITAN

Cegádmelos, señor, si os ofendieron;

paguen, si os place así, tanta osadía;

mas ved que sin querer vieron y oyeron...

lo que ha olvidado la memoria mía.

DON PEDRO

Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno

pase por ella la escondida idea.

EL CAPITAN

No temáis, no, que vuelva inoportuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.

A mi padre vengar me prometisteis;

miraros me dejasteis cara a cara;

nombre y hacienda y opinión me disteis,

y en una eternidad no lo olvidara.

Sí, nacido en el polvo, destinado

a obedecer tan sólo, soy un perro

que al lecho siempre de su dueño atado

lame servil de su cadena el hierro.

Un perro, sí; mas con leal empeño

muchos y largos años he vivido
 velando en las campañas vuestro sueño,
 pronto siempre a morir agradecido.
 Mas hablad. ¿Qué queréis? De vuestro an-

[tojo

soy el eco no más; no hay más pasiones
 en mi pecho que vos; vos sois mi arrojo,
 mi existencia, mi fe, mis opiniones.
 No hay nada para mí que vos primero,
 ni ley, ni amor: para serviros vivo.
 "Da, hiere"—me decís;—y doy y hiero,
 y el pan aprecio que de vos recibo.
 Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
 pero dócil, señor, a vuestro yugo,
 decidme: "caiga en ella mi venganza",
 y yo mismo me torno su verdugo.

(Pausa)

DON PEDRO

Su protector serás; yo te la entrego.

EL CAPITAN

Señor, a vuestros pies...

DON PEDRO

Alza, vasallo.

Si a mi capricho con tu vida juego,
 no oso a la fe que en tus creencias hallo.
 Yo te la entrego pues; sé tú su egida,
 y si en esta inquietud con que batallo
 pierde su padre, por traidor, la vida,
 echa tú sobre mí tan duro fallo.
 Sé inocente a sus ojos, y que nunca
 un enemigo en ti vea ominoso
 de nuestra suerte si la flor se trunca,
 que no has de aventajarme en generoso.

EL CAPITAN

¿Conque?

DON PEDRO

Ya basta; como quieras obra:
 de su padre es el freno, y tú la tienes;
 si Enrique vence al fin, todo me sobra,
 sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX

EL CAPITAN. Luego JUAN PASCUAL

EL CAPITAN

Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.

Sal, pues, sal del pecho mío,
necio amor sin esperanza;
sal, y tórnate venganza
al brotar del corazón.

La vida vas a costarme,
mas ¿qué vale mi existencia?

Sal, el deber te sentencia,
te asesina la razón.

Sí; si la traición esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: "su cabeza
de tu traición me responde."

¡Hola! ¿Sois vos?

PASCUAL

Yo soy, sí.

¿Qué teméis de mí?

EL CAPITAN

¿Yo? Nada.

PASCUAL

Ya os dije que esta jornada
era sólo para mí.

EL CAPITAN

Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.

PASCUAL

No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del Rey que el poder me da,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

EL CAPITAN

(Asomándose)

Con efecto, hay en la plaza
muchoa gente.

PASCUAL

(Con intención)

Y mucha más
que vendrá.

EL CAPITAN

Por Barrabás,
que algún tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
lo que el Rey os encargó...

PASCUAL

No fué que enmendara yo
lo que hizo el Rey de Castilla.
Mirad bien.

EL CAPITAN

Llevan a un hombre
como traidor al cadalso.

PASCUAL

Y el pueblo dice que es falso;
que es un santo.

EL CAPITAN

Y ese nombre
que alucinado le aplica,
¿que ha de libertarle entiende?

PASCUAL

Yo no sé si lo pretende;
mas sé que le santifica.

EL CAPITAN

Y en fin...

PASCUAL

En fin, eso el Rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
conque ahí no alcanza mi ley.

EL CAPITAN

¡Pero si él cuentas os pide!...

PASCUAL

Que las pida, no me arredro;

entonces verá don Pedro
con quién es con quien se mide.
El depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.
¿Lo oís?

EL CAPITAN

¿Cómo! ¿Osáis poneros
de vuestro Rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual...

PASCUAL

Vosotros sois quien teneros
debéis delante de mí.

EL CAPITAN

¿Creéis que esa investidura?...

PASCUAL

Me dará la dictadura.

EL CAPITAN

¡Traidor!

PASCUAL

¡Basta!

EL CAPITAN

Basta, sí.

Porque él se vengue primero
mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y...

PASCUAL

Que venga,

Capitán, aquí le espero.

ESCENA X

JUAN PASCUAL. Luego DON PEDRO.
Oyense murmullos en la plaza que van cre-
ciendo por momentos, hasta parar en gri-
tos descompasados, mueras, etc. Se asoma
al balcón.

PASCUAL

Venga, sí; tan improviso

el golpe habrá de sentir,
que no ha de poderle huir...
mas todo ello fué preciso.

(Mirando por el balcón)

¡Hola! La guardia resiste;
el clérigo les exhorta;
pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.

VOCES

¡Perdón, perdón!

OTRAS

¡Muera, muera!

DON PEDRO

¿A qué viene este tumulto?

PASCUAL

Será, por cualquier insulto,
un alboroto cualquiera.

DON PEDRO

No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbre.

PASCUAL

Eso será la costumbre;
pero mis gentes avanzan,
y ellas lo arreglarán; descuidad eso.

(Toca la campana a rebato)

DON PEDRO

¿Mas qué campana es esa? ¿Es a rebato?

¡Me vendías, traidor!

(Va a salir)

PASCUAL

Tente, insensato.

Estás en mi poder, te tengo preso.

DON PEDRO

¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas
mis manos atarás, si a un soplo mío
tú mismo resistir podrás apenas?

PASCUAL

Tened, don Pedro, vuestro inútil brío;
tened, y no salgáis, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano;

no hay en vuestro favor un solo acero.
Yo más que vos, maquinador y astuto,
por la mano os gané; más atrevido
logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano león, ya estás rendido.

DON PEDRO

(Con fiereza)

¡Rendido! El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.

PASCUAL

Y yo que sobre vos lo he amontonado
para echároslo encima de repente,
lo veré desplomarse arrebatado
y estrellarse al caer en vuestra frente.
¿No alcanzáis la razón de lo que os digo?
Lo sé, mas escuchad. No soy tan sólo,
cual otros mil, común un enemigo
que en pro de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre, cuyo honor hollasteis
tejiendo la mentira más villana,
cuyos limpios blasones empañasteis
atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y a lograrla con calma me previne,
con estudiado afán; y esta es mi hora.
Sí, contempladme bien. No como un día
reptil oculto a vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo a decir con osadía:
Yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.

DON PEDRO

¡Tú un Castro!

PASCUAL

Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperación. Ella es mi hermana,
y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué más queréis, don Pedro, que os ex-
[plique?

¿Por qué con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado a don Enrique
vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.

DON PEDRO

Pues bien; ven a arrancarla de mis hom-
[bros,
y aprenderás más fáciles promesas
a hacer si has de cumplirlas; nunca asom-
[bros
me dieron más difíciles empresas.

PASCUAL

¡Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,
y es ceder o morir vuestro destino.

DON PEDRO

(Con ironía)

Del tuyo siento, buen Guillén, envidia,
y quiero que hacia allá me abras camino.

PASCUAL

Don Pedro, os engañáis; me habéis herido
de vuestra ley y fuero con la espada,
y a vuestra misma ley he acudido.
Escuchad a la plebe amotinada.

(Gritos)

¿La oís? Clama por vos: viene a buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estabais preso,
y que al bastardo prometí entregaros.

DON PEDRO

Mucho te ha de costar ¡vive Dios! eso.

(Con sarcasmo)

Tú has prometido a Enrique mi cabeza,
y le llamas, tal vez, a que la tome;
pues bien, la tuya encontrará su alteza;
yo se la arrojaré cuando se asome.

(Cierra las puertas y ase de una espada)

Ahora, a tu vez, defiéndete, villano:
usa de tu valor y de tu acero,
porque vas a aprender de un rey tirano
lo que hay de un asesino a un caballero.
Ven; ya no lidia mi poder conmigo;
aquí mi majestad ya no me escuda;

solo Dios es aquí nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI

DICHOS. CONJURADOS que suben por
el balcón

VOCES

¡Muera don Pedro!

VOCES

¡Muera!

UN CONJURADO

(Que sube por el balcón)

¡Aquí, valientes!

Aquí está el rey, subid.

OTROS

(Que suben tras él, y van contra D. Pedro)

¡Muera el tirano!

DON PEDRO

Venid a mí, rebeldes insolentes,
y probaréis el peso de mi mano.

PASCUAL

¡Ea! Acabad con él.

ESCENA XII

Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared; y en el punto en que va a sucumbir al número, se abre a sus espaldas una puerta, en la cual aparece el CAPITAN, que muestra a DOÑA INES desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda.

Todos retroceden.

EL CAPITAN

¡Atrás, canalla!

Da un solo paso más, y la asesino.

(A Pascual)

PASCUAL

Teneos, Capitán.—Atrás vosotros.

(A los suyos)

EL CAPITAN

(A D. Pedro)

Una barca, señor, puesta se halla
 en la torre del Oro; este camino
 seguro allá desde el palacio os lleva.
 Huíd.

DON PEDRO

Traidores, volveré algún día,
 ¡y ay del que entonces a parecer se atreva!

EL CAPITAN

(A D. Pedro)

Huíd. Ahora, Juan Pascual, escucha.
 Cabeza por cabeza, esta es la mía;
 (Señalando a Joña Inés)
 la contienda es ya igual, franca la lucha.

PASCUAL

Por piedad, Capitán, por cuanto caro
 en el mundo tenéis, el impío acero
 de su pecho apartad: yo os doy amparo,
 riquezas, libertad.

EL CAPITAN

(Con firmeza)

No; sólo quiero
 que entiendas bien mi condición postrera:
 escúchamela bien, hiena taimada.
 La suerte de don Pedro a tu hija espera,
 y a su suerte desde hoy encadenada,
 ella responderá de su destino
 siendo, como él, dichosa o desdichada.
 Ahora sigue si puedes mi camino,
 y mira de quién es esta jornada.
 (Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja a ella
 desesperado y cae el telón)

ACTO TERCERO

El teatro representa el terrado de la torre del Castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán a lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de Don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla que conduce al torreón, y otra a la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el Astrólogo Ben-Hagafín; un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendón del Rey Don Pedro. Es de noche

ESCENA PRIMERA

El Rey DON PEDRO sobre un torreón mirando al campo de don Enrique. DOÑA INES lo mismo por las almenas. EL CAPITAN dando sus órdenes al ALCAIDE, que estará hablando con él. EL ASTROLOGO en su torre consultando a la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de don Pedro.

EL CAPITAN

Que esté ese paso secreto guardado por buena gente, y que entre él solo.

ALCAIDE
Corriente.

EL CAPITAN

Ya conocéis el sujeto.

ALCAIDE

Ya le conozco.

EL CAPITAN

En los nichos

que hay en aquel subterráneo
 puede ser triunfo instantáneo
 con los hombres de armas dichos.
 En estando ese hombre dentro,
 que se lance vuestra gente
 allá abajo de repente
 de los suyos al encuentro.
 Todos prisioneros; y
 en tanto, por esa puerta
 que estén tres o cuatro alerta
 cuando esté él conmigo aquí.
 ¿Lo oís? Que él entre no más.

ALCAIDE

Está bien.

(Vase)

EL CAPITAN

(A doña Inés)

Y vos, señora,
 retiraos, que ya es hora.

INES

(Con tristeza)

No imaginé yo jamás,
 Capitán, eso de vos.

EL CAPITAN

¡Ah! lloráis... Por caridad,
 el llanto de mí ocultad;
 no me hagáis dudar por Dios.

INES

No le invoquéis, ¡fementido!
 que a enojo le provocáis
 cuando a sus plantas alzáis
 corazón tan corrompido.
 ¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
 ¡Engañar a una mujer,
 rehenes para tener

con su padre vencedor!
 ¿Esto es, Capitán, nobleza?
 ¡Decirle a un padre que elija
 mostrándole de su hija
 con el puñal la cabeza!

EL CAPITAN

Callad, señora, callad,
 que ignoráis lo que me cuesta
 con vuestro padre esa apuesta
 de inaudita atrocidad.

INES

Decid mejor lo que os vale,
 porque tenéis la esperanza
 que mi peso la balanza
 de vuestra fortune iguale.
 Porque, ¿cómo ha de de dejar
 un padre a su hija morir
 tan sólo por conseguir
 a un enemigo vulgar?
 Le diréis:—Vida por vida,
 salvadme a mí y os la entrego,
 que al fin es cosa de juego
 una mujer seducida.

EL CAPITAN

Retiraos, doña Inés,
 o de mi fe no respondo.

INES

A tu pesar en el fondo
 mi razón de tu alma ves.

EL CAPITAN

Os engañáis, os lo juro:
 vos veis el remordimiento
 donde hay otro sentimiento
 más noble, si más obscuro.
 Vos no podéis comprender
 que un hombre que a su Rey ama,
 le sacrifique su fama,
 su amor, su razón, su ser.
 Ni vos lo comprenderíais,
 ni yo os lo osara explicar,
 pues a poderlo alcanzar

yo sé que os asombraríais.
 Sí; yo estoy viendo una estrella
 de quien salvación espero,
 y para apagarla infiero
 que voy corriendo tras ella.

INES

(Con emoción)

¡Ah! rendíos, Capitán.
 Cuando veo el sentimiento
 con que expresa vuestro acento
 ese incomprensible afán,
 aun que me amáis imagino
 y que me decís lo cierto,
 aunque la influencia advierto
 de algún insondable sino.

EL CAPITAN

Sino fatal que me impele
 a abreviar mi propia vida
 desgarrándome una herida
 al punto en que más me duele.

INES

¡Ah, me amáis! Dejaos vencer.

EL CAPITAN

Sí; os adoro; ¿a qué mentir?

INES

Pues bien, dejadme salir.

EL CAPITAN

Señora, no puede ser.

INES

¿Es decir, mal caballero,
 que debo estar desde aquí
 en que seréis para mí
 mi opresor, mi carcelero?

EL CAPITAN

¡Oh, por Dios!

(Desesperado)

INES

Atado al yugo
 que vuestro dueño os impone,
 vendréis, si el Rey lo dispone,
 a parar en mi verdugo.

Bien: seré mártir; mas vos
 que así me sacrificáis,
 mi airada sombra arrojáis
 entre vuestro paso y Dios.
 Sí, Capitán; yo os perdono
 mi bárbaro sacrificio,
 pero os aguardo en su juicio,
 y os emplazo ante su trono.

ESCENA II

DON PEDRO, EL CAPITAN

EL CAPITAN

Emplaza, emplázame, sí;
 breve ha de ser este plazo,
 pues tu muerte de rechazo
 me dará la muerte a mí.
 ¡Oh, si asomarte pudieras
 a mirar mi corazón,
 moviérate a compasión
 al ver cuál me lo laceras!
 ¡Mas, ¡ay! con cuánta verdad
 me culpas mi villanía!

(Pausa)

Y atrás no me volvería
 por toda una eternidad.

DON PEDRO

(Que se ha vuelto a oír la última parte de la escena anterior, y baja del torreón)

Blas.

EL CAPITAN

Señor.

DON PEDRO

Esa mujer
 te cuesta mucho, lo veo:
 libertártela deseo:
 siento verte padecer.

EL CAPITAN

Señor, con esa quimera,

no andéis desasosegado;
ya me la habéis entregado,
y haré de ella lo que quiera.

DON PEDRO

En vano, ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.

EL CAPITAN

La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,
(Con resignación)
aunque a escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya.

DON PEDRO

Pérez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y a decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.

EL CAPITAN

También a mí, mas la acallo
con razón más poderosa.

DON PEDRO

¿Y con cuál?

EL CAPITAN

Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

DON PEDRO

¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
con tan triste sacrificio?

EL CAPITAN

Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y más, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.

Mirad en torno, señor.
De vuestro reino, ¿qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

DON PEDRO

(Con orgullo)

Yo siempre moriré honrado;
que atestiguar harto puedo
que hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y plata
con que volver a Castilla.

Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido,
es porque tal fué mi estrella.

Maté, atropellé, deshice
a cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los a quien yo satisfice.

Mil veces les perdoné,
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.

¿Para esto había razón?

¿Qué derecho se la abona?

¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?

No. Encerrado como estoy,
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga,
el rey de Castilla soy.

EL CAPITAN

Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

DON PEDRO

(Dándole la mano)

Y en lo futuro quien cuente
tu lealtad, no faltará.

EL CAPITAN

Mi padre fué zapatero,
 vasallo, y de él nací yo,
 y su alteza me nombró
 Capitán y caballero.
 Quiero pagaros leal
 vuestro favor con usura,
 cavando mi sepultura
 de la vuestra por igual.

DON PEDRO

No, por mi vida; eso no.
 Si Dios no me restituye
 mi reino, sálvate y huye;
 mis tesoros te doy yo.

EL CAPITAN

¿Sin vos, para qué los quiero?
 Si es que la fortuna ingrata
 con el dolor no me mata,
 volveré a ser zapatero.

DON PEDRO

Mas oye: en esa escalera
 siento pasos.

EL CAPITAN

Es, sin duda,
 Men Rodríguez; quiera ayuda
 darnos Dios.

DON PEDRO

¡Ojalá quiera!

ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITAN, MEN
 RODRIGUEZ DE SANABRIA

EL CAPITAN

Men Rodríguez, ¿qué noticias?

DON PEDRO

¿Habéis visto a ese francés?

MEN RODRIGUEZ

Sí, señor.

DON PEDRO

¿Admite, pues?

MEN RODRIGUEZ

No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
a proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

DON PEDRO

¡Por Cristo!

El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí
al cabo se lo agradezco.

MEN RODRIGUEZ

Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué;
quién erais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venía
a sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle, no podía.
Yo entonces, por grande hazaña,
el salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.

DON PEDRO

Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede,
entera la he de perder.
Mas al fin, ¿qué dijo?

MEN RODRIGUEZ

Al fin,

tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.

DON PEDRO

¡Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!

Porque si leal obrara,
que sí o que no contestara.

MEN RODRIGUEZ

Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se ve desde esa torre.
Vedla, señor.

DON PEDRO

¿Es aquella
que está junto a la corriente?

MEN RODRIGUEZ

Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la estrella.

DON PEDRO

Bueno.

MEN RODRIGUEZ

Si le veis brillar
podéis sin riesgo salir
y a su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá a esperar.

DON PEDRO

Men Rodríguez, por si acaso
la luz a brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.

(Sube Men Rodríguez al torreón)

Retírate, Blas, también,
que quiero oír el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

EL CAPITAN

Está bien.

(Vase)

ESCENA IV

DON PEDRO, EL ASTROLOGO, MEN
RODRIGUEZ, en el torreón, donde ni ve ni
oye lo que pasa en la escena.

DON PEDRO

¿Habéis concluído ya?

EL ASTROLOGO

Vuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.

DON PEDRO

¿Y qué respuesta nos da?

EL ASTROLOGO

Confusa es la explicación;
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.

Ved: en ese pergamino
de los astros está escrita
la razón. Se necesita
que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.

DON PEDRO

(Lee)

Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podéis darme más clara
explicación?

EL ASTROLOGO

Sí podría;

pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.

DON PEDRO

¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino a las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no a bulto.

EL ASTROLOGO

Su respuesta es esa; y dé ella
el sentido a escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.

DON PEDRO

Eso ya yo me lo sé

(Con amargura)

desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí
nunca me esperaba a fe.

(Señalando al pergamino que tiene en la mano)

Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

EL ASTROLOGO

Hay aún

consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

DON PEDRO

¿Con quién creéis que tratáis
para dudar del valor?

EL ASTROLOGO

Yo os lo propongo, señor,
vos haréis lo que queráis.

DON PEDRO

¿Sabré?

EL ASTROLOGO

Toda la futura
suerte a que el destino os lleva.

DON PEDRO

¿Cierta?

EL ASTROLOGO

Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

DON PEDRO

Hacedla, pues.

EL ASTROLOGO

Necesito
prepararos de antemano.

DON PEDRO

¿Hay en ella algo profano?

EL ASTROLOGO

Sólo hay riesgo.

DON PEDRO

Pues lo admito.

EL ASTROLOGO

Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.

DON PEDRO

¿Y lograré?...

EL ASTROLOGO

Que a vuestros ojos palpable
aparezca el porvenir.

Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.

DON PEDRO

Vamos allá: quiero ver
mi destino, ¡vive Dios!
que el más tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo:
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V

DOÑA INES, saliendo del torreón de la
derecha abajo

INES

¡Válgame Dios!

¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
a mis negras reflexiones

parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo
con su estrechez me sofoca.

(Se pasea cavilosa)

Mas, ¡Dios mío, yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
lo jura con tal pasión,
que obliga a mi corazón
a creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detrás
llorando... ¡Oh, llora quizás
de mi infortunio dolido!
Mas si me ama... si le pesa
de mi mal, ¿por qué me guarda?
¿Por qué así en librarme tarda
cuando a él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traición si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellón
velas, calma mi aflicción,
consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI

DOÑA INES. EL ALCAIDE, conduciendo
a JUAN PASCUAL, y entrando por el to-
rreón de la derecha arriba.

ALCAIDE

Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.

PASCUAL

Yo fío
mi empresa en mi propio brío,
y en lo que a él le está mejor.

ALCAIDE

El os esperaba.

PASCUAL

Ya

conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,
y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.

ALCAIDE

Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el Rey me paga mi oficio.

PASCUAL

¡Habrás semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis,
mas suplicoos que llaméis
a ese Capitán, y pronto,
que no hay tiempo que perder...
¿Mas que veo?

INES

¡Padre mío!

PASCUAL

¡Inés!

INES

¿Es un desvarío
que os vuelvo, por fin, a ver?
Cuánto tiempo os he esperado.

PASCUAL

Y ya ves como he venido
en cuanto posible ha sido.

INES

¡Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL

Esos tigres te habrán hecho
mil injurias a porfía.

INES

Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera
según su porte cortés
que esta torre cárcel es,

y yo en ella prisionera.
Ese capitán, señor,
de mi custodia encargado...

PASCUAL

Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve a tenerte amor.

INES

Eso dice, y muchas veces
yo misma a creerlo llego...

PASCUAL

¡Pero, y tú, Inés!

INES

No lo niego.

PASCUAL

¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INES

Me aterráis. Aunque eso fuera,
señor, ¿morir mereciera?

PASCUAL

Morir por mi propia mano.

INES

¡Ay de mí, padre y señor!

¿Para esto venís aquí?

¿Para amedrentarme así
en vez de darme favor?

PASCUAL

¡Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces...

INES

Mas que me dicen a voces
cuánta mi desdicha es.

PASCUAL

Escucha, y tu llanto enjuga.

¿Conoces alguna puerta
que a fuerza o engaño abierta
pueda amparar nuestra fuga?

INES

No, señor.

PASCUAL

Traigo conmigo

gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexto...

INES

(Con afán)

Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

PASCUAL

Inés, en eso medito.
Ese capitán maldito...

INES

Fuerza será que nos vea.

PASCUAL

Mas sienta pasos.

INES

¡El es!

Yo mismo he enviado a llamarle.

ESCENA VII

DICHOS, EL CAPITAN

EL CAPITAN

Buenas noches.

PASCUAL

Quiero hablarle
a solas. Aparta, Inés.

EL CAPITAN

¿Qué me queréis, Juan Pascual?

PASCUAL

Vengo un pacto a proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.

EL CAPITAN

¿Por cuál?

PASCUAL

Por la de que abre el camino
solo, que os puede salvar.

EL CAPITAN

Cosa que hemos de tratar
mejor solos imagino.

PASCUAL

Sí; decís bien.

EL CAPITAN

(A doña Inés)

Perdonad

que os retiréis os suplique,
para que a solas me explique
vuestro padre...

INES

Por piedad,
Capitán, oíd con calma
lo que tiene que deciros.

EL CAPITAN

El negarme yo a serviros,
Inés, me destroza el alma.
Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.

INES

¡Ay de mí!

(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos de
la torre)

PASCUAL

(Con afán)

¿Vais a cerrar?

EL CAPITAN

Sí por cierto.

PASCUAL

¡Y a mis ojos!

EL CAPITAN

¿Qué queréis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII

EL CAPITAN, JUAN PASCUAL

EL CAPITAN

Ea, pues: ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

PASCUAL

Conque admitáis vos la mía
bastará a mi ver.

EL CAPITAN

No importa.

No estará la mía acaso
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL

Pues bien, Capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome a perder,
si me descubren, la honra
con la vida, a demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazón adora.

Ya veis como las desdichas
sobre don Pedro se agolpan;
ya veis como de los suyos
ciento a ciento le abandonan.

No tenéis agua ni víveres;

y esta situación penosa,

cuanto más os desalienta,

Capitán, y os acongoja,

más a don Enrique augura

cercana y fácil victoria.

Pues bien: si me dais mi hija,

os juro que en pocas horas

saldréis del castillo libre,

sin condición deshonrosa,

y os daré a más el rescate
que vuestro capricho imponga.

EL CAPITAN

¿Habéis acabado?

PASCUAL

Sí.

EL CAPITAN

Pues oíd, que a mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su pendón don Enrique
ante sus plantas no postra
como rebelde, vuestra hija
quedará donde está ahora.

PASCUAL

Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
el corazón, es quien dicta
propuesta tan injuriosa.

EL CAPITAN

Sí, Juan Pascual. Yo la adoro,
y esta pasión me devora,
me martiriza y me acaba,
mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL

Capitán, esa pasión,
que fácilmente se ahoga
hoy que aun es tiempo, os advierto
que os lleva a una muerte próxima.

EL CAPITAN

Señor Juan Pascual, lo siento;
mas tiene raíces hondas,
y es imposible arrancarla.
Si el medio no os acomoda,
es el único que resta;
y en cuanto a mi última hora,
que juzgáis cerca, mirad
que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL

Acabemos, Capitán,

y en ideas ilusorias
 no os gocéis adormecido:
 yo tengo ocasión muy pronta
 para entrar en esta torre
 mucha gente valerosa,
 que llevará a sangre y fuego
 cuanto a su marcha se oponga.
 Por sólo librar a Inés,
 he retardado hasta ahora
 la ejecución de mi plan;
 mas os juro que es muy corta
 la tregua que puedo daros.

EL CAPITAN

Vos sois quien en ilusorias
 ideas adormecido
 descuida lo que le importa.
 Ya sé que en el subterráneo
 para esa traza traidora
 metido habéis vuestra gente;
 mas es esperanza loca
 la que sobre ella fundéis,
 pues mi atención previsora
 apostó gente más diestra
 que en las revueltas tortuosas
 del subterráneo, a mi voz
 la hará prisionera toda.

PASCUAL

¿Intentáis amedrentarme
 con bravatas?

EL CAPITAN

¡Oh! No es cosa
 para pasarse en la cuenta;
 y escuchad bien, que la aurora
 no está lejos, y es preciso
 que abreviemos. Una bolsa
 de malla, que asida al cuello
 lleváis, donde hay una hoja
 de pergamino, que explica
 lo que fácil proporciona
 del Príncipe don Enrique
 una venganza muy cómoda...

PASCUAL

¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?...

EL CAPITAN

Yo lo oí de vuestra boca,
 una noche en vuestra casa
 escondido en vuestra alcoba.
 Conque ya veis que me guío
 por vuestras lecciones propias,
 y que no se me ha olvidado
 que a quien vengarse ambiciona,
 ni precauciones le bastan,
 ni se contenta con pocas.

PASCUAL

¡Vive Dios, villano astuto!
 ¿Quién a mi paso te arroja,
 que en todas partes te encuentro
 y me detienes en todas?

EL CAPITAN

Concluyamos, Juan Pascual:
 o le escribís sin demora
 a don Enrique una carta
 ofreciendo la persona
 de vuestra hija y la vuestra...

PASCUAL

No, no; primero se rompa
 en mil pedazos el alma...

EL CAPITAN

Pues que tú lo quieres... ¡Hola!
 ¡A mí, soldados!

(Salen tres soldados que se apoderan a la fuerza de
 Juan Pascual, que se defiende)

PASCUAL

¡Villanos!

EL CAPITAN

Ponedle en la torre próxima,
 con una amarra en los brazos
 y una mordaza en la boca.

(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del to-
 rreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al ce-
 rrar la puerta, dice a Juan Pascual a modo de
 despedida)

Lo que mejor os conviene
pensad, Juan Pascual, a solas,
porque no tenéis más término
que hasta el rayar de la aurora.

(Al soldado que queda dentro)

No me le pierdas de vista.

(A los otros)

Vamos a su gente ahora.

(Vase el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece a poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embriagarme en el néctar delicioso,
o el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemó.
¡Si atendiera al pavor, la vertería
por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y
[lucho

(La toca)

con mi superstición!... Aun está fría...
¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡oh, cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló por don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra

de un porvenir aciago y borrascoso.
 Perdona, sí, perdona si te irrito
 otro poder diabólico invocando,
 porque un calmante pronto necesito,
 y por doquier que voy lo voy buscando.
 Si es mi sino fatal, iré sereno
 a sepultarme en su tremendo abismo.
 Quiero saberlo, sí, contrario o bueno,
 para luchar con él con heroísmo.

(Pausa)

Ya hierve este licor emponzoñado:
 ya de la mecha en derredor se apila:
 ya trepa por sus hilos inflamado...
 ¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
 (Empieza a inflamarse la lámpara con un color rojizo y
 siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro)

¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
 Ven mis pupilas a su luz apenas
 los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién de-

[rrama
 el fuego de un volcán dentro mis venas?
 Próximas a saltárseme las siento...
 Me acosa el corazón abrasadora
 de venganza la sed... y el pensamiento
 me desgarrá una idea asoladora.

(Don Pedro vuelve los ojos desesperado a todas par-
 tes. La sombra de D. Enrique, materializando su idea
 recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco
 a poco hasta quedarse enfrente de él)

¡Enrique! Siempre Enrique... Siempre ese
 [hombre.

Dí: ¿Qué queréis de mí, bastardo infame?
 ¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
 ¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
 Ese puñal que abarcas con tu mano
 ¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo brilla!
 ¡Guárdale, por piedad, guárdale hermano!...
 Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
 No le escondas: levántale; te aguardo.
 Ven, si te atreves, a amagar mi seno,
 y exprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!

de tu ruin corazón todo el veneno.
 ¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
 y aunque infame y traidor venzas al cabo,
 no creas, no, que tu valor me humilla.
 Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
 ¿No lo oyes?... ¡De rodillas, miserable!
 ¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa

(Sonríe)

me mueve a compasión... y me precisa
 a volverte esa risa abominable.
 Mírame sonreír... mírame y huye,
 porque a la luz de mis ardientes ojos
 tu ser se pulveriza y se destruye...
 Ni rastro he de dejar de tus despojos.
 Mas ¡ahí estás aún!... ¿Qué esperas, som-
 [bra,
 sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
 Tu sonrisa me irrita, no me asombra.

(Sonrisa convulsiva)

Yo me río también de... que me esperes.
 Espera, sí, vasallo, espera, espera;
 mas no, no; huye de mí, desaparece.
 Tu sonrisa infernal me desespera;
 tu mirada voraz me desvanece.
 Huye: me das horror... huye al abismo.
 No temo tu presencia; me fascina.
 Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;
 pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
 (Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convul-
 siva, hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la
 sombra, y cae sin sentido)

ESCENA X

DON PEDRO EL CAPITAN. MEN RO-
 DRIGUEZ, en el torreón

EL CAPITAN

Ya todos están rendidos.

¿Mas qué veo? ¿Si un traidor

(Le toca)

llegó hasta el rey?... No, respira.

DON PEDRO

¿Quién eres?

(Volviendo en sí)

EL CAPITAN

Señor, yo soy.

DON PEDRO

¿Se fué ya?

EL CAPITAN

¿Quién?

DON PEDRO

Ese espectro;

ese ensueño aterrador.

EL CAPITAN

¿Quién, señor, que no os entiendo?

DON PEDRO

¡Ay de mí! Tampoco yo.

De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto
me asesina esa visión.

(Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose
a su pavor)

Mas ese francés, ¿qué dice?

EL CAPITAN

Nada responde.

MEN RODRIGUEZ

¡El farol!

DON PEDRO

Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación.

Salgamos de aquí cuanto antes.

EL CAPITAN

Señor don Pedro, idos vos.

DON PEDRO

¡Qué! ¿Tú también me abandonas?

EL CAPITAN

¡Yo abandonaros, señor!

Me quedo para vengaros.

DON PEDRO

Capitán, tienes razón.

Si me venden...

EL CAPITAN

Id tranquilo,

que de eso me encargo yo.

DON PEDRO

Voy, pues, a apurar mi estrella

sin fe, pero sin temor;

que lo que en suerte me falta

me sobra de corazón.

(Vase)

EL CAPITAN

Ahora, o trono para él,

o tumba para los dos.

ACTO CUARTO

Compamento de D. Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor, y en lontananza, las otras tiendas del campamento. Amanece

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRAN DE CLAQUIN,
OLIVIER DE MANNI

EL VIZCONDE

Miradlo, mosen Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir a engaños
con las manos en las armas.

BELTRAN

Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
a don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

OLIVIER

Eso bien vale, señores,
una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELTRAN

Sí, por cierto; ese don Pedro,
 ¿qué puede esperar ya? Nada.
 Cercado en ese castillo,
 sin víveres y sin agua,
 sus gentes a nuestro campo
 pasándole a bandadas,
 olvidado de Inglaterra,
 aborrecido de Francia
 y odiado en su reino mismo,
 no le queda otra esperanza
 que entregarse; a esto vendría
 a parar hoy o mañana.
 Su hermano, mientras él viva,
 el objeto de sus ansias
 no ha de lograr, conque es claro
 que un día u otro le mata.
 Y en tal caso...

OLIVIER

Ciertamente
 lo mismo es hoy que mañana.

EL VIZCONDE

Sí, pero el rey de Castilla
 es sólo don Pedro.

OLIVIER

¡Vaya!

BELTRAN

¿Mas qué le vale ¡ya se ve!
 ser legítimo en su raza,
 ser heredero de nombre,
 si el de la sangre bastarda,
 más poderoso y más terco,
 se le lleva la jornada?
 Y en fin, no es malo un bastardo
 para lo que hoy es España
 que en tierra en que reinan moros
 con un mal cristiano basta.

(Se ríen)

EL VIZCONDE

Paréceme, caballeros,
 que es esa risa insensata,

al menos intempestiva;
y por la cruz de mi espada
os juro que, más que a risa,
me mueve don Pedro a lástima.

OLIVIER

Paréceme, buen Vizconde,
que han sido vuestras palabras
sin tiempo en pro de don Pedro
muchísimo interesadas.

EL VIZCONDE

Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELTRAN

Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
¿Qué nos importa a nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servímosle,
y a traición o cara a cara
siempre quien vence es el bueno;
y con razón buena o mala,
si lo acabamos nosotros,
después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos a Francia.

OLIVIER

Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

BELTRAN

Ya empieza a rayar el alba.

OLIVIER

¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELTRAN

El es.

OLIVIER

Sin duda; ¿a quién otro
dejaran paso las guardias?

EL VIZCONDE

Pues yo me lavo las manos;
que os guarde Dios.

(Vase)

BELTRAN

Con vos vaya.

OLIVIER

¿Habéis visto?

BELTRAN

Ya lo he visto,
pero eso a mí no me extraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIVIER

Me lo figuré al oírle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, embozado. MEN
RODRIGUEZ DE SANABRIA, BELTRAN
DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

MEN RODRIGUEZ

¿Es don Beltrán?

BELTRAN

Sí, yo soy.

¿Es don Pedro?

DON PEDRO

Caballero

francés, en vos solo espero,
y pronto a partir estoy.

BELTRAN

Señor don Pedro, me pesa

por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

DON PEDRO

¿Qué, negáis vuestra promesa?

BELTRAN

No, señor; mas yo querría
a estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día
para serviros mejor.

DON PEDRO

Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme a precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como a salvo me pongáis.

BELTRAN

No es ése, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvisteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

DON PEDRO

Entonces no hay para qué
pararse más en decir
si no vamos a partir,
que estoy impaciente a fe.

BELTRAN

Señor, ¿es desconfianza
que tenéis de mí?

DON PEDRO

Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

BELTRAN

Suplícoos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

DON PEDRO

¡Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos:
conque o dadme un guía fiel,
o yo me vuelvo a Montiel
a la voluntad de Dios.

BELTRAN

Vuestra razón imagino:
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

DON PEDRO

Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
a encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ,
GUARDIAS

MEN RODRIGUEZ

Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...

DON PEDRO

Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.

MEN RODRIGUEZ

Su mala opinión, señor,
no alcanza a Beltrán Claquín,
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia.

DON PEDRO

Todos son buenos en Francia,

mas no los quiero en Castilla.
 A tener otro remedio
 no me fiara en ninguno;
 mas place al hado importuno
 mi desamparo y mi tedio.
 En cuanto puse la mano
 el cielo me castigó;
 destino el cielo me dió,
 Men Rodríguez ¡bien tirano!
 Sufrí todos sus reveses,
 pero no puedo sufrir
 que me obligue hoy a venir
 a ampararme de franceses.
 ¡Oh! Nunca me imaginara
 llegar otra vez a vellos,
 sino lidiando con ellos
 sol a sol y cara a cara.
 Mas nunca mi desventura
 tan extremada creía
 que a sus tiendas me traería
 solo y en la noche obscura.
 ¡Ay! Cuando cuentas le pido
 al tiempo que me ha tocado,
 en tiempo tan desdichado
 quisiera no haber nacido.
 Mas ya la aurora esclarece:
 mucho se detiene ese hombre;
 y a pesar de su buen nombre
 que nos vende me parece.
 Si deja que el sol aclare...

MEN RODRIGUEZ

No os dé cuidado por eso,
 que de la selva en lo espeso
 metidos...

DON PEDRO

¡Dios nos ampare!

¿Cuál es la selva que dices?

MEN RODRIGUEZ

Llaman selva, vulgarmente,
 a esa espesura que enfrente
 viendo estáis.

DON PEDRO

¡Ay, infelices

de nosotros!

MEN RODRIGUEZ

¿Pues qué objeto

halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

DON PEDRO

Su nombre

a mi horóscopo sujeto.

No esperemos a que vuelva,
Rodríguez: "cerca de Castro
que he de morir", dice un astro,
y otro dice que "en la selva."

MEN RODRIGUEZ

Mas, señor, ved que arriesgamos...

DON PEDRO

Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillén,
y esta la selva... ¡Ah, partamos!

(Van a salir, y los guardias se lo impiden)

SOLDADO

¡Atrás!

DON PEDRO

¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO

De aquí no podéis salir.

MEN RODRIGUEZ

¡Ah! Como buenos morir
en Montiel, era mejor.

DON PEDRO

¡Destino, no estás contento,
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento!

MEN RODRIGUEZ

¡Morir decís!

DON PEDRO

Sí, morir.

Pues qué, ¿piensas, ¡vive Dios!

que he de ser yo de los dos
 el que se haya de rendir?
 No cabe en mí tal bajeza;
 que aunque así Dios me abandona,
 no perderé la corona
 sino al perder la cabeza.
 ¡Ira de Dios! ¿Esto a mí?
 ¿En una tienda encerrarme
 para venir a matarme
 como asesinos aquí?
 ¡Infames! ¿Tan ruín traición
 con un Rey tan caballero?
 Mas que vengan, les espero
 sin miedo en el corazón.
 Que vengan esos villanos,
 y vengan cuantos quisieren,
 a presenciar cómo mueren
 los leones castellanos.

MEN RODRIGUEZ

(A los soldados)

Señores, os lo rogamos
 por cuanto hay santo en la tierra;
 dejadnos que en buena guerra
 como quien somos muramos.
 Dejadnos ir a Montiel,
 y aunque sin fortuna, al menos
 peleando como buenos
 acabaremos en él.

DON PEDRO

(Con fiereza)

Sanabria, aunque los reveses
 de la suerte así me abaten,
 dejadme vos que me maten
 sin rogar a los franceses.
 No quiero que piensen, no,
 que nunca los he temido;
 mis enemigos han sido
 y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ, BEL-
TRAN, DON ENRIQUE, etc.

DON ENRIQUE

¿Adónde está ese judío
que llaman Rey?

DON PEDRO

Aquí estoy.

(Dándose con la mano en el pecho)

Yo soy don Pedro, yo soy
ese Rey con tanto brío.

¿Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?

Yo a ti sí; porque el coraje
me lo está diciendo a voces.

DON ENRIQUE

Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.

DON PEDRO

Porque te daba pavor
el mirarme ¡voto a Cristo!

DON ENRIQUE

Con mucha osadía vienes
donde a humillarte te obligan.

DON PEDRO

Jamás lo haré a los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

DON ENRIQUE

Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado, perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

DON PEDRO

Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,

ni ser hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.

DON ENRIQUE

La mengua es tuya y no mía,
pues por tus hechos atroces,
tu pueblo maldice a voces
tu execrable tiranía.

DON PEDRO

¡Mi pueblo!... ¡Cuanta arrogancia
tu infame traición te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí; vosotros, señores,
que al compararos conmigo
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro;
¿por qué no osasteis ninguno
salir al campo uno a uno
a matar al rey don Pedro?
Porque lo sois ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como esta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

DON ENRIQUE

Tú eres el bandido, tú.

DON PEDRO

Veamos quién de los dos...

(Yéndose para D. Enrique)

DON ENRIQUE

Tú, tú, maldito de Dios,
entregado a Belcebú.

(Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez y le sacan de la tienda.—Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros)

OLIVIER

¿Cayeron entrambos?

BELTRAN

Sí.

OLIVIER

Mas ¿por quién de ellos quedó?

BELTRAN

Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

MEN RODRIGUEZ

¿Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELTRAN

Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo a mi señor.

ESCENA V

Sale DON ENRIQUE descompuesto y agitado con la daga en la mano

DON ENRIQUE

Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré a Castilla en Montiel,
y eché un monstruo a la tierra.

BELTRAN

Fatigado estáis.

DON ENRIQUE

Si a fe,
porque además de la lucha,
Beltrán, mi ansiedad fué mucha
cuando debajo me hallé.

BELTRAN

Lo vi...

DON ENRIQUE

Que os lo pague Dios;

(Le da la mano)

que a tener daga en la mano
me da la muerte mi hermano.

BELTRAN

En eso cumplí con vos.

DON ENRIQUE

No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo,

pródigo voy a pagároslo
de lo pactado además,
haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podáis cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.

BELTRAN

Hice sólo en ayudar
a mi señor, mi deber.

DON ENRIQUE

Mas lo pudiste poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran día
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mía.
Los que en favor de ese indigno
aun en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.

Ya no hay, Beltrán, para mí
rival que me ponga dique.

(Traen el pendón, y lo clavan a la entrada de la tienda)

Mi pendón, clavadlo aquí.

¡Castilla por don Enrique!

(Se oyen los tambores y clarines por todo el campo,
perdiéndose a lo lejos entre las voces repe-
tidas de)

“ ¡Castilla por don Enrique!”

ESCENA VI

DICHOS. EL CAPITAN BLAS PEREZ,
con una corneta de caza colgada a la
cintura.

EL CAPITAN

¿Quién es don Enrique?

DON ENRIQUE

Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

EL CAPITAN

El Capitán que en Montiel
el Rey don Pedro dejó.

DON ENRIQUE

Si viene a implorar perdón
o a rendirse a mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnición.

EL CAPITAN

El triunfo os ciega, señor.
No vengo a implorar perdones,
sino a imponer condiciones
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

¡Vive Dios!...

EL CAPITAN

¡Por vuestra vida!

No tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fraticida.

DON ENRIQUE

¡Hola! Prendedle, llevadle.

EL CAPITAN

Os tengo, Rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.

DON ENRIQUE

Vendrás a ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano:
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas a dos las desprecio.

EL CAPITAN

¡Oh! No con tanta mancilla,
señor rey; guardad memoria
de que amargar vuestra gloria
hay quien pudiera en Castilla.

DON ENRIQUE

La lengua torpe detén,
y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgencia.
Ea, vete.

EL CAPITAN
(Acercándose a él)

¿Y don Guillén?

DON ENRIQUE

¿Guillén de Castro?

EL CAPITAN
Ese, sí.

DON ENRIQUE

¿Dónde está, dónde?...

EL CAPITAN
Murió.

DON ENRIQUE

¡Murió!

EL CAPITAN
Sí; le maté yo.

DON ENRIQUE

¿Y una bolsa?...

EL CAPITAN
Esa está aquí

Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.

DON ENRIQUE

(Lee)

“Don Enrique: Vuestra hija, a quien
yo mismo saqué de entre las llamas, y
de cuya identidad existen documentos le-
gales en el pueblo de la Rioja, donde fué
hallada, es la que con el nombre de doña
Inés ha vivido siempre conmigo.”

¡Oh, traedla a mi presencia!

EL CAPITAN

Vuestra ansiedad adivino.

Pero ya os dije, señor,

que en vez de implorar perdones,

vine a imponer condiciones

al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Pide, pues, lo que quisieres:
mi reino es tuyo; pedazos
házle, mas tráela a mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
es este que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores; esa Inés,
a quien busco, es hija mía,
hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
¡Oh! Figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscrito, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
a este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,
sólo una luz casta y pura
alumbró mi desventura
y adormeció mis pesares.

EL CAPITAN

También a mí me alumbró
con su antorcha ese fanal;
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desalentado y ciego,
con necio ardor le seguía,

seguro que a ser vendría
mariposa de su fuego.

DON ENRIQUE

¡Oh, tú también la has amado!

EL CAPITAN

Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.

A vos al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

DON ENRIQUE

¿Qué dices, vil?

EL CAPITAN

¡Abre, infierno,

a mis pies un precipicio,
o admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!

(Volviéndose a D. Enrique de repente)

¿Qué me darás por tu hija?

DON ENRIQUE

De todo cuanto poseo,
lo que cumpla a tu deseo,
lo que tu capricho elija.

EL CAPITAN

Dame a don Pedro.

DON ENRIQUE

(Alzando las cortinas de la tienda)

Ahí está.

Tómale.

EL CAPITAN

¿Muerto?

DON ENRIQUE

A mis pies.

EL CAPITAN

Como a don Pedro me des
mi furor te la dará.

DON ENRIQUE

¿Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me estremeces?

EL CAPITAN

Te pago como mereces:
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.

DON ENRIQUE

¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
a mi carrera triunfal?

EL CAPITAN

Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastró a fratricida.
Soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fui noble y caballero
con su favor soberano;
y que, vasallo leal,
pago a mi Rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

DON ENRIQUE

¿Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

EL CAPITAN

No es sueño, Rey de Castilla,
es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
a mi intención vengadora,
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo a Castro ese pergamino
arranqué con el objeto

de tener con tu secreto
 en mis manos tu destino.
 Don Enrique, ella por él;
 no tenéis otra esperanza;
 que así cumplo la venganza
 que le he jurado en Montiel.

DON ENRIQUE

Quitadle de aquí al momento;
 llevad a ese hombre, y que elija:
 o que os entregue a mi hija,
 o que expire en un tormento.

EL CAPITAN

(Con ironía a los caballeros franceses que cercan a

D. Enrique)

Sí, sí, llevadme, señores,
 que al cabo es adelantar
 por verdugos acabar
 empezando por traidores.
 ¡Oh! No acaricéis la espada,
 don Claquín, porque os lo llame,
 que no os lavaréis, infame,
 el borrón de esta jornada.
 Con vos hablo, don Beltrán,
 que alcanzáis en vuestra tierra
 gran renombre en paz y en guerra
 de invencible Capitán.

Vos, sí, que vuestros trofeos
 no habéis jamás empañado,
 y en tal traición habéis dado
 al pasar los Pirineos.

¡Oh! Tenderíais la vista
 desde allí por la llanura,
 diciendo al ver su hermosura:
 "esta es tierra de conquista".

Diríais "de todos modos,
 "nada aquí será mancilla,
 "que al fin es patria Castilla
 "de vándalos y de godos.
 "Aquí no lo han de tachar,
 "porque ese pueblo insensato
 "tomará sobre barato

"lo que le queramos dar.
 "No hacen falta aquí decoros,
 "ni lealtad, ni nobleza;
 "cualquier traición es proeza
 "en esta tierra de moros."

Mas olvidasteis, señores,
 que en el pueblo castellano
 nunca faltará un villano
 para llamaros traidores.

Ahora llevadme al tormento:
 allí el secreto que abrigo
 morirá a un tiempo conmigo.

DON ENRIQUE

¡Hombre fatal, un momento
 aguarda! ¡Nada en la tierra
 hay que por precioso o grande
 ni te compre, ni te ablande
 el corazón que le encierra?
 El oro, la libertad...

EL CAPITAN

Sólo el Rey don Pedro quiero.

DON ENRIQUE

Diérate el alma primero.

EL CAPITAN

Pues bien, entonces mirad,
 ¿Veis de aquel cerro en la loma
 diez soldados?

DON ENRIQUE

Sí.

EL CAPITAN

Pues son
 diez hombre de mi facción.
 ¿Veis una mujer que asoma
 entre ellos mal escondida
 y en sus brazos desmayada?

DON ENRIQUE

Sí.

EL CAPITAN

Pues esa desdichada
 es esa Inés tan querida.

DON ENRIQUE

Id, caballeros, volad:
allí está... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
librádmela por piedad!

EL CAPITAN

Sí, sí, volad, caballeros;
de allí no se moverán.

(A D. Enrique)

¿Mas qué creéis que hallarán
al llegar los más ligeros?

DON ENRIQUE

Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?

EL CAPITAN

Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.

(Se aplica a los labios la corneta de caza y hace una
señal, a cuyo sonido se vuelve a él D. Enrique espanta-
do: los soldados que tienen a doña Inés la matan)

DON ENRIQUE

¿Qué haces?

EL CAPITAN

¿Os ha estremecido
este sonido fatal?

Temblad, sí, que a esta señal
su cabeza habrá caído.

(Un momento de pausa: D. Enrique se cubre el rostro
con las manos. El capitán con desesperación)

Reinad, don Enrique, sí;

pero sabed con horror

que yo asesiné a mi amor,
cuando con mi Rey cumplí.

Cuando a su sepulcro helado
baje a pedirle un asilo,

"dormid"—le dire—"tranquilo:
"don Pedro, ya estáis vengado."

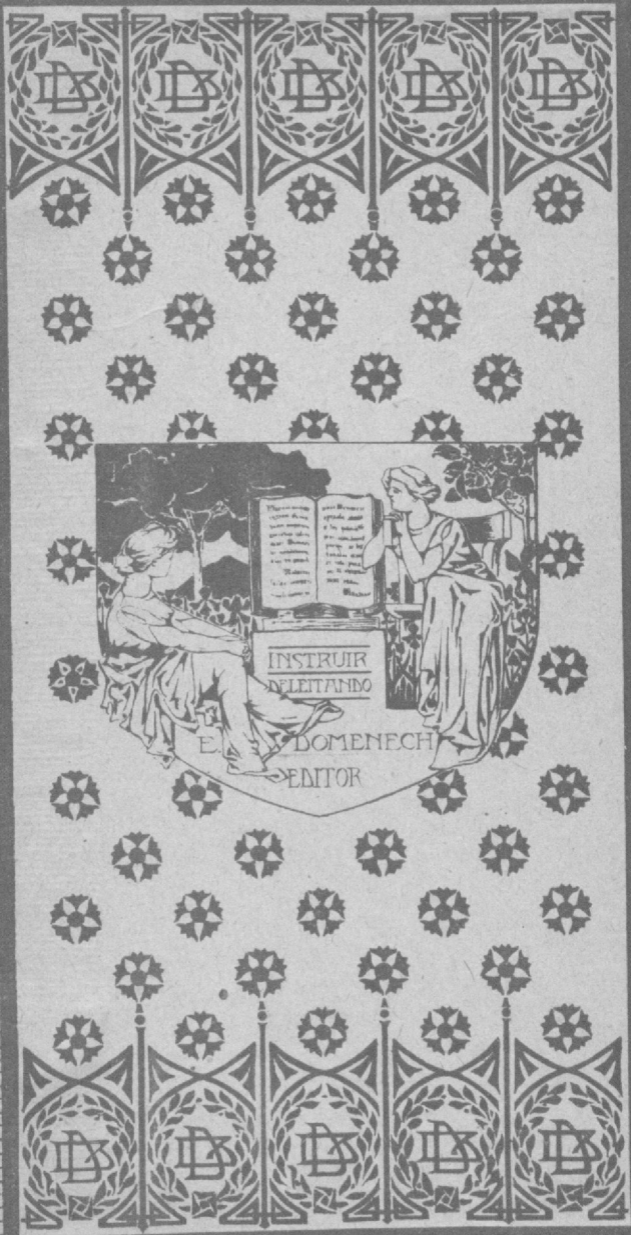
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis;

mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.

FIN DEL DRAMA

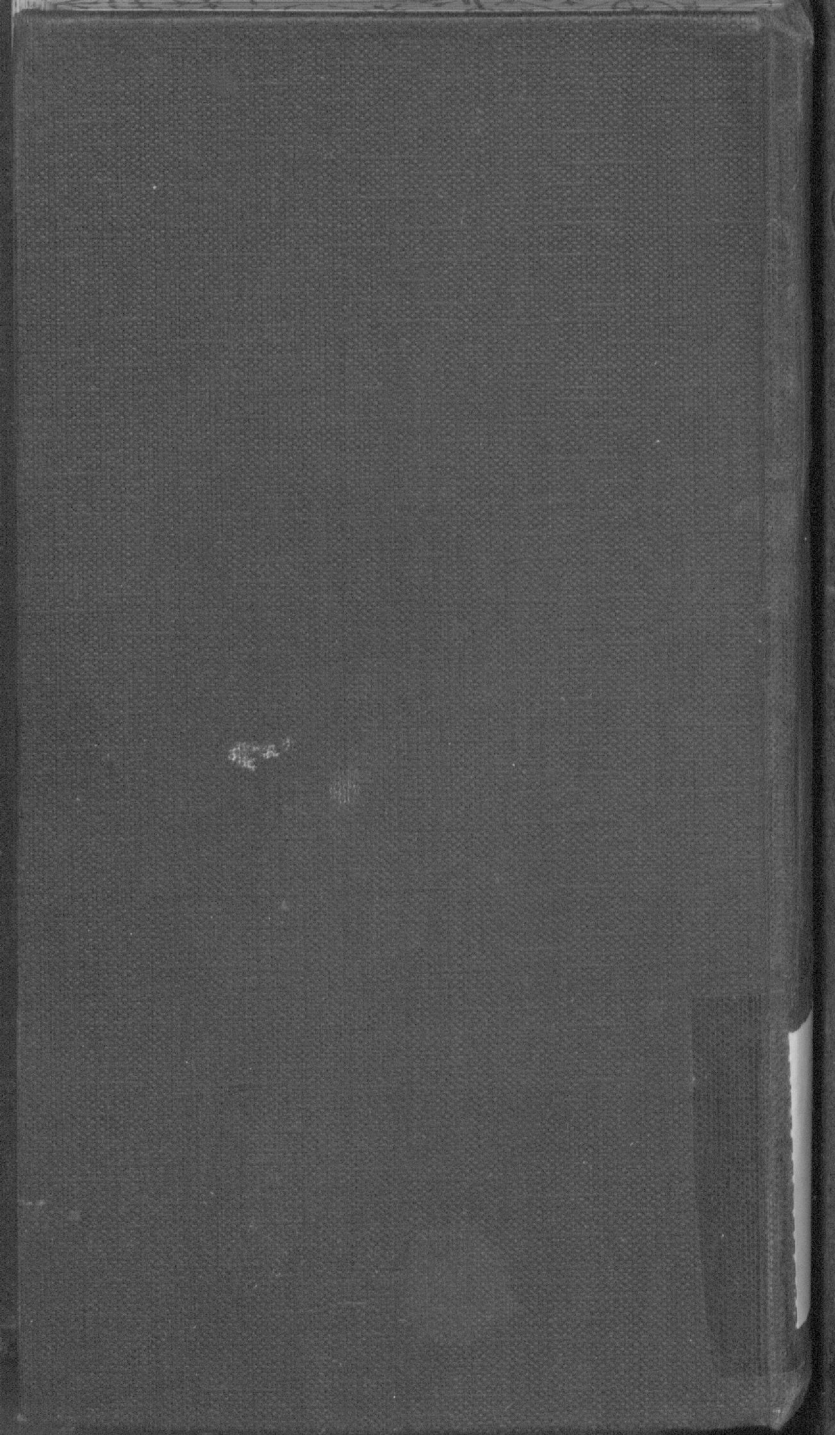
ESTE LIBRO QUEDO IMPRESO EN BAR-
CELONA, EN LA CASA EDITORIAL
DE EDUARDO DOMENECH,
CONSEJO DE CIENTO, 321,
EL DIA 5 DE MAYO
DE 1914





INSTRUIR
DELEITANDO

E. DOMENECH
EDITOR



G 17187